Una música

HERNÁN RONSINO

narrativasextopiso

Una música

HERNÁN RONSINO

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Copyright © HERNÁN RONSINO, 2022

Primera edición: 2023

Imagen de portada
Mosquero de vientre blanco (monarcha albiventris), ELIZABETH GOULD

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S.A. DE C.V., 2021
América, 109,
Parque San Andrés, Coyoacán
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
c/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierdo
28014, Madrid, España
www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-19261-52-6

A Sara

PRIMERA PARTE

Cuando Navia dice, finalmente, que mi padre se murió, yo estoy por subir al escenario a tocar. No sé por qué en momentos trascendentes me quedo pensando siempre en cosas triviales: el mundo se me abre en una infinidad de puntos y no dejo de alumbrar las tramas menores, los sonidos ocultos. Por ejemplo: entre bambalinas, con el cuerpo invadido por una calma liviana y mientras percibo con la punta de la lengua que una muela se tambalea suavemente, pienso que esta ciudad tiene un río que la parte al medio; una catedral gótica; una estatua de León Tolstói con un brazo más largo que el otro; y un nombre imposible de recordar. Es una ciudad de Europa del Este. La voz de Navia insiste en que acaba de ocurrir. Si querés, Juan, suspendemos, dice, suspendemos todo. Y me da un apretón exagerado en el hombro; un apretón que perdura retardado, que me hace sentir intensamente una parte de mi cuerpo. Pero prefiero seguir aunque esté lejos o, mejor, porque estoy lejos. Sentarme frente al piano y tocar pensando en la figura de Tolstói junto al río manso. Oír el movimiento inquieto, vivo, de las cuarenta personas en la sala. Prefiero seguir. Correr con los dedos para que las teclas sean el punto justo del dolor, el punto de descarga. Y mientras toco, la palabra fuga y esa escena que mi padre contaba una y otra vez –Bill Turner perdido durante meses en el campo– aparecen como un puerto posible, como una luz suspendida en la oscuridad.

Después de esa noche quedan tres conciertos programados en ciudades muy distantes. Navia consigue cancelar dos y adelantar la fecha de mi vuelo para la tarde siguiente al último recital en una ciudad a orillas del mar del Norte. Ostende. En verdad cuando me entero de que la ciudad se llama así, del mismo modo que el balneario en la costa argentina, le digo a Navia que de ninguna manera lo suspenda, que ese tiene que ser el final de la gira. Navia duda porque es la ciudad más fácil de cancelar y la más costosa para ir. Además casi no se han vendido entradas. Yo insisto. Puede que suene a capricho pero va a ser el último, le digo. Hay algo de pena en mi voz y Navia, que siempre lo discute todo, se muerde la boca y trata de ser considerado conmigo. Creo que, en el fondo, Navia no entiende por qué quiero seguir en lugar de llegar a tiempo al velorio de mi padre.

Llueve en Ostende. Los carteles dicen: *Öostende.* Una ciudad pequeña, casi desierta en otoño, que se despliega en forma de abanico contra la bahía. Todas las calles verticales descienden al mar. O parten del mar. Y las otras, las horizontales, muestran una sucesión interminable de hoteles, restaurantes, peluquerías. Es llamativa la cantidad de peluquerías y la ausencia de árboles. Navia decidió reservar solamente una habitación para los dos sobre la calle comercial. Está inquieto por no haber suspendido el concierto. La lluvia barre cualquier expectativa de caminata. Pero con Navia molesto en la habitación no hay espacio para otra cosa que salir. Le miento. Digo que bajo a fumar. En la puerta del hotel, la lluvia parece menos intensa. Por eso, tomando un paraguas en la recepción, decido perderme en la ciudad. Y perderme por la ciudad significa elegir, inevitablemente, alguna de las calles verticales. Lo primero que percibo es la fuerza del aire, su consistencia de agua. Bajo por una calle empedrada. Se oyen los quejidos de algunas gaviotas. Y no tardo mucho en darme cuenta de la inutilidad de llevar paraguas. El viento se arremolina y me lo quita. Le destripa la estructura de alambres que sostiene la tela. Lo arrastra hasta dejarlo atrapado entre las ruedas de un auto. Finalmente, me entrego y sigo. Porque no hay otra cosa que pueda hacer. Hundo las manos en los bolsillos del abrigo y empiezo a descubrir, entre la bruma, la figura de ese mar extraño. Voy percibiendo sus relieves, sus matices: el gris contra un fondo desdibujado y neblinoso. Si tuviera, por ejemplo, que hacerlo sonar lo tocaría así: gris contra un fondo desdibujado y neblinoso. Es el mar del Norte.

La chica aparece entre las casitas que están desplegadas sobre la arena, montadas en cuatro pilotes de cemento. Los turistas las usan en verano. Hay un espacio amplio debajo de las casitas. El mar avanza en las

noches, seguro, por ese espacio barriendo la arena y retirándose, después, con una falsa delicadeza. Porque siempre el mar deja su costra. Su olor impregnante. La chica tiene un pulóver de lana grueso y las piernas desnudas. Tendrá veinte años. Toca una trompeta pequeña apuntando al mar. Suena despareja pero va componiendo una arquitectura; termina, en definitiva, hilvanando un dibujo en el aire. No le importan ni la lluvia ni el viento. El rugido del mar se mezcla, otra vez, con las bandadas de gaviotas. Las gaviotas, pienso, traen la idea de remanso; cuando se oye una gaviota se percibe una calma o un fin irremediable. O los restos del naufragio. Bill Turner, decía mi padre, construyó, sin que lo recuerde, una casa en medio del campo con restos de madera, ahí vivió durante ocho meses. La casa era una choza endeble que apenas resistía el embate de alguna tormenta. Hasta tuvo un perro. Es el vínculo primordial en ese estado de naturaleza. Pero ¿qué fuerza lo guiaba, lo hacía moverse en un cuerpo que, en apariencia, no registraba las huellas de semejante exilio? Somos lo desconocido, decía siempre mi padre antes de ponerse a escuchar su disco favorito bajo la ventana que daba a la calle. Esa luz opaca se parece a este sol gris, un círculo perfecto, descendiendo, allá, en el fondo del mar. La silueta de los buques mercantes asoma ahora cuando la niebla se disipa. Es un relieve de engranajes dibujado en el horizonte.

¿Ya se dio cuenta de que esta ciudad no tiene árboles?, me pregunta en inglés la chica que toca la trompeta. Se llama Anne. Desde hace dos años viaja por el mundo. Me trajo a esta cantina porque, según ella, sirve la mejor cerveza negra de la región. Y además porque no es ruidosa. El ruido del mundo me hace errante, dice señalando mi celular. Un olor a lana rancia le sale cuando empieza a mover los brazos para sacarse el pulóver: se queda con una musculosa negra que tiene en el centro, debajo de unas tetas chiquitas, un puño erguido, rojo, combativo. Voy camino a Hamburgo, dice. Hay unos amigos que viven en comunidad y tienen un laboratorio de música electrónica, voy a pasar allá tres meses. Me ilusiona viajar a Hamburgo, me ilusiona pensar la música en conjunto, dice. Tiene los dientes chicos y separados. Cuando se ríe un brillo luminoso le cruza la cara. El celular empieza a vibrar sobre la mesa. La imagino también inquieta pero desorientada, con el respaldo de una familia burguesa que acumula dinero en alguna región serena de Europa y le hace creer que es libre. Apenas puedo ver las frases que muestra la pantalla del teléfono. Frases que empiezan con: «Hace mucho». «Por favor». «Respondé». Reconozco el tono de Natalia. Desde ayer que quiere hablar conmigo. Me incomoda su necesidad de contenerme. Me exige, de algún modo, con su urgencia, que le permita desplegar su ritual de la muerte. Es un círculo vicioso que transforma las

cosas: finalmente soy yo quien termina conteniéndola. Pero ahora estoy lejos de todo eso. Anne me sirve una cerveza negra espumosa y dice que tenga cuidado porque tiene mucho alcohol. Yo quiero decirle que no creo tanto en esa idea; en la separación tajante entre la música como refugio, por un lado, y el ruido del mundo, la intemperie, por el otro. No creo, quiero decirle, en esa oposición tan extrema. Sospecho que la música nace del ruido también para domarlo. Pienso que esa oposición, un poco romántica, se vuelve, finalmente, elitista. Pero la cerveza –un sabor metálico me cubre la boca con el primer sorbo– y mi poca fluidez con el inglés me llevan a elegir el silencio. Por eso es Anne la que se siente convocada a redondear su posición: Cada uno, dice con un aire de filosofía oriental devaluada, tiene que saber sonar. Sonar un sonido propio, único y, por lo tanto, finito, ¿no? Cuando una vida suena de manera genuina no hay dolor, sentencia, los dientes chicos en esa cara luminosa.

Anne no entiende que, del otro lado del mundo, haya una ciudad que tenga el mismo nombre que esta ciudad. Y que esté también sobre el mar. ¿Cómo es posible?, dice. La visitamos con mi padre durante un verano. Si hay recuerdos intensos –de esos que se funden con la fuerza del hierro– vienen de ese verano con mi padre en Ostende. Tengo una escena más o menos estable y que perdura. Lo que perdura en todo recuerdo, más bien, es una simplificación del mundo, un nudo en una interminable madeja; como una nota musical. Una noche de tormenta veníamos de Mar del Plata en la Rural de mi padre y, de pronto, dejamos la ruta para entrar en un camino arenoso. Mi padre dijo que era para llegar más rápido. Teníamos en la parte de atrás, larga como un bote, muchas cajas de vino que tintineaban por los pozos y cajones con carne y verduras para un asado en el que yo no iba a estar porque era solo para grandes. Iban a festejar en un par de días los cincuenta años de mi padre. El camino era recto y desolado y supuestamente terminaba en el centro de Ostende. Ahora manejás vos, me dijo de golpe. Yo lo miré aterrado porque con ese fondo de tormenta, con ese cielo atravesado por relámpagos y truenos, las cosas parecían extranjeras. El viento empezó a levantar una tierra violenta. El chicotazo de la arena contra el parabrisas de la Rural era incesante. Caminar contra ese viento podía provocar alguna herida en los ojos. Mi padre pidió que cerrara la ventanilla y arrancara siguiendo las indicaciones que me había dado. El auto se movía muy despacio, mi padre daba órdenes de precaución y a la vez pedía que acelerara un poco más, que me atreviera. Eso decía. De pronto ocurrieron dos cosas que pudieron tener causas distintas, es decir, pudieron haber ocurrido simultáneamente sin estar conectadas entre sí pero, al ocurrir al mismo tiempo, era imposible disociarlas, era

imposible no pensarlas como efecto de una misma causa. La primera fue que las pocas luces del alumbrado que se veían a lo lejos como una mancha despareja se apagaron. El pueblo se había borrado, lo único que existía era ese cielo estruendoso, intermitente. Lo segundo fue que el motor de la Rural se detuvo. Qué hiciste, decía mi padre. Cambiamos de posición sin bajar del auto. El viento seguía con insistencia. Mi padre intentó encenderlo pero no arrancaba. Un olor suave, salitroso, se fue metiendo en el auto. Mi padre no se alteró. Solo se escuchaba esa respiración ajada, asmática. Yo no sabía lo que había pasado pero pedí disculpas. Los relámpagos sobre el mar, ese parpadeo inestable, bordeaban los relieves de las cosas: postes, cables, tierra. En uno de esos parpadeos vimos a un hombre que cruzaba el camino corriendo con unas cañas de pescar en la mano. Mi padre lo vio parecido a Rodríguez, uno que conocía de algún sitio. Creo que es Rodríguez, dijo. Y trató de limpiar la ventanilla para estirar mejor la vista en la noche. Yo apenas le vi al supuesto Rodríguez el color naranja de sus pantalones. Fue un instante, una fugacidad que se clavó en el recuerdo. Nos quedamos adentro del auto, en silencio, oyendo ahora el ruido del agua contra el techo. No había ninguna urgencia. Era mejor estar ahí que encerrados en la cabaña con olor a humedad y a verano viejo. Pasamos toda la noche. Pero mi padre nunca me dijo eso. Nunca dijo que íbamos a pasar la noche ahí. La lluvia duró hasta unas horas antes del amanecer. Mi padre roncaba recostado contra la puerta. Cuando dejó de llover, decidí bajar del auto, el aire era amplio y diverso. Caminé unos metros para entender, en la oscuridad, dónde estábamos. El rugido del mar se oía cercano como un animal herido. No tardó mucho en aparecer la primera franja rosada debajo de las nubes negras. Yo no sé si mi padre lo hizo a propósito –él siempre dijo que fue un misterio lo que pasó–, pero a mí me quedó la duda. O mejor, a mí me gusta quedarme con esa idea: que mi padre tomó la decisión de que fuera así –pasar la noche, frente al mar, hundidos en una tormenta– para regalarme una escena imborrable; es imborrable, le digo a Anne, ahora, caminando bajo la llovizna por la playa de Ostende, una decisión de mi padre para que las cosas fueran así: imborrables. Las luces intermitentes de los buques son la única señal de vida en la oscuridad del mar. Anne me abraza. Yo le digo que es verdad, acá no hay árboles. Ella me mira a los ojos y dice algo en una lengua que desconozco. Nos besamos para disimular el desconcierto. Estamos un poco borrachos. Después nos metemos debajo de una de las casitas de la playa. Fumamos marihuana mirando la negrura del mar. Fumamos en silencio. Ella, de pronto, arranca un afiche pegado en uno de los pilotes de cemento que sostiene la casita y me reconoce en la foto. Dice en español: Tú. Y me recuerda, así, el concierto que tendría que haber dado hace unas horas –algo de Bach, algo de Bill Turner para

despedir a mi padre– en el teatro Odeón de Ostende. El afiche dice: *Öostende.*

A Navia no lo encuentro en el hotel. Tampoco están sus cosas. Se fue anoche, me dice el conserje. Estaba muy nervioso, agrega. La hoja de ruta detalla que debo tomar dos trenes: uno que parte de Öostende a las 10:34 y llega a Bruselas a las 11:15; otro que parte de Bruselas a las 11:53 y llega a París, directo al aeropuerto Charles de Gaulle, a las 13:24. Después el vuelo sin escalas a Buenos Aires. Duermo en el primer tramo. En Bruselas llueve. Tengo que cambiar de andén, cruzar por unos túneles, atravesar el hall central y llegar a una parte nueva, subterránea. El tren viene de Ámsterdam. Llega dos minutos retrasado. Un hombre –es un árabe, dice con desprecio una mujer que sube al vagón– grita desahuciado en el andén, dice algo así como: Basta. Una breve inquietud nos sacude a todos. Pero el tren comienza su marcha; sale despacio de Bruselas entre edificios grises, pintados con aerosol. La lluvia nos acompaña a lo largo del viaje, con más intensidad por momentos. En este tramo no puedo dormir; pienso en Anne, ahora mismo debe estar también en un tren viajando hacia Hamburgo. Pienso que Anne debe estar pensando, otra vez, de manera obsesiva, cómo es posible que existan dos ciudades con el mismo nombre. Nos volveremos a ver allá en la otra Ostende, dijo al despedirnos, con una sonrisa suave, los dientes chicos en esa cara luminosa. París aparece de manera lateral. El tren se curva en las afueras. Un relieve opaco, fabril, va pasando entre cables y tinglados. La zona del aeropuerto empieza, de a poco, a desplegar sus huellas: hoteles, empresas de correo, taxis y hangares con naves pequeñas. Cuando bajo del tren, atravieso largos pasillos que se conectan con escaleras mecánicas, rampas, corredores, control de equipaje, documentos. La cola de los aviones estacionados se adivina desde los grandes ventanales. Almuerzo viendo, a lo lejos, cómo despegan algunos vuelos: solo puedo ver el momento en que están recién suspendidos de la pista, guardando incluso las ruedas, ese instante empinado en el cual el observador tiene la profunda sospecha de que esa máquina puede caerse o, mejor, secretamente quiere verla caer. Cuando se empieza a armar la cola en la puerta 22 para el embarque, percibo la vibración del celular. La voz de Natalia me interroga, con cautela, conteniéndose los reproches; dice que me esperan. «Acá te esperan» es la expresión que usa. Quiere jugar a provocarme. ¿Acaso ella no me espera? Pero no entro en ese juego. Después habla de mi padre, de las cenizas de mi padre; evita nombrarlo de manera explícita. Como si la muerte lo transformara en una cosa a la que solo se puede referir de manera indirecta. Hay mucho para hablar, dice con cierto aire de intriga. El avión despega con media hora de atraso. Entonces imagino a alguien, en algún tren suburbano, por ejemplo, viendo por la ventanilla este instante –el avión empinado, buscando altura, guardando las ruedas, alejándose de París, que crece,

abajo, como una mancha mítica– y fantaseando, secretamente, con la caída.

Las revistas de los aviones siempre transmiten una extraña sensación de confort: es el laboratorio donde se fabrica una vida ideal; donde uno siente que puede ser otro; se puede ir, fácilmente, a cualquier destino; se puede comer la mejor carne; descubrir los rincones exóticos de alguna isla; conectarse con la tecnología de punta; tomar el vino más rico del mundo; admirar la belleza de un artista tocado por la varita mágica: como Gabo Ruiz. La ilusión de una vida soñada en la pretendida suspensión del aire, sin turbulencias. La cara de Ruiz cubre toda una página: ahora usa anteojos de marcos gruesos, buscando dar un efecto hípster. Posa junto a una ventana grande por donde entra una luz espléndida. Se lo ve un hombre afianzado en su vida, cómodo, incluso, con una cara más bonita. Vive en Berlín desde hace quince años. Dice que encontró en el piano su balsa. Dice que no puede imaginar su vida sin tocar el piano. Ruiz es el que llegó más lejos de nuestra generación. No imaginábamos eso cuando cursábamos juntos en el conservatorio de Almagro. El relato que se cuenta de su vida menciona las dificultades a las que tuvo que sobreponerse: por un lado, la crisis económica que llevó a la ruina a su familia y los hizo emigrar a Alemania y, por otro lado, la enfermedad que sufrió, un cáncer que lo tuvo casi tres años fuera de los escenarios y que, finalmente, pudo vencer. La tenacidad es un rasgo que lo caracteriza y se combina de manera notable con su elegante precisión para resolver sus composiciones, dice la periodista. Ruiz promociona su nuevo disco –será un lanzamiento vintage: se editará solo en vinilo–, y se presentará muy pronto en el teatro Colón. Es el exiliado que vuelve con todos los honores, resalta el artículo. Las azafatas comienzan a levantar el desayuno: mientras voy terminando un café aguado en la dificultad que ofrece el asiento no puedo dejar de pensar en ese Ruiz silencioso de los primeros días de clase en el conservatorio. Flaco, débil, insulso. Miraba todo con una distancia emocional y física que lo transformaba en el objeto de burla, incluso, de algunos profesores. Nadie podía ver en ese Ruiz el embrión de lo que es ahora. Del mismo modo que nadie puede imaginar la distancia entre Buenos Aires y Montevideo mientras camina por la calle Florida. Sabe que no queda tan lejos, sabe que hay un río en el medio –esa mancha amarronada que produce el efecto de una larga extrañeza–, siempre está allá, en una zona imprecisa; pero cuando se lo ve desde el aire, como ahora lo veo mientras el avión hace sus maniobras de descenso, y además se ven nítidas las dos orillas, las dos ciudades como cabezas aproximadas, casi a punto de besarse, pero una, ciega, empecinada en sí misma; pienso que eso mismo hicimos con Ruiz: ignorarlo.

Primero me pasa cuando salgo del avión y siento la humedad rastrera de Buenos Aires; después, cuando cruzo la puerta de arribos internacionales y veo la cara de Natalia. Fue un error haber vuelto. Fue un error. Sé que es una primera impresión y que lentamente todo se irá acomodando. Pero el lugar del orden es estrecho. Cada vez más estrecho. Una angostura que acorrala las cosas, que las ciñe de manera silenciosa, apretándolas. La autopista Ricchieri a esta hora de la mañana tendría que estar un poco más despejada pero por un corte que ocupa media vía en el Mercado Central –es una protesta de productores de manzanas– el movimiento se entorpece. Igual te esperan, dice Natalia. Es ella la que tendría que haber sido la pianista. Los dedos largos sobre el volante. Desde que salimos del aeropuerto nos atrapa la marcha lenta; más bien estamos quietos durante largos minutos y, luego, avanzamos cinco metros para volver a esperar. El tiempo comienza a medirse por la cantidad de columnas de luz que vamos cruzando. El predio de la AFA, que en un día normal puede quedar oculto entre los árboles en medio del propio entusiasmo por la vuelta, ahora es un mojón que ordena el espacio. No tardan en formarse los desvíos inevitables. El impulso de torcer el obstáculo, rompiendo las reglas de juego. La banquina se vuelve un camino alternativo. Todo se desmadra. Dos autos casi chocan. Están locos, digo. Por suerte te tocó a la vuelta, si no perdías el vuelo. La miro a los ojos cuando dice eso. Ella no quiere mirarme, hay un malestar profundo que me transmite. Siento que vino a buscarme solo para hundirme en ese aire espeso que irradia pero que no vomita en palabras. Me canso de ese juego. Y espero el momento oportuno. Pasando el estadio de Deportivo Italiano, con el mismo vértigo que toman los autos que se lanzan a la banquina, digo que conocí a alguien; es una chica que hace música electrónica; no lo busqué, sucedió. Me entusiasma el silencio que reina. Me inspira para seguir mintiendo. Cómo se llama, pregunta con una tranquilidad que me descoloca. Anne, le digo. Y cómo es. Es una chica muy talentosa. Ahora vive en Hamburgo, digo, y viaja por toda Europa haciendo espectáculos; es una mujer muy activa. ¿Pero es una mujer o una chica?, dice. Es una mujer joven, aclaro. Natalia larga una sonrisa irónica y prende un cigarrillo mientras empezamos a ver las columnas de humo negro, el edificio del Mercado Central, la masa de autos que se angosta cada vez más ante la inminencia de la salida; un tractor con un acoplado cargado de manzanas organiza el piquete: tres productores de Río Negro, montados en el acoplado, anuncian con megáfonos los motivos de la protesta. Llevamos una hora desde que salimos de Ezeiza. Natalia tira el cigarrillo consumido a la mitad y, una vez atravesado el piquete y el humo espeso que largan las cubiertas quemadas, acelera; busca entrar a la ciudad con una furia que sacude las entrañas del motor.

Mi padre siempre decía, a modo de consejo, que la vida es una escalera, el secreto más difícil de aprender es saber cuándo y cómo pisar el siguiente escalón y que, en lo posible, sea el de arriba. Por eso eligió la guita y no la música. Todos los valores que desgajaba para explicar sus motivos no eran otra cosa que una excusa: tengo una familia, una responsabilidad, te pensás que ustedes van a vivir del aire. Eligió la guita porque también le gustaba y porque la música le daba miedo, estoy seguro; casi siempre es un camino difícil que no lleva a ningún lugar. Empezó a trabajar en una gran empresa a los veinte años. Con un buen sueldo y posibilidades de crecimiento. Fue ascendiendo en la estructura jerárquica. Y fue tomando, cada vez más, un lugar de referencia. Su primer viaje al extranjero fue en el año 62. Llegó a Nueva York para reunirse con unos inversores que se dedicaban a la producción de maquinarias agrícolas. Lo que más lo marcó de ese viaje no fue ni la ciudad y sus rascacielos, ni el gran negocio que terminó cerrando con un porcentaje de ganancia que le permitió comprar una cantidad de propiedades: lo que más lo marcó, para siempre, fue una música.

Mi padre no se acordaba cuál era el nombre del aeropuerto de Nueva York antes de que se llamara JFK. Era un detalle que no importaba pero que, para el relato, para el modo en cómo mi padre lo contaba siempre, sí era importante; porque cuando su avión aterrizó y luego hizo las maniobras pertinentes para estacionar en la puerta indicada; antes, incluso, de descender, toda la tripulación y los pasajeros debieron esperar, por seguridad, cerca de una hora en sus asientos para que el avión oficial del presidente Kennedy aterrizara en el mismo aeropuerto que, casi un año después, llevaría su nombre. Son las curiosidades de la historia, decía mi padre, uno nunca sabe con qué piezas está jugando ni cuál de todas las piezas que lleva encima es la clave, la que va a encontrar su par y encaje provocando lo que nadie puede imaginar que suceda: un acontecimiento. Pero el mío, decía, mi acontecimiento no fue haber estado tan cerca del presidente Kennedy. El mío empezó a desplegarse, por culpa del presidente Kennedy, en el taxi que tomé a la salida del aeropuerto. Le indiqué al chofer que estaba muy retrasado, que tomara, en lo posible, el camino más rápido que me dejara en el hotel. El hombre apenas movió la cabeza diciendo que sí. Y se puso en movimiento. Tardé un rato en prestarle atención: parecía desprendido del paisaje, equilibrado en su propio cuerpo. Lo atravesaba un rasgo hindú. Tardé un rato, también, en prestar atención a ese sonido que salía de la radio. Tenía la fuerza de un mar en movimiento, por momentos calmo, en otros, tomado por una violencia contenida, como si el pianista tocara con desesperación. Era solo un piano. Pero en cada

sonido, decía mi padre, fundaba la complejidad de un mundo. Estaba a punto de preguntarle al taxista de quién se trataba, cuando el locutor de la radio comenzó a hablar sobre la música, dijo que acabábamos de escuchar un fragmento de «Poughkeepsie». Y al escuchar eso, decía mi padre, el hindú dijo: ¡Oh, «Poughkeepsie»! Y de este modo me impidió registrar el nombre completo del músico. Insistí, antes de bajar, con la pregunta de quién era. Pero el hindú solo repetía: ¡Oh, «Poughkeepsie»! Apenas pude rescatar de toda esa confusión tres palabras, decía mi padre. Con esas tres palabras comenzó la búsqueda.

Mi padre recorrió, en ese primer viaje, más de veinte disquerías de Nueva York. Era a lo único que se dedicaba cuando no estaba en reuniones de trabajo. Es más, creía haber conocido la ciudad en la medida que desplegaba su búsqueda, en la medida que iba de una disquería a la otra. Así de pronto estaba cruzando el Central Park o hundiéndose en el Bronx o recorriendo las líneas del metro. Había algo que, evidentemente, estaba mal en esos tres datos que anotó al bajar del taxi porque cuando mostraba: Poughkeepsie, Bill o Hudson nadie entendía muy bien de qué estaba hablando. O qué estaba buscando. A medida que pasaban los días, esa música, cada vez más, se transformaba en un emblema ambiguo que solo perduraba en su oído. Sabía que si no descubría el disco, esa experiencia conmovedora –había sentido en el taxi que estaba ante una verdadera revelación– se perdería, irremediable, y sin soporte. Dos días antes de regresar, entró a una galería en Brooklyn. Era un lugar decadente. En el último local, estrechísimo, cargado de discos que obstruían el pasillo, se atrevió a preguntar. El vendedor era un gordo de barba blanca, usaba una gorra de los Lakers y una remera con agujeros. El gordo estaba sentado sobre una caja de madera, jadeaba y miraba una parte del techo. Cuando escuchó la pregunta de mi padre siguió en silencio mirando a lo lejos. Mi padre pensó que no le había entendido por su mala pronunciación y volvió a repetir la búsqueda. El gordo movió la cabeza diciendo que no y mi padre, cansado, emprendió la retirada. Pero el gordo habló, le dijo que el músico no se llamaba así. *Hudson* es el nombre del disco. El pianista se llama Bill Turner. Mi padre salió de esa galería con el vinilo envuelto en un plástico. Afuera llovía torrencialmente.

Cuando volvió a Buenos Aires no tardó en convocar a un grupo de amigos, entre ellos estaba el uruguayo Delfor, para escuchar la maravilla que había descubierto. Se reunían los domingos a la tardecita en el garaje que administraba el uruguayo en el Bajo. Además de los amigos se sumaban taxistas, tipos de la zona que dejaban el auto en lo de Delfor, es decir, tipos con un oído agreste. Estaban, más bien,

acostumbrados a escuchar de refilón orquestas típicas, a lo sumo algo de blues. Mi padre era pendejo, estaba haciendo guita y les hablaba con respeto, como cuando alguien quiere transmitir un secreto valioso. Esa fue la clave. No impuso nada, los fue intrigando, más bien, les fue ablandando los oídos. Esto ahora no existe, les decía, nadie conoce a este negro que toca el piano en los suburbios de Chicago, pero en unos cuantos años se van a dar cuenta de la revolución que está haciendo. Mi padre apostaba a eso: a ser el gran descubridor. Hasta logró que el disco sonara –pasaron completa «Ticonderoga»– en una de las audiciones radiales más importantes de la época: *Los jueves de Jazz* en Radio El Mundo. Una tarde pasó algo que terminó afianzando su promesa de descubridor. Un taxista que siempre cebaba mate en un rincón, que se dejaba llevar por la dinámica del grupo y que no hablaba nunca, mientras escuchaba en silencio uno de los temas –mi padre decía que era «Tránsito»–, se quebró. Se puso a llorar desconsoladamente, con un quejido que llamó la atención de todos. Atilio, ¿estás bien?, le preguntaron. Pidiendo disculpas, secándose las lágrimas, Atilio se retiró del garaje un poco avergonzado. Delfor dijo después que la mujer andaba embromada. Pero para mi padre, el piano de Bill Turner, su belleza, lo había atravesado.

El disco se llama *Hudson* por muchos motivos. Esa palabra es un punto sobrecargado de planos. Una materialidad que busca, por un lado, el interior y, a su vez, la fuga. Pero es, fundamentalmente, un río. La única linealidad geográfica presente en el disco que además permite la deriva. De algún modo, mi padre tomó la vida y la obra de Bill Turner también como una hoja de ruta. En cada viaje que hizo buscó siempre alguna novedad musical, un nuevo disco, o algún dato biográfico más allá de las pocas referencias que aparecían en la contraportada de *Hudson* (Turner, William, alias Bill, 1937, Poughkeepsie, NY, músico y admirador de los pájaros). Pero se le hacía difícil acceder a alguna información que no fuera esa breve que manejaban aquellos que sabían algo del músico. Durante dos o tres años, después de la salida de *Hudson,* no apareció nada. Hasta que en un viaje con escala en Dallas, una escala que duró más de diez horas y le permitió ir al centro, recorrer algunas disquerías, entrar por casualidad a una librería con café, buscaba un buen café y tuvo la corazonada de que ahí lo servían; cuando menos lo esperaba, descubrió en la mesa de novedades, justo en el mismo momento en que afuera empezaba a nevar, la biografía de Bill Turner. Un libro breve, de un poco más de cien páginas, escrito por John Banthe. Se llamaba *La vida silenciosa.* En la tapa no había una foto del músico, como se supone tendría que haber en la biografía de cualquier personalidad, sino un hombre, que podía ser Bill Turner o

cualquier hombre, de espaldas tocando el piano. Lo empezó a leer vorazmente. Casi no podía hacer otra cosa, incluso de regreso al aeropuerto, mientras afuera nevaba. Absorbía cada dato, cada información. La narración se le volvía imborrable. Pero fue recién arriba del avión, en pleno vuelo, cuando advirtió cuáles habían sido los motivos que movieron a John Banthe a escribir el libro. La muerte del pianista había ocurrido hacía apenas seis meses. John Banthe era periodista y además representante del músico, y sintió la obligación moral de «tallar», es la palabra que repite varias veces en el libro, según mi padre, un retrato genuino de su entrañable amigo y malogrado músico. Mi padre leyó dos veces el libro a lo largo de ese viaje de regreso a Buenos Aires. Y cuando llegó tuvo dos grandes certezas. La radicalidad, por un lado, de que su música la podía percibir cualquiera: un taxista del Bajo o un crítico del *New York Times.* Y lo otro, que nunca más iba a poder descubrir una grabación de Bill Turner distinta a la de *Hudson.* Era eso. Era todo eso. De modo que, en lugar de que la obra se expandiera como una galaxia, lo que iba a desplegarse ahora era una fuerza centrípeta. La búsqueda de todos los universos posibles tendría que suceder al interior de *Hudson* para detectar los grumos, los puntos de condensación. Y apretarlos. Mi padre siguió desplegando la ceremonia en el garaje de Delfor. Llevaba el vinilo envuelto en una pana roja que olía a perfume de auto. Y a pesar de que la concurrencia iba disminuyendo, porque escuchar todos los domingos el mismo disco y tratar de decir algo era difícil de sostener, mi padre logró que cuatro o cinco tipos se repitieran y se compenetraran, por distintos motivos, en la escucha. Entre ellos, el taxista que se había ido llorando la primera vez. Mientras ocurría eso, mi padre iba construyendo su imperio. Casas, departamentos, camiones, locales comerciales. Viajaba por todo el país y por el mundo. Pero nunca perdía la humildad, es lo que siempre se escuchaba en el garaje de Delfor. Lo señalaban por lo bajo: Este la está levantando con pala, decían, pero es un buen tipo. Había un respeto. Un respeto sincero. A fines de los setenta, no recuerdo si fue en el 77 o en el 78, antes del mundial, la empresa donde mi padre ya era uno de los directores ejecutivos comenzó a colaborar con los militares en la obra pública en el interior del país. Abastecía insumos para la construcción de rutas, escuelas, puentes, estadios. Por eso mismo empezó a viajar de manera constante, primero, a las provincias del norte y, en una segunda etapa, a Cuyo. Mi padre decía que había sido en un viaje a Tucumán pero también recuerdo alguna vez que mencionó a Santiago del Estero. Lo cierto es que en uno de esos viajes en avión –había salido muy temprano en la madrugada– se quedó dormido. Cuando aterrizaron bajó desordenado y empezó con las reuniones de trabajo, recorrió lugares y a la noche, en el hotel, antes de acostarse, recién en ese momento, cuando

se ponía a hojear la biografía de Turner para descubrir algo nuevo porque en toda lectura siempre aparece algo nuevo, se dio cuenta de que se había olvidado el libro en el avión. En un primer momento sintió una profunda inquietud, de hecho esa noche no durmió bien. Al otro día comenzó a registrar en un cuaderno, sabiendo que era casi imposible volver a encontrar el libro, las historias de Turner que recordaba haber leído. Con cada historia que registraba se iba apropiando, poco a poco, de esa vida. Por eso mismo comenzó a desplegar, entre los recuerdos de la lectura, hipótesis personales sobre el destino trágico del pianista o sobre la idea de belleza que lo perturbó todo el tiempo. «La vida silenciosa de Bill Turner», escribió en la tapa del cuaderno que guardaba en el cajón principal de su oficina, porque siempre sintió que al título de Banthe le faltaba algo, el nombre del pianista, por ejemplo.

La voz de mi madre resuena detrás de la puerta con esa insistencia, a la vez, de chicharra y aire dulce. Da alguna orden, pide por favor que despejen el pasillo. Natalia, al bajar del ascensor, intenta tocar el timbre pero me adelanto y golpeo de tal modo que mi madre sepa, reconozca esos compases. Tres veces contra la madera como si fuera el latido de un corazón. Abre con una sonrisa moderada y con ese perfume insistente, que cuesta sacar durante varios días. Tesoro, me dice despacio al oído. No abraza, más bien instala las condiciones para que sea el otro el que deposite el afecto, su fervor, en su cuerpo. Después me coopta, me atenaza, me lleva a una pieza silenciosa (veo en el camino algunas caras adustas, algunos gestos conocidos, percibo el aroma suave de los jazmines de siempre, mi hermana, la musiquita de fondo, el detalle de Mabel con su ropa celeste, sirviendo, hoy más que nunca), prácticamente no puedo saludar a nadie. Cuando cierra la puerta de su cuarto, sonríe con una amplitud exagerada y se saca los zapatos. Hijo, me dice prendiéndose un porro, llegaste. Yo me recuesto en la cama, un poco aturdido después de tanto movimiento. El olor del porro empieza a flotar con intensidad. Sergio (el marido de mi hermana) se los consigue. Esta maravilla, dice, me deja hecha una hermosura. Mi madre tiene una cara joven, aunque pasen los años hay una luz, un efecto, para mí alojado en su mirada, que perdura. Qué le hiciste al pobre Navia, dice con suavidad, divertida, recostándose en la cama, pasándome el porro; lo dejaste plantado. Fumo, el gusto acre, el humo espeso, amarillo saliendo de mi boca. Respiro hondo y percibo, por fin, que estoy en casa. La historia es así, dice después de escucharme hablar de los recitales, de Navia, de la Ostende europea, sin mirarme a los ojos, acariciándose las piernas que siguen pareciendo de una mina de cuarenta y no las piernas de mi madre: sé que estas cosas no te gustan pero ya lo arreglamos todo con tu hermana para no complicarte la vida con papeles y pérdida de tiempo. Solo vamos a necesitar que firmes, nada más. Tu padre dejó algunas cosas repartidas y tuviste la suerte de que te tocara a vos el campito de Paso del Rey, dice. Nosotras estamos de acuerdo, tu hermana al principio puso cara rara, sabés cómo es, pero yo la hice entrar en razón: ese lugar es para vos, siempre te gustó la naturaleza, está pegado al río. Vas a tocar mucho ahí, como quería tu padre. Por eso le puso «El Refugio». Yo lo acompañé cuando fue a ver el lugar por primera vez. Dijo: Esto es un refugio para un artista. Me lo acuerdo clarito, mirá, dice mi madre, se me pone la piel de gallina. Y eso que no habías nacido todavía. No habías nacido y él ya estaba pensando en vos. Si hay algo que le reconozco a tu padre es que fue un visionario en todo, dice y los ojos se le ponen vidriosos y yo entiendo que esa es su mejor forma de despedirlo, esa especie de homenaje que es imposible de ver en mi madre, tan dura, tan ajena a las emociones; por

eso la abrazo, la abrazo fuerte mientras pienso si alguna vez estuve en ese pedazo de tierra que mi madre se esmera en llamar el campito de Paso del Rey.

Mi padre no solo me fue imponiendo de un modo minucioso y constante el camino de la música, también, antes, lo intentó con mi hermana. Primero, claro, desde el nombre. Cuando nació Renata, mi padre no paraba de escuchar las óperas de Renata Tebaldi. Hasta pidió que sonaran en la sala de parto y dos enfermeros lo retiraron, cuidando las formas, pero haciéndole sentir que se estaba desubicando. Por suerte fue Renata, dice mi madre, porque los nombres que barajaba eran Genoveva o Tránsito. En un momento del embarazo estaba obsesionado con llamarla Tránsito. Era más terco que vos. Con vos se puede hablar, dice mi madre, aunque sos un poco terco. Mi padre quiso que mi hermana tocara el cello. La mandó a clases y la llevaba a conciertos de ópera y después a comer a un restaurante alemán en Balvanera que servía unas salchichas gigantes. Creo que era lo único que la movilizaba, cenar en ese lugar con manteles cuadriculados, con olor a chucrut y a cordero hervido. Le fascinaba ese ambiente, la hacía sentir que estaba de viaje. Pero a medida que mi hermana fue creciendo –con ese carácter tan parecido al de mi madre– y fue empezando a tomar decisiones, tuvo bien claro que jamás iba a aceptar una imposición de alguien. Y mucho menos de mi padre. De hecho, detestaba que la llamaran Renata. En algún momento de su adolescencia les pidió a las amigas que le dijeran Luli, sabiendo que esa provocación le iba a molestar demasiado a mi padre. Lo que empezó como un juego, a fuerza de insistencia, terminó siendo aceptado por todos. Mi hermana se llama Luli, como la protagonista de una telenovela, y vive bien lejos del mundo de la música: organiza eventos, es repostera, tiene tres hijos. Renata, apenas, es una madera oculta que aparece cuando rascamos en el tiempo o cuando mi madre se enoja.

Lo cremaron. Mi hermana no quería que lo cremaran. Incluso hubo una discusión con mi madre, por eso cada una ahora está bien lejos de la otra. Pero se impuso, sin duda, lo que mi padre quería: desaparecer completamente. Mi hermana no pudo hacer otra cosa que acatar su voluntad pero armó, aunque mi padre no lo hubiera querido, una especie de altar para poder despedirlo. Según me dice ahora Natalia –en la cocina, sirviéndome un vaso de whisky, queriendo borrar todo lo que le dije en el camino del aeropuerto–, que mi hermana, por algún motivo, después de la discusión con mi madre terminó muy ofendida conmigo. ¿Conmigo? Claro: todo fue muy rápido, a tu viejo le dio un ataque al corazón mientras estaba en el subte, no se sabe cuánto tiempo estuvo

muerto yendo y viniendo en la línea D; se dieron cuenta en la estación Catedral; vos estabas lejos, estabas haciendo lo que siempre quisiste hacer, era lo más fácil que se molestara con vos, dice, su boca cerca de la mía, ese olor intenso del whisky. Te extrañé tanto, susurra. Después me besa el cuello y me pone una mano en la entrepierna. Mientras intento esquivarla, no puedo dejar de pensar en mi padre cruzando la ciudad en el subte, muerto, sin que nadie lo note. No te desubiques, le digo, mordiendo las palabras, incómodo. En un ataque de furia, Natalia me vuelca en el pecho el vaso de whisky. Sos un forro, dice y se va. Mi hermana también hizo algo que mi padre detestaba: llamó a varios conocidos y a algunos familiares lejanos. Los citó para la tarde de hoy sabiendo que era el día de mi regreso. Por eso cuando salgo de la cocina, empapado en whisky, veo que va llegando mucha gente. Solo reconozco a Navia, que deambula con una copa en la mano. Busco el vestidor de mi padre. Una sala pequeña donde sigue estando la ropa, ordenada por Mabel con prolijidad, y que fue comprando en los últimos dos años. Mi padre tenía una manía: donaba a una fundación del conurbano su ropa que cumplía más de dos años en su vestidor. Por eso todo es nuevo y prolijo. Pero aunque sea nuevo y prolijo hay un olor propio pegado en cada cosa. Elijo una camisa celeste, de esas que siempre usaba. Me queda perfecta. El mismo talle. Siento que, estando en esa camisa, mi padre me abraza.

Che, te esperan todos allá, dice Sergio, el marido de mi hermana, entrando al vestidor, cerrando la puerta. Lo miro y me doy cuenta de que se dejó crecer los bigotes. Me abraza, es un gesto inusual en Sergio, y dice tener algo que levanta los espíritus más bajoneados del mundo. Me contó mi vieja que le traés cosas interesantes, le digo y sonríe. Sergio tiene la destreza de un médico de hospital público. Nada lo sorprende. Se curtió en esa escuela: hizo la residencia en el Posadas. Ahora hace plata en una clínica privada de Palermo. Pero ese sustrato por sobrevivir y detectar cómo gambetear la realidad, lo tiene intacto. La pregunta que siempre me hago es por qué está con mi hermana. Esto es de primer nivel, dice prendiendo un porro, es lo mejor que hay. Fumamos un rato en silencio: Sergio repasa, uno a uno, sus dedos; los estira hacia atrás y los hace crujir; los hace tronar como si les diera un escarmiento. Lo miro y pienso en un oficial del ejército, un oficial tucumano. A eso se parece. Y pienso en un bosque nocturno, en un olor intenso a hierba mojada; pienso en un grupo de caballos –más bien en sus siluetas, recortadas por los reflejos de la noche, que pastorean–; pienso y percibo el olor del agua, inminente. Antes de volver al living, donde me esperan, le digo a Sergio que los bigotes no le hacen justicia. Creo que es la primera vez que lo madrugo, que soy más ingenioso que

él. Porque se queda pensando qué habré querido decir, exactamente, con eso. Ahora, rodeando la urna de madera donde están las cenizas de mi padre, hay un grupo importante de personas. Mi hermana les está agradeciendo la presencia; mi hermana está desplegando lo que siempre quiso hacer. Cuando me ve, dice que ya es el momento. Juan, adelante, y me señala el piano electrónico, un Casio, que mi padre tocaba por gusto en las noches antes de dormirse, fantaseando con Bill Turner. Yo los miro tratando de entender la propuesta; me detengo en algunas caras, las que sobresalen por sus relieves. Hay caras que atraen la atención en un golpe de vista y otras pasan desapercibidas aunque estén en un primer plano. Me capturan dos: la de una mujer de unos sesenta años que desconozco –tiene el pelo suelto y colorado y la piel blanca y las uñas pintadas de rojo–; la otra es la de un hombre mayor, bajo, con una boina puesta en la cabeza y una nariz gorda: tampoco sé quién es. Esas dos caras me ordenan. Forman un tríptico con la cara de mi hermana, adusta, pálida, tan parecida a mí en las formas. Juan, insiste señalando el piano. Siempre discutíamos con mi padre si eso era un piano. Para mí eso no podía considerarse un piano, era una aproximación más bien. Era la variante que hacía accesible su presencia en la casa. Una especie de domesticación. Y oír eso a mi padre le daba mucha rabia. Ahora lo entiendo porque de alguna manera con esa insistencia yo no hacía otra cosa más que remover su frustración. Mientras avanzo, el hombre bajo con la boina en la cabeza y la nariz gorda me toma del brazo y me dice al oído: Tu viejo siempre que venía al garaje me hablaba de vos, le cumpliste su sueño. Me mira a los ojos, apretando los labios y me da palmadas en la cabeza. Deja un perfume intenso sobrevolando. Mi hermana explica que voy a tocar el tema favorito de nuestro padre, mi hermana dice: Este fue su deseo final. Mirando el Casio, de espaldas a la gente, buceando en la profundidad de ese perfume que todavía me persigue, balbuceo el nombre: Delfor. Tu padre siempre hablaba de vos. Una fibra de emoción –imaginar esos encuentros en el garaje, las variantes en torno a la figura de Turner– me toma el cuerpo. Ensayo algún movimiento motivado por esa escena mítica. Es un impulso. El Casio suena electrónico en el living. Le cumpliste su sueño. Retumba. La cara de Delfor, su nariz gorda. Cómo es posible que mi padre nunca se haya referido a ese detalle: la nariz gorda de Delfor. Esto no es un piano. Los pianos son como una casa amplia y misteriosa. Retumba. Con pasillos que van y vienen y un sótano de donde brotan voces. Le cumpliste su sueño. Un piano es, finalmente, un laberinto.

Polo es lo más parecido a un puerto: sabe recibir y suelta amarras, de inmediato, cuando es necesario. Lo conocí en el conservatorio de Almagro. Un flaco insulso que por la ropa que usaba parecía parte del personal técnico de la escuela. La primera vez que lo vi llegó tarde y se sentó al lado mío en la clase de Martha Ródena, esa mujer que miraba como un rayo. Recuerdo bien dos cosas: la luz del sol a esa hora de la tarde metiéndose entre los ojos de Polo y un olor profundo, a grasa y humedad, que le salía de la ropa. Yo no podía dejar de mirarlo porque, con esa ropa, lo sentía un intruso. Tenía debajo de las uñas una acumulación de grasa, bien negra. Y anotaba en un cuaderno Gloria que había comprado en el kiosco de la esquina cada sentencia de Martha Ródena. También a ella le habrá parecido un intruso o, al menos, eso esperaba que dijera y nunca dijo. Esperaba encontrar un pacto íntimo entre esa mujer absoluta y mis prejuicios; un pacto que señalara, que apuntara, por ejemplo, qué hace este muchacho acá. Pero nunca dijo nada. Tal vez porque Polo comenzó a opinar y sus argumentos eran sólidos y difíciles de refutar; tenía el entrenamiento de la militancia sindical. A mí me siguió pareciendo un intruso durante varios meses, incluso mientras íbamos tejiendo una amistad, porque no podía entrar en mi cabeza que la figura de un obrero estuviera ahí para estudiar piano.

Una tarde llegó al conservatorio borracho. Lo habían echado de la fábrica de cigüeñales en la que trabajaba en Avellaneda y además el sindicato lo había dejado en banda. Le dieron una miseria de indemnización. Fue a la escuela porque no sabía muy bien a dónde ir. Esa noche lo llevé a mi casa. Yo vivía solo y tenía una habitación para que se quedara. Nunca fuimos de avanzar más de lo que el otro habilitaba. Por eso nunca le pregunté cosas que formaban, de alguna manera, parte de su intimidad. Apenas soltaba referencias a una hermana que vivía en Claypole y a una sobrinita que adoraba. Polo se quedó en casa una semana hasta que una tarde dijo que le había aparecido una changa; le habían ofrecido un taxi para manejar. Esa posibilidad le alumbraba la cara. Le insistí en que no dejara la escuela. Y Polo eso sí que lo tenía claro: Ni en pedo, Francés, yo me voy de ahí con el título bajo el brazo. Me empezó a decir Francés desde que escuchó mi nombre. Escuchó seguro que Martha Ródena decía, porque le gustaba decirlo completo: Juan Sebastián Lebonté. Primero me sorprendí con la ocurrencia de Polo, pero también me gustó. Y así quedó como un bautizo inesperado. Yo terminé la carrera en un tiempo más corto que él; era lógico, yo solo pensaba en recibirme mientras Polo además trabajaba en el taxi. Y a partir de entonces empezamos a dejar de vernos, no por algún problema sino porque la vida que llevábamos,

tan diferente, nos arrastró en sus lógicas. Después de cinco años apareció en el Café Costa donde yo tocaba los martes a la noche y donde conocí a Natalia. Se me acercó cuando terminé el repertorio y me dijo: Francés, la puta madre, qué lindo tocás. Nunca me había escuchado tocar, parecía absurdo pero era así. Después me presentó a su compañera: Sandra, mi compañera, dijo. Tomamos una cerveza y supimos que no teníamos que dejar pasar tanto tiempo. Ahora enseño música en una escuela en Bernal, Sandra es la directora, dijo con una sonrisa de orgullo. Yo me sentí obligado a comentar semejante coincidencia. Nos reímos a carcajadas. Polo estaba feliz, Polo había soñado con esta escena: mostrarme a mí todo lo que él había podido construir solo.

Entonces ahora soy yo quien necesita a Polo. La casita que se hicieron queda cerca de la estación de Bernal, en uno de los pocos baldíos que sobrevivían en la zona. Viajo en tren y, de la estación, camino de memoria. Me aferro a los mojones que se despiertan a medida que avanzo. Avanzar es una forma de develar lo que está al acecho. Creo que ese fue el método que usé para tocar, para sobrevivir tocando durante todo este tiempo, mi tabla en medio del mar. Me convencí de que así llegaba a flote: tocar, correr, buscar la salida. Escapar tocando. Cuando llegaba, después de un concierto, al hotel, en cualquier ciudad –recuerdo cómo se cristalizó la sensación en un hotel de Málaga– el carraspeo de las cañerías contra la pared en la que dormía, la ventana de par en par dejando entrar los sonidos leves de la noche, todo eso, me despertaba un vacío que operaba con la delicadeza y la precisión de un cirujano. ¿Para qué toco? ¿Por qué? La casita de Polo es precaria: una luz queda encendida toda la noche en el porche; a veces se olvidan de apagarla y la luz resiste hasta que de pronto, en general durante la tarde, se quema. Y nadie advierte que falta la luz hasta que la noche avanza con su contundencia y alguien al pasar descubre que algo se alteró en el paisaje de la casa de Polo y le toca el timbre para avisarle que se le quemó el foquito del porche. Me ha contado esa anécdota, molesto, más de una vez. Por eso cuando toco el timbre, Polo espera encontrarse con un vecino que le diga algo sobre el foquito pero me ve a mí: al abrir la puerta, veo cómo su cara se contrae porque sigue creyendo que, ¿ahora yo?, le voy a decir algo sobre el foquito. Pero yo vengo en busca de otras luces, Polo, pienso mientras lo abrazo.

Cuando nos vemos, el tiempo parece que no hubiera pasado. La última vez fue hace seis meses: Polo lo recuerda bien –tiene una memoria envidiable, se acuerda los detalles, cada cosa–. Por eso me cuenta las novedades que incorporó, por ejemplo, en su casa desde la última vez

que nos vimos: reformó la parrilla, armó con sus propias manos una mesa a la que le faltan dos capas, como mínimo, de barniz para terminarla y además cambió algunas chapas en el techo de la pieza de invitados: donde voy a dormir durante varios días. Porque se llueve, dice Polo, o mejor, me corrijo: habrá que esperar la próxima lluvia para ver si el arreglo está bien hecho. Sandra prepara un pollo al horno con papas. Polo se hace una escapada hasta el centro para traer un vino especial que descubrió hace poco, una delicatesen, como le gusta repetir. Yo me siento en el patio a fumar y mirar el cielo de Bernal: amplio, despejado, incierto. Cuando estoy en la casa de Polo hago una vida de retiro. Nadie se encima lo suficiente: me dejan pastorear, como dice Polo. Nos encontramos cuando hay que encontrarse, en el momento justo. Cuando Polo regresa del centro con el vino, la cena está lista. A Sandra le gusta que le cuente anécdotas de las giras. Contame que con tus historias es como si yo viajara también, me dice. Les hablo de la estatua de León Tolstói. Sandra pregunta si es un músico y Polo, con la boca llena, se apura a decir con las manos que no. Espero que trague y que lo diga él. Cuento que en una ciudad de Europa del Este, una ciudad atravesada por un río, como casi todas en Europa, hay una estatua enorme construida en los años cuarenta. Después de un enfrentamiento que duró cinco meses entre dos facciones del partido comunista que gobernaba el país, el líder comunista que se impuso decidió construir una estatua gigante en homenaje a León Tolstói –no quiso una estatua de Lenin, ni de Stalin (que, por otro lado, ya había demasiadas en esa ciudad)–. Prefirió a Tolstói porque su padre era fanático de *Guerra y paz* y le leía partes todas las noches antes de dormir cuando era chico. La explicación personal no solo resultó insólita, sino que demostraba lo compenetrado que estaban en ese líder su mundo personal con el mundo político. Casi eran la misma cosa. Un escultor polaco trabajó durante cinco meses (el mismo tiempo que duró la guerra: esa metáfora fue la que utilizó el líder vencedor cuando inauguró, bajo una noche estrellada, la estatua; el tiempo de la guerra y el tiempo del arte se parecen, dijo, junto a ese río que es un afluente del Danubio). La estatua apunta hacia el oriente, está perfectamente inclinada como para que el sol, en el amanecer, le encienda el rostro. Y en verano a cierta hora del atardecer la estatua se proyecta de manera completa y simétrica sobre la superficie del río. Dónde queda eso, Francés, pregunta cautivado Polo. Creo que es Lituania, digo, pero no me acuerdo, se me mezclan los lugares. Eso me pasa siempre, aclaro, me quedan las imágenes, las sensaciones de un lugar y en general pierdo el marco de referencia, los nombres, las precisiones geográficas. A mí me pasa con las películas, dice Sandra. Hay un detalle curioso en esta historia: algunos sospechan que el escultor polaco lo hizo a propósito como un modo de burlarse del

comunismo, otros dicen que fue un error de cálculo, lo cierto es que la estatua de Tolstói, ahí, junto al río, imponente, tiene un brazo más largo que el otro. Intentaron arreglar el brazo porque no parecía real pero el intento complicó las cosas, las llevó al borde del vanguardismo, por eso prefirieron dejarlo así. Tolstói parece un hombre desvencijado, digo y la cara de Sandra se estremece ante semejante palabra. Me dan ganas de preguntarle qué cosa imagina cuando escucha la palabra desvencijado. Me acuerdo del auto de tu amigo, dice y se ríe; Polo se atraganta y se ríe también. Brindamos por todo lo que está desvencijado en el mundo.

Una mañana me despierto temprano, antes de que salga el sol. Me preparo un café y me siento en el banquito de madera que Sandra puso afuera debajo de la ventana de la cocina. Contemplo el movimiento del día que comienza a estremecerse. Un pájaro. La brisa que sacude las ramas de un plátano. El cielo gris. Entonces siento un golpeteo en el vidrio. La cara de Polo está deforme por el sueño pero me estira una sonrisa. Al rato aparece con el mate y dice, con una voz todavía ronca, que durmió para la mierda y que de tanto dar vueltas en la cama y de pensar pelotudeces decidió, al final, levantarse (se me da por pensar en la mierda de jubilación que voy a cobrar y me amargo de lo lindo, te das cuenta, este país es una mierda, me dice). Eh, aflojá, le digo. Tenés razón. Las ramas del plátano se curvan contra el tapial del vecino. Polo chupa un mate y se concentra en un punto. Vuelve a chupar y me pregunta qué pasó, por qué volví a refugiarme en su casa. Son muchas cosas, le digo y hablo de mi padre: le cuento que lo encontraron muerto en la línea D, en la estación Catedral, pero nadie sabe muy bien cuánto tiempo habrá estado así, yendo y viniendo por las entrañas de la ciudad. Polo resopla y se frota la cara. Dice varias veces la puta madre; mira a lo lejos, angustiado. Lo angustia seguro esa idea de abandono, de morir así en el anonimato. Escuchá, se me ocurrió algo: por qué no te venís ahora conmigo a la escuela, junto un par de cursos y les contás de tu carrera, de la música que hacés, si te dan ganas les tocás algo en el piano; tenemos un Yamaha afinado en la sala de actos, dice con más voluntad que entusiasmo. Claro, le digo sin ninguna gana; no puedo decirle otra cosa a semejante propuesta; hoy pensaba quedarme en ese banco de madera mirando el cielo hasta, al menos, el mediodía. Antes de las nueve de la mañana, Polo estaciona el Fiat Uno azul en la puerta de la escuela. Nos espera Sandra, que llegó a las siete en punto, nerviosa porque no lo planeamos con tiempo. Podría haber invitado a otras escuelas de la zona, dice, avisar a la Inspección de La Plata para que registren el evento, eso suma puntos. Sandra tiene los ojos y los labios pintados. Los chicos están muy contentos, me dice. Caminamos por un pasillo que despierta la impresión de un hospital. Las ventanas rectangulares dan hacia un patio lleno de árboles. Y el sol traza formas alargadas contra los mosaicos, blancos y negros, y cada diez combinaciones muestra uno con un rombo azul. Cuando entramos al salón de actos, cuarenta pibes, semidormidos, se ven obligados a pararse y a darme una bienvenida con un aplauso. Sandra luce sonriente pero deja despuntar una firmeza que no tardará, ante el primer bullicio, en pasar a ser un sermón radical. A ver si entienden, grita, traemos a un artista internacional y ustedes lo reciben así. Un silencio helado se impone. Los pibes me miran para confirmar, de algún modo, si yo avalo semejante acusación; me queda Polo, me queda refugiarme en Polo que

fue quien, finalmente, me trajo y pensó en esta posibilidad de encuentro. Antes de presentarme, Polo da un extenso discurso, en un tono suave, casi impostado, nunca antes lo escuché hablar así, sobre la disciplina y el arte; sobre por qué es importante que un artista sepa escuchar; dice que un artista no es nada si no sabe escuchar; todo lo dice en un tono pedagógico que intenta no perder de vista nunca la bajada de línea, es decir, mantenerlos ordenados. Bienvenido, dice después, Juan Sebastián Lebonté. Me mira con una sonrisa en esa cara también impostada y contra un fondo de aplausos desganados, tibios, cargados de resignación. Buen día, respondo. Los pibes comienzan a preguntar vaguedades, tienen vergüenza y se burlan entre ellos. Hasta que un pibito flaco, de unos catorce años, levanta la mano y me larga una pregunta aparentemente sencilla pero que siempre me resultó difícil de responder: ¿Por qué toca el piano?, dice. Creo que toco el piano por una confusión, digo. Hace muchos años, en un pueblo de Estados Unidos, desapareció una persona. Una mujer sospechaba que algo raro pasaba en la casa del vecino. Hacía más o menos cinco días que la máquina de cortar el pasto estaba en medio del jardín; la carretilla con la pala adentro y las luces de la habitación principal encendidas. No es común que el vecino, un hombre que vive solo, deje las cosas así: es bastante ordenado y prefiere no llamar la atención. La mujer contó en la denuncia que, con su marido, rondaron la casa en distintos momentos del día pero no veían ningún movimiento; una noche, la última antes de hacer la denuncia, dice la mujer, me despertó un ruido extraño y vi que unos perros andaban por el corredor de la casa de al lado: dos o tres perros se habían metido en la casa. Era evidente, dice la mujer, que algo raro pasaba. La policía visitó el lugar y descubrió que en la casa todo estaba en un orden aparente. Algunas cosas revueltas por los perros. Pero ningún indicio de robo, ni de violencia. Tampoco había rastros de sangre. Cuando le empezaron a pedir indicaciones de su vecino, la mujer se quedó pensando, apretando una taza de café que le habían pasado, tenía las manos rudas por el trabajo en el campo, y dijo que el vecino le parecía un hombre solitario. Pero de esos solitarios que guardan un secreto. Es raro, dijo, creo que, además de negro, es un artista. Esa sospecha de la vecina no era motivo convincente como para que la policía desplegara un rastrillaje, una búsqueda. La policía no hizo nada después de esa denuncia porque no había razón para buscar a nadie. Una semana después, a doscientos kilómetros de esa casa abandonada por el artista, en un hotel rutero, la encargada hizo la siguiente denuncia. Un hombre llegó una noche, pidió una habitación. No llevaba nada, ningún bolso, por ejemplo. Tampoco andaba en auto. La mujer no sabe cómo llegó porque el hotel está, literalmente, en medio de la ruta, a veinte kilómetros del pueblo más cercano. Pasó la

noche, pasó el siguiente día encerrado en la habitación (oyendo, sin duda, el chirriar de las cubiertas de los autos contra las piedras blancas del estacionamiento: la mujer se detuvo demasiado en ese detalle), recién salió bañado y con un olor a perfume intenso cuando el atardecer invadía el paisaje. Anunció que pasaría una noche más. Y después de pagar, la mujer lo vio caminar por el costado de la ruta, en dirección a Esmond, es decir, hacia el este, hacia lo más oscuro. Lo vio caminar hasta que el hombre negro se confundió con lo imposible de descifrar. A la mañana siguiente, cuando el servicio de limpieza pasó por la habitación descubrió que el hombre no estaba. Solo había el intento, la voluntad de hacer un pozo. Una voluntad interrumpida porque apenas pudo romper algunos fragmentos de la madera que revestía el suelo y llegar a la tierra. El tercer elemento que llevó a la policía a pensar que se trataba de la misma persona fue cuando John Banthe, amigo y productor del pianista Bill Turner, denunció la desaparición del músico. Hace días que no me responde el teléfono, dice Banthe en la denuncia. Me tomé un avión y lo busqué en su casa. Una casa precaria a las afueras de Chicago. Todo estaba relativamente en orden, salvo por las luces encendidas y la máquina de cortar el pasto con sus implementos en el parque. Como si hubiera, de manera forzosa, interrumpido la tarea. La vecina, dice Banthe en la denuncia, me contó de su preocupación. Hace al menos diez días que nadie sabe nada de Bill. Hago, ahora, un silencio largo. Polo me mira con asombro, preguntándose seguro qué carajo les estoy contando a los pibes, pero a la vez intrigado por el silencio que reina: todos están metidos en la historia. Qué le pasó al negro, cuente, cuente, se escucha. Algunos sonríen, se remueven en los asientos, lo perciben como un respiro, como el momento de la publicidad en medio de una película, lo agradecen, deben creer que me olvidé de la pregunta que me hicieron o, tal vez, con la historia se olvidaron ellos. El origen siempre se ve borroso cuando uno avanza en cualquier intriga. Pero está, como un suelo inevitable. La última vez que se lo vio, digo, fue en Esmond, una aldea de cuarenta habitantes en la zona del hotel rutero, más o menos. Allí compró una cantidad de maderas en el negocio de Chico Mulligan, un hombre gordo de bigotes prominentes. Muy simpático y soñador, Chico contó, cuando la policía rastrilló el pueblo buscando a Bill Turner, que un hombre con esas características había pasado hacía unos cuantos meses en una camioneta F100 blanca, iba solo, si es que uno no contempla como presencia a un hermoso ovejero alemán que llevaba consigo. Me acuerdo de que el hombre tenía una especie de tic o manía en las manos. Insistía con tocar las cosas cuando las cosas ya estaban quietas y detenidas en su lugar. Cada vez que cargábamos una tabla en la camioneta, el hombre volvía para asegurarse de que estuviera fija, de

que no la iba a perder. Por eso se demoró mucho en partir. Antes de tomar la ruta, se bajó para volver a tocar la carga. Se lo veía tomado por una obsesión, contó Chico Mulligan. La policía recorrió la región: los bosques de Wade Praire, la ribera del Rock River, los campos de Seward durante dos semanas. Dispuso a diez hombres, cuatro autos y un helicóptero para la búsqueda. Pero no tuvieron ningún rastro, ningún indicio. Nada sobre el paradero de Bill Turner. Su amigo, John Banthe, sentía que se lo había tragado la tierra. Por eso pasado ese tiempo la policía dejó el rastrillaje intensivo y quedó atenta a cualquier indicio que volviera a surgir. La vecina de la casa de Bill Turner no se atrevió nunca, en todo ese tiempo, a tocar las cosas: era algo acomplejada y leía señales sobrenaturales en algunos acontecimientos. Por eso contempló de manera pasiva de qué modo la casa de Turner se iba llenando de abandono. El temporal de enero hizo que la nieve llegara hasta el living: se congelaron los platos, los cubiertos. Cuando la nieve se retiró, los pisos de madera se fueron retorciendo con el avance del calor. A pesar de ese abandono, la correspondencia seguía llegando. Se fue acumulando en la casilla con forma de pájaro carpintero. Uno de esos sobres que el cartero dejó en marzo, cuando habían pasado cuatro meses de la desaparición de Turner, era el contrato que la CBS le proponía para grabar su primer disco. Bill Turner era un pianista que durante toda su vida había soñado con grabar un disco. Y había buscado, como busca el agua, de manera insistente, una posibilidad; pero ahora que esa carta llegaba, después de un duro invierno, Turner no estaba. Ocho meses después de su desaparición, un grupo de pescadores que todos los años hacen una excursión por el río Pecatonica –buscan una variante de la trucha que solo deja la hibernación y aparece dos días en la segunda semana de junio–, después de una larga jornada, acampan en un claro en el recodo más amable para poder comer algo y repensar la estrategia; no es un buen día, las cosas no están saliendo como pensaban; por alguna variante en la humedad de la zona, una zona preferentemente seca, es probable que se haya modificado la percepción de los peces y no salgan ahora porque sospechan que no es el momento aún de salir; entonces un ovejero alemán, convocado por el fuego y el olor de la carne que se va asando con calma, asoma su ansiedad en ese claro. Uno de los muchachos lo ve parado, quieto, no es una amenaza, es más bien un misterio, porque ese animal no tendría que estar ahí. La amenaza no es su presencia, la amenaza, inmediata, para los hombres es lo que puede estar detrás de ese perro hambriento: otros hombres que buscan lo mismo que ellos. Uno de los más expertos del grupo le tiró un pedazo de carne, el perro lo tomó y volvió a hundirse en la maleza. Decidieron seguir al perro, porque esa sería la mejor forma de llegar hasta la verdadera amenaza. El ruido del perro (los pastos quebrándose, el

movimiento de las ramas) los guiaba hasta que lo perdieron. Pero el hombre más experto, el que le había tirado el pedazo de carne, descubrió en el aire un aroma dulzón. Eligió el sendero más gastado, el aroma era fuerte, una fogata quemando ramas verdes. Avanzaron con cuidado, en silencio, hasta que descubrieron la choza de madera, la fogata ardiendo a un costado y a ese hombre desnudo bailando alrededor del fuego con una máscara en la cara. Lo rodearon apuntándolo con sus escopetas. Comprobaron que estaba solo, flaco, desarmado, que no mostraba ninguna resistencia. Un hombre que balbuceaba un sonido incomprensible, un hombre sin lengua. El traslado fue dificultoso. Pero lograron dejarlo internado en el primer hospital que encontraron. Luego de varias derivas en dos psiquiátricos, donde fue recuperando el habla paulatinamente, pudieron identificarlo. El primero que llegó a reconocerlo fue su amigo John Banthe, el único que creía en su música, su único sostén afectivo. En ese encuentro, balbuceando palabras, escribiendo otras en un cuaderno que Banthe mantuvo por muchos años, Bill Turner cuenta que siente un hueco profundo en su memoria: que lo último que recuerda es la tarde que cortaba el pasto en su casa y una tormenta eléctrica amenazaba con desatarse. Y recuerda un detalle: recuerda el color de un pájaro, de un azul marino profundo, que se paró sobre un poste del alumbrado público y movió sus alas, como estremeciéndose. Luego de esa experiencia profunda, una especie de anulación temporal, Bill Turner decidió componer un disco que tratara de aproximarse a esa fuga, a esa ausencia: hacerla sonar como una voz extranjera. Y compuso *Hudson*. Yo, en cambio, digo para no olvidarme de la pregunta que dio origen a toda esta historia, toco el piano por una confusión: creo que mi padre tendría que haber sido pianista, no yo. Después dejo de hablar. Todos se quedan también en silencio, con la sensación de que algo se ha interrumpido abruptamente.

A la noche cenamos en el patio. Percibo que nada de lo que pasó en la escuela les gustó a los dos. A Sandra le pareció caprichosa la decisión de Polo de llevarme sin haber avisado con tiempo. Y a Polo le pareció un gesto de inmadurez de mi parte haber contado esa historia, tan rebuscada, sin ningún destino. Además, después del encuentro un chico se quejó en la Dirección de por qué habían suspendido las clases para una charla tan ridícula con ese pianista que no conoce nadie. Ninguno de los dos me dice nada. Pero los conozco muy bien y puedo leer cada gesto, cada silencio, cada incomodidad. La llamada de mi madre agiliza un poco las cosas. Camino por el patio en círculos mientras hablo con ella (que es una voz agrietada, ronca) y veo cómo Sandra y Polo se hacen reproches en la cocina. Mi madre siempre tuvo el talento de sacar

información sin que el otro se diera cuenta. Cuando dice que vuelva con Natalia porque en la casa esa de tu amigo Polo no vas a poder estar mucho, comprendo que su intuición está intacta. Y, además, dice que tengo que saber algo no menor (cuando mi madre usa esa expresión, las cosas se vuelven urgentes): Tu padre dejó a nombre de Natalia el departamento de Belgrano donde viven ustedes, porque quería a esa chica como a una hija y porque estaba convencido de que iban a estar juntos para siempre. Natalia está deshecha, dice. Así que si no volvés, solo te va a quedar el campito de Paso del Rey. Es decir, a través de esa voz ronca y agrietada, mi padre mueve su última ficha, no deja de seguir controlando la vida de los otros. Como un eco, como una sombra que se deforma. Ahora la noche, estrellada y fresca, me decide: lo mejor es salir a caminar un rato. Le digo a Polo que salgo a buscar un kiosco, invento una excusa así. Los dos me dicen que recién hay uno en la estación y eso es peligroso a esta hora. Pero qué buscás, dice Sandra, acá hay puchos, cervezas, hay de todo. Yo te llevo, interviene Polo, entendiendo que necesito salir y queriendo él también cambiar un poco de aire. Subimos al Fiat Uno y salimos despacio. Las calles están vacías. Los vidrios polarizados, empañados. Desembuchá, Francés, me dice. Le cuento todo. Lloro, me descargo. En un puñado de días pasaron muchas cosas: la muerte de mi padre, la separación con Natalia, la ruptura con Navia, mi representante de toda la vida. Te acorralaron, dice, el Fiat detenido a un costado de la estación, con las luces de giro titilantes; te acorralaron, Francés. Bajo al kiosco de la estación cuando el último tren que va a Capital se detiene en el andén de enfrente; bajo solo para seguir con esa excusa que les inventé. Compro algo, un chocolate, una gaseosa y vuelvo al auto. Polo está pensativo y cada tanto repite: Te acorralaron, carajo. Le doy el chocolate y se lo come sin convidarme, concentrado, más bien, en algo; miramos cómo el último tren que va a Constitución sale con un tironeo quebrado. Lo miramos en silencio. ¿Sabés llegar?, me dice con la boca llena antes de arrancar. Si sabés llegar al campito de Paso del Rey, me dice.

Basta con mirar un buen rato las nubes, basta con mirar un segundo, sustraerse del movimiento rutinario y contemplar el trazo grueso de las nubes, sus bordes, decía Anita Labaronie sentada delante del piano, el cuerpo alto y torneado, la cabeza erguida y el pelo lacio, entrecano. Era curioso ese detalle para una mujer de mediana edad a principios de los ochenta: el pelo atado en una cola, cayendo con la prepotencia que irradia la belleza. Basta con mirar cómo las nubes todo el tiempo se reinventan para entender que eso que llaman progreso, esa línea inevitable por la que hay que transitar, cumpliendo a cada paso metas, objetivos, esa línea que nos conduce hacia un destino grandioso no existe. Cuando ves el movimiento constante de las nubes te das cuenta de que el progreso no existe; que a veces es mejor bajarse en el paraje menos indicado para reinventar desde esa supuesta periferia una mirada. La idea de progreso es la prisión que habitan los desesperados, decía Anita Labaronie, morocha, las manos blancas y delicadas, el perfume minúsculo pero insistente pegado en todas las cosas. Afuera, ahora, pasan luces, focos de luces que golpean contra el parabrisas del Fiat Uno. Afuera la noche se agranda en un paisaje anónimo parecido al de cualquier periferia de una gran ciudad. Tinglados, carteles, ranchitos oscuros. Nos hundimos, a toda velocidad, por la autopista del Oeste. Le digo a Polo que no es una buena idea la que tuvo. Polo dice que es lo único que me queda porque estoy acorralado. Dice esa palabra y yo pienso en un caballo pastando junto a un río manso y una cabaña de madera torcida construida con esfuerzo pero sin pericia. Polo acelera en la noche y vuelve a decir la palabra acorralado y yo pienso en Bill Turner viviendo en esa cabaña torcida junto a un río manso; lo veo en cuclillas mirando durante horas el movimiento de unas hormigas. Le gustaba la naturaleza, le fascinaban los pájaros. En la obertura de «Tránsito» suena el chillido de una calandria; es confuso si alguien no conociera de pájaros, se parece más bien a un grito desesperado. Pero es una calandria del sur. La palabra acorralado es lo opuesto a la libertad que siente Bill Turner en esa imagen. Polo dice acorralado y, no sé por qué, pienso en Bill Turner lejos de su casa, extraviado de sí mismo. Entonces agarrar el auto en la noche, tomar la ruta y andar vagando por los caminos, dice Polo, siempre soñé con esto. Parar, por decir algo, en algún pueblo, pasar la noche en un hotel rutero y, al otro día, seguir o regresar porque con haber roto la huella diaria es suficiente. Regresar al otro día al mundo de siempre pero con una grieta en el pecho, con un aire nuevo, ¿no? Quién pudiera, dice Polo, salirse de la huella para encontrar otro sentido. Después, al tiempo que acelera, me mira de reojo con una sonrisa precaria. Afuera pasan las luces de camiones, descampados que se estiran y, de pronto, se contraen para ser tomados por amontonamientos de casitas, tinglados, puentes ferroviarios. Le

indico ahora, siguiendo el trazo azul que detalla mi celular –nosotros somos un punto también azul que titila y avanza a trancos–, que a pocos kilómetros tenemos que bajar de la autopista y tomar una ruta provincial, después bordear una rotonda y avanzar trescientos metros. Hacemos eso. Cuando bajamos de la autopista siento que entramos a un lugar fantasma; un lugar silencioso, apagado, manso. Polo se mete en la primera estación de servicio que aparece y que coincide con el destino que marca el celular. Cargo y preguntamos acá, dice expeditivo. Yo me bajo, estiro las piernas, siento un aire rancio y una niebla pequeña (parece humo) sobrevolando. Del baño sale un hombre secándose la cabeza, tiene un bolsito deportivo viejo, ajado, de una marca que ya no existe. Se sienta en un costado y termina de cambiarse. Se demora unos minutos así, en los preparativos, en ajustar los detalles. Al final, saca un espejo y empieza a peinarse. Perfila la cara y busca trazar la línea adecuada. Pienso que ese hombre en la medida que insista con el ritual de peinarse aún tiene, en el fondo, algo parecido a lo que podríamos llamar una ilusión. ¿La ilusión del progreso?, diría Anita Labaronie. Francés, grita Polo saliendo del autoservicio con una lata de cerveza, vamos. El grito de Polo altera las pequeñas cosas del lugar. El hombre que se peina deja de hacerlo. Nos busca. Se queda mirando un rato hasta que salimos. Yo lo sigo, en la medida que puedo, por el espejo retrovisor. Polo no se da cuenta de nada. Solo dice que el campito queda bien pegado a la orilla del río. Cómo sabés, le pregunto. Me dijiste que se llama El Refugio, ¿no? Asiento con la cabeza mientras veo los ojos negros de Polo que me miran profundamente. Suficiente, dice, dando un sorbo a la lata de cerveza. Prendé la radio, ordena. La radio am de madrugada es el territorio donde descansan los malandrines, los angustiados y los que no tienen salida. Polo puede estar con un pie en cada uno de los dos últimos. Suena una orquesta de tangos, una orquesta de los años cincuenta. Pienso en una imagen en blanco y negro, los hombres distribuidos en un semicírculo, con saco y corbata (una corbata negra y estrecha, finísima) y el pelo engominado, brilloso, aferrados a sus instrumentos. Montero, dice, a mi viejo lo hacían llorar muy pocas cosas en la vida pero con Sandrini y los tangos de Montero era una fija; moqueaba de inmediato y tenía que inventar alguna excusa para escaparse, para que no lo vieran así. Polo ahora toma un camino que, lentamente, se va volviendo un descampado. La noche se hace más intensa. ¿Te acordás de algo?, me dice convidándome un poco de cerveza, ¿vamos bien? El último tren que viene de Once asoma sus luces al costado del camino de tierra. Vuelvo a pensar en el momento final de mi padre: viajando en un vagón bajo tierra de una punta a otra de la ciudad. La cerveza está tibia, apenas me mojo los labios. De pronto, una curva nos empieza a desgajar de la línea del tren: se ven desde esa

curva, con nitidez en la oscuridad, los relieves de un puente ferroviario y los últimos vagones que lo atraviesan. Es decir, también por el olor que se mete en el auto, nos damos cuenta de que estamos cerca del río. Creo que vamos bien, digo sin ningún fundamento. No recuerdo haber estado en el campito aunque, según mi madre, hay una foto insistente, una foto que ordena el recuerdo: debo tener cerca de tres años, llevo una remera a rayas horizontales, roja y blanca, estoy gritando eufórico; mi padre agachado me abraza, sonríe moderadamente, sostiene un cigarrillo prendido en su mano libre, la derecha; mi madre, parada detrás de los dos, tiende a cubrirnos con un abrazo, su sonrisa es más grande que la mía, es evidente que de esa sonrisa solo puede estar saliendo una carcajada profunda, tal vez por mi actuación ante la cámara (¿quién la habrá sacado?); es un día de sol. Recuerdo la foto, durante un tiempo estuvo en el escritorio de mi padre, debajo de un vidrio gigante: era como una reliquia del pasado que queda atrapada bajo la quietud de un museo. El relato de mi madre decía que esa foto la habían sacado en el campito de Paso del Rey. Es la única referencia que aparece, insistente, en el relato de mi madre sobre ese lugar. Nunca lo escuché a mi padre, por ejemplo, referirse al campito. Polo ahora va aflojando la marcha, el camino se angosta; unas fogatas se ven a pocos metros justo donde los últimos focos de luz van anunciando, seguramente, la cercanía del río. Polo se detiene atrás de unos montículos de ramas secas que ocupan parte de la calle para no llamar la atención y apaga las luces. Bajemos, le digo. Estás loco, nos van a achurar acá. Pero para qué vinimos si no vamos a bajar. Abro la puerta sin esperar su respuesta. Polo no puede hacer otra cosa que bajar y acompañarme. Francés, pará, me susurra. El aire, es el aire lo que me mueve, ese aire lejano, sucio. La noche y el aire que se arrastra entre las cosas. Eso me da confianza. Camino sin esconder nada. No tengo nada que esconder. Las voces llegan desparejas. Y hay sombras que se estiran, se mueven alargadas. Francés, insiste Polo. Son perros, las sombras movedizas son perros que nos espían, que nos rodean. Avanzo y descubro, poco a poco, el barro. Francés, dice Polo, pará. Es una fiesta, de los árboles cuelgan focos de luces, suena una música intensa, retumba contra los árboles, se expande. Y bailan. Son muchos. Están afuera de la casa. Polo se para junto a mí. Nos separan cien metros. Estamos hundidos, como los perros, en la oscuridad y el barro. Polo dice que le batieron la posta en la estación de servicio. Dice que si el campito que venimos a ver es El Refugio hace años que está tomado. Está tomado, Francés, son varias familias, hasta se armó una especie de barrio acá; no los sacás ni con la gendarmería, hermano, cagaste fuego. La fogata es grande y concentra la celebración. El resplandor ilumina algunos cuerpos y estira sombras contra la casita, más atrás, pegada a un paraíso enorme. Trato de

reconocer algún detalle del único vestigio que tengo del lugar: esa foto con mis padres. Pero no hay nada, nada posible, ningún rastro. Prendo un cigarrillo mientras Polo hace el esfuerzo de responderle una llamada a su mujer, que está preocupada, que quiere saber dónde estamos, pero la señal se pierde acá, la señal se pierde porque estamos en la frontera.

Es curioso pero Polo no para de hablar hasta que me convence; lo mejor es regresar, dice. Maneja y habla. Afuera las luces de la autopista pasan como islas o como tomas fotográficas que capturan cada instante, cada milímetro de movimiento. Polo me habla de la escuela en la que enseña, de un portero que trabaja desde hace treinta años en la escuela; un tipo mayor al que todos le tienen respeto, se llama Horacio, parece un médico de provincia, esa misma autoridad; vos lo viste, me dice, cuando entramos a la escuela; nos abrió la puerta. Horacio se mueve con sigilo, sabe todo, administra la información y es astuto para distribuir el chusmerío. Han pasado directoras, profesores pero Horacio sigue ahí. Dicen en joda que cuando se jubile –no le falta mucho– la escuela va a cerrar. Un lunes antes de empezar con mi clase de piano en segundo año, fui a buscar unas partituras en el salón que se usa de depósito. Entré despacio, sin hacer ruido y atrás de una repisa vi la cabeza de Horacio, apoyada contra la repisa, un poco inclinada hacia arriba, levemente, con los ojos entornados, ¿se entiende lo que digo? Estaba quieto, parecía descompuesto. Me acerqué sin distraerlo y la vi a Sandra, arrodillada, chupándosela con una intensidad física, mecánica. Mi abuelo cazaba en el campo con unas municiones que al ser disparadas se desintegraban en forma de abanico y en múltiples direcciones. En general se usan para cazar perdices. La imagen de Sandra entre las piernas de Horacio funciona, en el tiempo, como una munición que se activa en forma de abanico y me toma el cuerpo; me lo envenena de ira. A veces lo puedo controlar pero cada vez se me activa solo. Sandra no sabe nada. No tiene idea que la vi. Por eso no entiende mis rabias. Y lo peor es que no me atrevo a enfrentarla. Me da miedo quedarme solo, me da miedo, además, esa fantasía que me ronda. Porque sé que si Sandra me deja tarde o temprano, Francés, lo puedo hacer. Sé que soy capaz de hacerlo, dice, soy capaz de esperarlo en cualquier rincón y meterle un tiro en la nunca a ese viejo de mierda.

Después de semejante confesión no hay mucho espacio para seguir en su casa. Solo me quedo un par de días más. Una tarde llama de nuevo mi madre, me dice que empezó un curso de yoga que la saca de la angustia, dice que la conecta con una zona de su infancia que había perdido de vista, como si toda su vida adulta hubiera sido una gigante cortina de humo que le impedía ver con atención lo importante. Un silencio

profundo, de golpe, nos jaquea. Sandra pasa por el patio y no puedo dejar de pensar en esa munición disparada hacia múltiples zonas con tal de capturar a su presa. Y vos qué pensás hacer de tu vida, dice, ronca, mi madre, acá necesitamos que te dignes un día y vengas a firmar la sucesión. Me voy a vivir a Europa, contesto sin pensar. Sandra se da vuelta cuando escucha eso. Me salieron cosas allá. Sí, cosas, una pendejita que te va a dejar culo para arriba en Ostende, pero vos sabés lo que hacés, ya sos grande, dice mi madre y corta. La miro a Sandra que tiende ropa y que me mira mientras pienso en la palabra *Öostende,* así se dice. ¿Europa?, pregunta ella. Yo asiento con la cabeza. Me voy en unos días, digo. Después de eso, Natalia empieza a llamarme y a mandarme mensajes. Dice que quiere verme antes de que me vaya. Dice que por favor hay muchas cosas que tenemos que aclarar antes de que me escape como una rata. Eso lo dice en los últimos mensajes cuando ya la desesperación la inunda. Hasta recibo un e-mail de Navia con la rendición y el detalle de la última gira. Pero si quiero el depósito, si tengo los huevos para mirarlo a la cara, tengo que ir a verlo antes de viajar. De lo contrario no me va a depositar una mierda y esa plata se la va a derivar a Natalia, que la necesita de verdad.

Una de las cosas que más me gustan del barrio de Polo es caminar por el costado de la vía. Hay una hora, a la mañana bien temprano, cuando el sol despunta y la gente se acerca de a poco a la estación para ir a sus trabajos, en la que se forma un concierto estruendoso de pájaros. Me gusta caminar a esa hora bordeando las vías hasta un viejo café en la esquina de la calle Cuenca. A mitad de cuadra detecto el epicentro de semejante vibración: un plátano frondoso, enorme. Además hay una mixtura de voces: cotorras, palomas, alguna calandria. Suenan de manera orgánica, forman un sistema que apenas queda en un segundo plano cuando aparece el tren o dobla con prepotencia algún colectivo. A pesar de semejantes distorsiones, el concierto dura, estridente, durante unos diez minutos. ¿Improvisan o ejecutan un plan? Anita Labaronie creía en los pájaros: lo único que saben hacer es jugar con las herramientas que tienen. Por eso mismo, decía Anita Labaronie, el pelo lacio, entrecano cayéndole de costado, solo pueden improvisar. No hay plan, hay atrevimiento, decía. A veces los planes vienen de afuera, son de otros y es eso lo que impide que uno se atreva y quiera usar del modo que se le cante las herramientas que tiene. El potencial que hay en cada persona, decía, es incalculable, porque el atrevimiento es como avanzar en el aire; no hay un tope; cada intento supone un desafío nuevo; no hay experiencia que valga la pena; es probar y sentir. ¿Nunca soñaste que volabas? Bueno, esa es la sensación. Eso es, decía. La luz en el bar de la calle Cuenca se estira cuando los pájaros, más o menos,

dejan de cantar. Es decir, alumbra las baldosas negras y blancas, los rincones de los muebles y las mesas que durante el resto del día quedarán hundidas en la penumbra. Entonces me convenzo de que es la mejor decisión. Es la mejor decisión. La que voy a tomar es, podría decir, la gran improvisación de mi vida.

Cuando Polo se entera de que me voy, de que me vuelvo a Europa siente también que es la mejor decisión, porque acá me han acorralado y no hay modo; lo mejor es salir para adelante. Y propone, como será mi última noche en Bernal, ir a cenar a una cantina en la que se come de puta madre. Me aclara, eso sí, que se va a pedir el día para llevarme a Ezeiza. Le digo que no se preocupe, que me voy en un taxi. Pero se ofende. Esa noche vamos a comer a la cantina del Bubi los tres. Polo hizo una reserva porque si no es imposible conseguir mesa. La gente espera durante horas para comer. Yo no entiendo a la gente que espera y mira desde afuera para comer, dice Sandra. Se la ve incómoda y medida. O soy yo que ahora la miro con un poco más de atención: tiene mal pintados los labios, mueve de manera recurrente el párpado de un ojo, es decir, lo aprieta fuerte como si tuviera una basurita. Pero no tiene nada. Es una incomodidad, el detalle que contiene lo que no se puede decir. Polo quiere presentarme al Bubi, dice que es un personaje de la zona. Trata de empezar a contarme varias veces la historia de la cantina, de cómo el Bubi hizo de la nada, con un puestito callejero, este lugar legendario. Pero siempre pasa algo que interrumpe la ansiedad de Polo, mientras vemos de lejos al Bubi, atrás de la barra, dando órdenes, moviéndose con una calma sospechosa. Polo pide una parrillada para los tres y es evidente que Sandra no quiere comer carne o, mejor, es evidente que no quiere estar acá. Podemos pedir otra cosa, propongo para descomprimir. Sandra ni siquiera me contesta. Polo no se aguanta y dice: Yo no sé para qué carajo viniste. Sandra estaba esperando eso para levantarse y buscar la salida. La gente que espera en la puerta la mira con interés, se arma un pequeño movimiento en busca de la mesa desocupada pero pronto se dan cuenta de que no ha pasado nada, es decir, que van a tener que seguir esperando porque no hay ninguna mesa libre. Mejor, dice Polo, mejor así hablamos de lo nuestro. Y lo nuestro, para Polo, es una idea que viene amasando hace un tiempo. Tengo una platita guardada que esta no sabe, es mía, y uno de mis sueños es hacer un viaje por Europa. ¿Te imaginás que morfemos juntos una noche en Venecia? La ilusión de Polo se transforma, rápidamente, en un proyecto. Tengo ganas de dos cosas: el carnaval y la ópera en Venecia. Yo asiento con la cabeza; no le digo que Venecia en carnaval es un infierno, lleno de turistas, para no romperle la ilusión. Comemos hundidos en esos caminos posibles. Me habla de que si estoy allá, él se anima. Me cuesta mucho pensar en un viaje así. Nunca me atreví, Francés, pero si vos estás allá es otra cosa. Al final tomamos dos botellas de un vino suave. Cuando salimos nos cruzamos con el Bubi en la puerta del boliche, está recostado contra una columna, fumando un pucho después de la intensidad de la noche. Polo me lo presenta con una euforia desmedida. El famoso Bubi apenas arruga algunas partes de la

cara a modo de respuesta. También siente desmedida la intensidad de Polo. Le pregunta si hace mucho no va para allá. Polo se ríe y dice que hace mucho. Cambiaron las cosas, dice el Bubi con una voz ronca, áspera, empedernida mientras tira el pucho y se mete para adentro. Polo queda con una sonrisa infantil. Conociste al Bubi, me dice pasándome un brazo por los hombros. Me intriga eso que comparten. Pero prefiero no preguntarle nada. Volvemos caminando porque Sandra se llevó el auto. Son como quince cuadras, dice, pero la noche está linda. Pensar que ahora estamos acá y mañana a esta misma hora vas a estar cruzando el Atlántico, dice.

La primera vez que tuve el sueño fue antes de rendir el examen inicial de piano. Yo tenía trece años y había estado estudiando todo un verano. Ese verano que mi padre me llevó a Ostende y que pasamos dos meses solos en una cabaña mientras practicaba los ejercicios en una pieza estrecha que miraba al mar. En el sueño yo tocaba y del piano en lugar de tonos salían gritos de monos, gritos desesperados. Ese año, también, tendría que haber empezado el secundario pero mi padre tomó la decisión de que iba a tener algo así como un año sabático. Nunca terminé de entender esa palabra. Lo que sí fui entendiendo era que solo me iba a dedicar a estudiar un año intensivo de piano. Es el momento de explotar, decía mi padre, la vida es una escalera, hay que saber cuándo y cómo pisar el siguiente escalón: vos ya estás listo. La idea era prepararme un año para luego aplicar a una beca intensiva en Francia. Cuando volvés de Francia empezás la secundaria, no te vas a perder nada, al contrario, se te va a abrir el mundo, me decía. En ese tiempo mis padres estaban distanciados, era evidente, pero para mi hermana y para mí esa distancia parecía normal. Parecía normal porque nunca decretaron la ruptura de manera abierta y porque seguían conviviendo. Mi madre era una figura lejana, como una costa tomada por la bruma que, de noche, se encendía para volverse mítica pero si me acercaba demasiado se transformaba en un relieve desfigurado por el alcohol, en una boca voraz. Me aferraba a la vitalidad de mi padre. Y a su supuesta confianza en mi talento. Eso repetía, incansable: que yo tenía un talento, un don que me había dado la naturaleza y tenía que explotarlo. La mañana que di el examen llegué a la casa de Anita Labaronie en la Paternal acompañado por mi padre. Estaba tranquilo porque había practicado la rutina muchas veces. Anita Labaronie me hizo pasar y le dijo a mi padre que volviera en una hora. Mi padre trató de quedarse pero Anita Labaronie repitió, tajante, que volviera en una hora. Nos sentamos en unos sillones en el living de la casa. Me sirvió un vaso de agua y me miró durante un rato largo en silencio. El silencio me incomodaba y entonces hice un comentario sobre lo que había preparado: la primera parte de *Kreisleriana* de Schumann. Pero Anita Labaronie, cruzada de piernas, esas piernas largas, musculosas, me dijo que le hablara de otra cosa, que le contara algo extraño que me hubiera pasado últimamente. Y yo le conté el sueño. Al principio se lo conté en sus rasgos generales pero frente a la insistencia de ella –nunca antes había visto a una persona escucharme con tanta atención– lo conté con detalle y, al contarlo, lo estaba rescatando de la oscuridad. Después volvió el silencio y ella desvió la mirada hacia el piano. Cuando habló ya tenía tomada una decisión: Pichón, vos no querés estar acá, pero te preparaste mucho así que lo vamos a hacer rápido. Lo intenté tres veces. Empezaba bien pero en algún momento el camino se empantanaba, me

perdía tragado por el mar, la cabaña de Ostende, esos días serenos. Traté de empezar una cuarta vez pero Anita Labaronie dijo: Está bien, está bien. Se levantó del sillón y caminó un poco sin rumbo. Ese cuerpo imponente, el pelo largo y manchado de canas: estaba incómoda. Dijo que descansara hasta que viniera mi padre, dijo que ella iba a resolver algo. Salió por una puerta y me quedé solo. No sabía qué hacer. Me atrapó una foto, un retrato en blanco y negro, Anita Labaronie con veinte años junto a un piano sonreía con felicidad.

El plan original, en principio, es con trenes. Cuando despierto, con una leve pesadez por la comida del Bubi y abrumado por la aparición otra vez del sueño (del piano ahora salían ladridos rabiosos), comienzo a divisar, como un náufrago en la oscuridad del mar, los relieves de la salida. Son cerca de las cinco de la mañana. Me cambio y salgo de la pieza descalzo, llevando los zapatos en la mano. La casa está detenida, huele a comida vieja. La ventana que da al patio tiene las cortinas corridas. La oscuridad es total. No necesito nada. Irme, como se dice, con lo puesto. Eso es. El manojo de llaves del zaguán está en la cerradura. Giro, abro lentamente la puerta de madera, pesada, restaurada por Polo: me contó su historia, la compró en un mercado de usados en Wilde, la pulió, la dejó nueva y cuando la puso pegó una estampita de san Cayetano en la parte de adentro, debajo de la mirilla. Esas pavadas en las que uno cree, me dijo Polo. Toco la estampita y salgo con el manojo de llaves. Hay algunas hojas en el suelo. Un viento leve las arrastra. Me siento en el pilar de la entrada, me calzo los zapatos. Una torcacita colorada se pone a chiflar con insistencia. Entonces veo el Fiat Uno estacionado en la esquina, con las ruedas levemente torneadas hacia adentro; es así como lo dejó Sandra cuando volvió sola de la parrilla; se nota el gesto leve de rabia con el que estacionó; se nota en la desprolijidad de las ruedas torneadas hacia adentro. Distingo en el manojo de llaves la del auto: negra y con una punta filuda. El plan original es con trenes: tomar el de las cinco treinta en Bernal, combinar en Constitución con el subte C, en avenida de Mayo luego con el A, bajar en la estación Once y tomar ahí el primer tren para el oeste. Pero el auto, así, estacionado con las ruedas torneadas hacia adentro, parece estar esperándome. Temo por la alarma aunque sospecho que Polo no gastó plata en eso. Es un auto cimarrón, duerme afuera, se la banca. Cuando abro la puerta no suena nada. Entro rápido. Los vidrios polarizados me protegen. Hay una leve ansiedad en mis manos. O en mi pecho. Es lo mismo. ¿Quién es el que hace todo esto? La primera vez que manejé fue en Ostende cuando agarramos con mi padre el camino junto al mar y después tuvimos que pasar la noche varados en la tormenta. La última vez fue hace ocho años, en una gira en el norte de Francia. Choqué el auto de alquiler contra un árbol y rompí el radiador: viajé más de cien kilómetros remolcado por un auxilio. Desde entonces me prometí no manejar nunca más. Pero ahora una voluntad cargada de confianza –¿es lo mismo?, ¿tener voluntad y tener confianza es lo mismo?– me mueve. Pongo la llave negra con la punta filuda en el tambor de arranque. Se pone en marcha. ¿Y ahora? Corcoveo. Se para. Vuelvo a intentarlo y espero, dejo que el motor entre en calor. Como las manos de un pianista, decía Anita Labaronie, tienen que entrar en calor. No se puede tocar la pieza más osada de Schumann sin haber generado

las condiciones para poder desplegar esa destreza. Salgo, con ese consejo, despacio, desordenado, corcoveando, hacia adelante.

El trazado para llegar a la autopista no es difícil. Tiene, más bien, la forma de una L. En la calle Cuenca –el bar a esta hora está cerrado, los pájaros duermen apretados en el gomero de la esquina– hay que doblar y seguir hasta el paredón, pintado de blanco, de la avenida San Martín donde crece la estación. Manejo tranquilo porque no anda nadie. Me sobresalto a unas pocas cuadras de llegar a la estación cuando aparece una bicicleta: un diariero avanza cargado. En la avenida San Martín freno en el primer semáforo que me toca. El auto se para pero arranca enseguida, justo cuando me da luz verde. Ahora hay que bordear la estación y en la calle Quiroga cruzar el paso a nivel. Una camioneta blanca aparece a cincuenta metros. Concentro la fuerza en el pie derecho sobre el freno. La camioneta dobla en Quiroga, se zamarrea y cruza las vías. Yo imito el movimiento. En los andenes casi no hay nadie, el tren debe haber pasado recién. Cruzar la vía, igual, despierta la misma fantasía de siempre: mirar a un lado, mirar al otro, que el auto no se apague justo ahí. Sigo a la camioneta blanca porque avanza a la autopista: la autopista es una línea naranja de luces que restalla. Después de la vía, la calle comienza a tener más movimiento. Las balizas de la camioneta blanca se encienden cada tanto. Yo mantengo distancia hasta que la camioneta dobla para subir a la autopista. La subida me vuelve a inquietar, acelero un poco de más y si bien el auto se estremece sigue en marcha. Ruge cuando ya estoy sobre la cinta principal hasta que lo estabilizo. Avanzo sobre el carril de la derecha, pegadito al guardrail. La camioneta blanca es un punto fugaz que se pierde irremediable. Después de pasar el primer peaje –freno el auto un poco más adelante de la ventanilla, tengo que estirar el brazo para pagar–, empieza a crecer una sensación. El movimiento hace que las cosas se vean de otra manera. Algo fluye, algo musical fluye. La *Kreisleriana* siempre me pareció el nombre de una gran tienda, una gran tienda en algún bulevar europeo, por ejemplo, suizo o austríaco, una calle ancha arbolada y atravesada por tranvías. Una tienda de cristales. En eso pensé la primera vez que mi padre me habló de esa composición. Me habló en la cabaña de Ostende, creo que en una de las primeras noches, tomaba whisky, estaba despeinado –algo extraño en mi padre– ese detalle que lo volvía distinto: un poco más hermoso, tal vez, más vital. Y esa impresión original quedó como una marca difícil de revertir con el tiempo. Una tienda de cristales en un gran bulevar arbolado, en alguna ciudad en el corazón de los Alpes. Algo fluye, algo musical fluye. Me viene un fragmento de la *Kreisleriana.* Un fragmento que recorro de memoria, íntegro y de manera perfecta. Un fragmento que nunca pude

reproducir delante de la figura conmovedora de Anita Labaronie. Opus 16. En la versión, por ejemplo, de Horowicz. En el comienzo de la tercera pieza un caballo, es un caballo, inicia un movimiento desbocado; esos treinta segundos iniciales se me reproducen intactos en la cabeza mientras cruzo la ciudad que está empezando a despertar; es el avance de un trote que amaga con convertirse en un galope furioso pero todo, finalmente, quedará controlado y ese galope furioso, que amaga con ser furioso, se irá deshaciendo de inmediato en los primeros minutos; se convertirá en una calma engañosa, en una administración de la intriga o en un decir postergado. Fluye, algo musical fluye y con eso me atrevo a pisar el acelerador. Como si una fe que brotara de la *Kreisleriana* –ese sonido que ahora es pura imaginación– me diera seguridad en el manejo del auto. El movimiento es música si produce el efecto de una pasión organizada. Un manchón naranja, de pronto, irrumpe en el espejo retrovisor; un destello de luz golpea, después, en los vidrios de un edificio. La vida nueva empieza.

SEGUNDA PARTE

Antes de llegar al descampado veo el bulto; un tero grita cerca de los zanjones. La lluvia de anoche –una tormenta intensa que tiró árboles y voló algunos techos, que sacudió el Fiat Uno estacionado en el playón de la YPF– complicó los caminos que están a medio asfaltar. Tengo mil pesos. Eso es todo. El bulto se arrastra lentamente entre los pastizales que crecen al costado de las vías. Tiene solo una zapatilla puesta. Es el pie derecho. El otro está desnudo, embarrado. Me acerco despacio. El aire pesado, húmedo, me agita. Ma ma tame, susurra el bulto en una lengua trabada, ma ma tame. La sangre arma un charco mezclada con el barro y el bulto se arrastra sobre ese líquido. Me confunde con otro. Piensa que soy otro. Eso es evidente. Lo que no sabe es que desde hace cuatro días yo también empiezo a perder los bordes, también me empiezo a confundir en el paisaje. Camino desde entonces uniendo la YPF y el zanjón que bordea el puente del ferrocarril, son casi dos kilómetros. Voy y vengo esquivando perros hambrientos, charcos con olor a comida pasada. Es una rutina o, mejor, una manera de entrar. Rondar, rondar, volverme una cara cotidiana hasta que la puerta esté abierta. A la noche, por ejemplo, rodeo la casa del campito. Todos le dicen así: el campito de Mamocho. Muy pocos, tal vez los más viejos, la reconocen como El Refugio o la casita del río. Pero por encima de todo eso prevalece, como un brillo grasoso, el nombre de Mamocho. Paso cerca de las diez de la noche. Voy reconociendo los movimientos, voy reconociendo las siluetas: un hombre sentado bajo la luz del porche, mirando a lo lejos; una chica muy flaquita moviéndose, como jugando con su propia sombra, de un extremo al otro de la casa y seguida por un perro ansioso; el reflejo de una morocha seria y decidida cocinando con un pañuelo en la cabeza; un muchacho retacón y fornido arreglando una moto, tomando un vino. Son trazos gruesos, siluetas impersonales. Paso a la misma hora como abriendo una huella, o esperando que me empiecen a ver; esperando que, a fuerza de repetición, me vaya convirtiendo en parte del paisaje, en otro trazo grueso; que cuando me vean digan, después de varios días, por ejemplo: ese es el hombre que pasa siempre cerca de las diez de la noche. Configurarme así hasta que la puerta quede abierta y ya no sea tan extraño que me vean entrar. Ma ma tame, insiste el bulto con una voz aflautada y después larga una serie de convulsiones que lo arrastran, literalmente, sobre los pastos mojados. No sé qué hacer. Contra la muerte no hay plan posible cuando ya es una sentencia. Por eso lo veo con la distancia abismal del que está lejos del peligro: el que mira sin amenaza. Soy un cuerpo sano que se regodea en su entereza frente a ese cuerpo retorcido de dolor. No hay abismo más grande en el universo. El rumor del tren comienza a trepar, lo voy reconociendo de a poco en la lejanía, como se reconoce el olor de la tormenta. Cuando el tren que va a Once impone su traqueteo sobre el

puente de hierro, el bulto vuelve a moverse, balbucea algo, imagino que me pide, confundiéndome con otro, que lo mate: Matame, seguro me dice. Busco ayuda. Me acerco al camino y veo la figura de un camión viejo que avanza. Es de esos que llevan huesos y menudencias. Uno maneja, dos van atrás en la caja. El que maneja me ve primero pero decide no parar; los otros, en cambio, cuando el camión pasa, me empiezan a ver y le golpean la cabina al que conduce. El camión para, finalmente, a unos veinte metros. Uno de los que va en la caja, un muchacho ágil, se baja y corre hasta donde estoy. Qué pasó, dice con la cara tapada por un pañuelo manchado de sangre. Tiene todo el delantal blanco manchado de sangre. Y unas botas de goma también manchadas de sangre. Las moscas lo siguen con una fidelidad absoluta. Le marco el camino. El muchacho se mete entre los pastizales. Pisa con esas botas blancas. Después grita que es el Cuesta. Asoma el cuerpo y grita mirando el camión que es el Cuesta. El viejo Ford retrocede a toda velocidad: el olor del gasoil lo cubre todo. El otro pibe salta y corre: entiende lo que significa ese grito, entiende esa urgencia. El Cuesta, carajo, gritan. Los miro con distancia. Hasta que uno me da la orden para que lo ayude a levantar el cuerpo. Yo agarro las piernas, un pie desnudo, el otro con la zapatilla embarrada. Camino de espaldas mirando de reojo el suelo desparejo, los charcos, el olor de la basura pasada, hasta el camión. Le hacen un lugar entre los huesos y las menudencias. Cuesta así rodeado por la grasa y los huesos, por la blancura de la caja, se ve más rubio, de un amarillo opaco, con ese color típico de los rusos. No tiene más de veinte años. ¿Se escaparon?, pregunta uno. Yo apenas muevo la cabeza afirmando, sin entender cuáles serán los efectos, qué significa haber dicho que sí. Vos vení acá, me dice el otro. Subo también a la caja. El viejo Ford arranca. Tengo solo mil pesos. Es una forma estúpida de aferrarme a algo, mientras nos sacudimos por un camino a medio asfaltar entre autos abandonados y perros hambrientos.

Entro pensando en la casa de Bill Turner: ese corredor, las maderas vencidas, el olor del tiempo perdido. No puedo creer que entre tantos destinos posibles el camión ingrese decidido en el campito. Le dicen Julia. Nos espera con las manos apoyadas en las caderas. El pasto crece desordenado. El olor es intenso. El olor del pasto. Yo camino de frente a la casa sosteniendo las piernas de Cuesta como se sostiene un mandato. Julia nos pide que lo dejemos en el banco que está junto a la entrada. Cuesta sigue perdiendo sangre pero no quieren llevarlo al hospital porque sería entregarlo. Llevárselo a Julia para que lo vea y que ella decida fue la sentencia. Por suerte, le dice uno de los muchachos del camión, por suerte te encontramos. El viejo Ford entró de culata y dejó

unos enormes huellones cruzados. El que maneja, un gordo de rulos, mira asomado por la ventanilla. Debe mirar una buena parte del techo de la casa que desde abajo no podemos ver: alguna tabla levantada y podrida, el tanque de agua vencido con una pintada de aerosol, algún pájaro miedoso después del temporal quietito en la canaleta viendo también de qué manera Julia se pone a trabajar sobre el cuerpo de Cuesta. Nadie me dice nada. Tal vez la urgencia, el hecho de haber llegado con los muchachos del camión, el hecho de estar con este aspecto rancio por haber dormido durante cuatro días en el playón de la YPF (las primeras horas fueron como capas metálicas interminables: el tiempo tiene otra contundencia cuando uno se abre paso por un camino desconocido); o, tal vez, internamente reconozcan y no digan que soy el tipo que pasa todos los días cerca de las diez de la noche, ese trazo grueso en la oscuridad; que esa insistencia haya funcionado y acepten con cierta naturalidad mi presencia acá; no sé; lo cierto es que estoy acá, adentro, ayudando a Julia en la revisión del cuerpo de Cuesta. De pronto, se empieza a repetir el nombre de Ipólito. Si alguien le avisó a Ipólito. Que por favor lo manden a buscar porque Cuesta está volando de fiebre y la hemorragia no para. La herida es en el abdomen y lleva varias horas perdiendo mucha sangre. Julia se mueve anulando cualquier formalidad, no mira nunca a la cara de nadie, es pura acción impersonal. Uno de los muchachos del camión sale corriendo a buscar a Ipólito. El otro se agarra la cabeza y camina por afuera. El gordo que maneja no se atreve a bajar. Siento que es el que más me mira con insistencia, el que desconfía. Tenelo así, por favor, concentrate, me dice de pronto Julia, enérgica. Cuesta ahora no balbucea nada. Tiene los ojos entornados. Sostengo el brazo derecho, parece una rama seca tallada con el relieve interrumpido de un pájaro, mientras Julia busca la vena y, finalmente, hunde la aguja para ponerle el suero. Aguantalo, me dice después, como si dependiera de mí, de mi voluntad, aguantalo hasta que venga Ipólito. Pero Ipólito no quiere saber nada. Eso dice el muchacho que vuelve corriendo, sigue teniendo la ropa manchada de sangre; las botas blancas manchadas de sangre; el pañuelo, torcido, en el cuello, manchado de sangre. Dice Ipólito que lo lleven al hospital, larga el muchacho agitado, y si hay que entregarlo a los milicos que lo entreguen. No dice cana, ni policía. La palabra milico en boca del muchacho suena rara, de otra época. Se ve que repite exacto lo dicho por Ipólito. Julia no se altera. Sigue moviéndose envuelta en una capa de amianto, sin hacer contacto con nadie. Pero en ese desplazamiento, en esa acción, toma decisiones. Nos pide al muchacho y a mí que llevemos a Cuesta a la piecita de atrás. Me esperan ahí, dice. Para llegar a la piecita de atrás hay que rodear la casa, caminar por el pasto unos veinte metros. Debajo de un paraíso, con paredes de barro y una

ventana estrecha, está la piecita. Es un cuerpo desprendido del resto de la casa. Un satélite. Apenas tiene un excusado lleno de moscas. Es la pieza de los negros, dice en un susurro y con cierta fascinación el muchacho cuando entramos. Hay dos camas estrechas y una mesita plegable debajo de la ventana: el olor a humedad es fulminante. La pieza de los negros, insiste, las botas manchadas de sangre, el pañuelo manchado de sangre. Cuesta respira con un jadeo ronco. La luz que atraviesa la ventanita apretada es suave y le roza la pierna, le calienta parte del pie desnudo. Debe sentir, a pesar del dolor o precisamente por eso, una grata sensación de cobijo en el pie. El muchacho saca el celular y empieza a tomarle fotos a las paredes, algo de la urgencia por el estado del Cuesta se diluye cuando entramos a la piecita. En la última foto, antes de que entre Julia, el muchacho estira el brazo y se saca una selfie –compone una cara para la foto: es decir, compone una sonrisa leve pero desprendida del contexto–. Entonces pienso en mis cosas: el celular, el bolsito verde que encontré en la pieza de Polo, el puñado de ropa adentro del bolsito verde, todo eso que se podría decir son mis pertenencias en el Fiat Uno, estacionado de culata en un rincón alejado de la playa de estacionamiento de la YPF. El sol a esta hora debe estar golpeando en la cuerina negra y rasgada del asiento trasero. Y, poco a poco, debe ir quitándole el olor de Sandra, ese olor a pucho y a perfume rancio, para darle un nuevo olor: esa mezcla de nafta y sudor que desprende la ropa en el bolsito verde. Julia irrumpe con una frazada y su aparición nos estremece como una piedra en el agua. Dice después de ver a Cuesta que, al parecer, el suero que le puso está calmándolo y detuvo un poco la hemorragia. Vamos a dejarlo acá hasta la noche y ahí vemos qué hacemos pero alguien se tiene que quedar a cuidarlo. Yo no puedo, larga rápido el muchacho con el celular en la mano. Es la primera vez que Julia me mira abiertamente a los ojos (un remanso verde y cansado a la vez) y es la primera vez, también, que me siento tan expuesto; siento que es el momento para que se pregunten de verdad quién soy. Pero después de agradecerme, Julia me explica que la esperan en el trabajo, me deja un par de instrucciones generales (por ejemplo: me dice cómo usar la chata, que no puedo dejarlo solo) y sale de la piecita con el muchacho. Me quedo mirando la ventana: primero escucho el rugido del camión; después el ladrido de algún perro; más atrás llega el jadeo ronco y suave de Cuesta, boca arriba, con la luz del sol creciéndole en la pierna; recién entonces, como desnudando la verdadera pulsación del lugar, se oye el silbido tímido de una calandria, es una calandria marcando un ritmo pausado pero constante en la tarde del campito.

Adentro del campito y junto al cuerpo herido de Cuesta vuelvo a sentir el movimiento de la muela. Apenas la toco con la punta de la lengua, su fragilidad parece irreversible. La ventana es estrecha y está apretada entre las paredes de barro. La luz del día solo entra por ese hueco. La luz del día se pierde primero atrás de la casa y sobre los montecitos que rodean el río. La casa resiste un poco más. Y cuando la noche ya es implacable, se empiezan a ver, entre el manojo de ramas y árboles, las luces de los trenes, rojas y blancas, atravesando el puente de hierro. Van y vienen con una frecuencia despareja. Es una imagen cargada de extrañamiento. Pienso cómo sería tocar con el piano esa imagen: el movimiento de los trenes atravesando el puente de hierro; el movimiento de los trenes mediado por el follaje; el movimiento de los trenes mediado por el follaje y visto desde una ventana apretada, un poco inclinada, en una piecita con paredes de barro. Pero esto no es un campo, en el sentido estricto de la idea de campo. Esto es más bien la ruina de un campo que ahora ha quedado desacoplada del resto de la zona. Un fragmento imposible de ensamblar arrinconado entre el puente Falbo, el río Reconquista y la estación Paso del Rey. El viento arrastra el sonido del tren que llega a la piecita desgranado, desparejo, como el grito de un pájaro asustado. Y también trae, con la noche instalada, un olor a leña que se filtra inevitable. Un rato después golpean la puerta. Cuesta sigue dormido o drogado por la inyección de Julia. Cuando abro aparece Eva. Mi mamá me dijo que le traiga esto: pollo con arroz. Se queda mirándome. No sabe si puede entrar o no. ¿Y el Cuesta?, me dice. Ahí duerme, digo. Eva estira la cabeza, el perro que la acompaña también apoya una pata en la carpeta del piso y estira la cabeza. Ven un bulto quieto que traducen como el Cuesta. Va a estar bien, ¿verdad?, me pregunta como si yo fuera el médico. O como si yo tuviera esa información médica. Le digo que no sé. Le digo, a una chica de doce años que lo único que espera es una palabra de aliento, que no sé. Un silencio espantoso nos deja a los dos mirándonos a los ojos. En ese instante pasa un tren y los motores de la Lancaster se oyen retardados. Yo soy Eva, me dice, resignada. Tiene la cara flaca y alargada, parece un boceto de Velázquez. Después sale corriendo hasta la casa, el perro manso la sigue como una sombra. Y yo soy Ruiz, improviso sabiendo que Eva ya no me escucha. Ruiz, a secas.

Entonces le empiezo a contar a Cuesta historias de Anita Labaronie. Le digo que cuando la visitaba comenzaba, sin darme cuenta, a hacer fuerza con las mandíbulas. Una tarde mientras estudiábamos una partitura en su estudio de la Paternal, Anita Labaronie suspendió la lectura, se sacó los anteojos y me dijo que si seguía así me iba a quedar sin dientes. Yo no entendí lo que me decía. No me daba cuenta de que

estaba haciendo ruido con mis muelas. Lo hacía también cuando tocaba. Las fui erosionando en cada concierto, Cuesta. Las fui redondeando como esas rocas ancestrales que se dejan penetrar por el viento marino. La primera que cayó en desgracia fue el tercer molar del lado izquierdo. Mordí con felicidad un pedazo de cordero, celebrábamos una Navidad en Mallorca, en medio de una gira interminable; es de los pocos recuerdos intensos que perduran entre tantos viajes inútiles; mordí con felicidad un pedazo de cordero y algo se trizó en mi boca. La muela estaba fragmentada en múltiples esquirlas. La recorrí con la lengua y lo que quedaba eran ruinas de un edificio acribillado. Eso era, Cuesta, una ruina total. Cuando mejor la estaba pasando, se quebró el edificio. Para dejar de tocar haciendo fuerza, lo mejor es improvisar, me decía Anita Labaronie. Durante un largo tiempo confundí el sentido de la palabra improvisar. Pensaba que improvisar era algo menor y algo, además, cercano a mentir. Improvisar es, a veces, el mejor camino para decir lo genuino. Por eso mismo no tiene nada que ver con la mentira, decía con firmeza Anita Labaronie. Mentir es engañar. Yo, en cambio, Cuesta, improviso un destino; es decir, intento hacer lo mismo que vos hacés ahora; vos respirás sin darte cuenta de que respirás. De eso se trata, le digo, de aproximarse a esa sencillez.

Julia aparece en la piecita dos veces en el día. A la mañana entra cerca de las siete. Hay un leve rumor de pájaros y un aire novedoso para mí. Un aire que se filtra cuando el cuerpo de Julia entra despacio, diciendo en voz baja: Permiso. Un aire de río. Le toma la temperatura a Cuesta, le cambia las vendas, le inyecta la medicación y limpia la chata. Cuesta está en la frontera, un poco ido por efecto de la morfina. Mientras le da cucharaditas de té en la boca, me pregunta cómo pasó la noche. Cómo lo vio, me dice. Yo digo que en general bien, duerme casi todo el tiempo. Me deja un termo para el mate y unas galletitas. Y se va dejando un olor a shampoo. Julia vuelve con la cena. Es otra persona cuando aparece con la cena: tiene la cara torneada por la jornada en la Lancaster y ha perdido todo vestigio de perfume a shampoo. Julia entra sin pedir permiso, le da órdenes a un Cuesta que apenas se estremece entre las cobijas. En general a esa hora a Cuesta se lo escucha con quejidos suaves; es que le levanta la fiebre, dice Julia, con una voz cascada. Ventile un poco el aire, por favor, me dice antes de salir. No deja de impresionarme que me trate con esa distancia siendo que tenemos más o menos la misma edad. Los primeros días, además del plato para Cuesta, me dejaba un plato a mí. Pero después solo deja ese plato amarillo con los bordes negros y salteados como una escupidera. Por eso me como lo que deja Cuesta. Más de la mitad del plato. Sospecho que Julia sabe eso. Y estimo que es una especulación. Que está

viendo hasta dónde aguanto sin ofrecer algo. Cuando Cuesta empieza a comerse más de la mitad del plato, cuando el montoncito de arroz con hígado se estrecha en el borde como un resto, entonces las noches se me empiezan a hacer largas. Me despierto a la madrugada con un estremecimiento extraño, además del hambre llevo tres días sin cagar, me repugna la idea de cagar en ese excusado. Hasta que una noche le digo a Julia que tengo hambre, que nunca me moví de la pieza como ella me había indicado, que si no me trae un plato de comida me voy a ir, además necesito un baño y una almohada decente. Cuando termino de decir la palabra decente siento que algo se desnuda en mí. Digo, una almohada porque necesito una almohada, duermo muy mal, intento aclarar pero complico más las cosas. Julia no me dice nada. Sale de la piecita como siempre: metódica, cansada, tajante. Yo me atrevo a romper el pacto y camino por el campito. Recorro algunos senderos que van hacia la barranca del río, tal vez encuentre algún rincón y me atreva a cagar entre los pastos. El olor de los eucaliptos crece junto al olor de la humedad de los pastizales. Y de fondo, como un corazón demoledor, el rugido de la Lancaster con sus motores y poleas y estallidos metálicos. Camino en la noche hasta un alambrado muy precario. Son dos hilos de alambre de púa que están vencidos, sostenidos por unos postes carcomidos. Detrás, el Camino de la Ribera. Busco el río como se busca un poco de aire. Cuando estoy por cruzar el alambrado, el olor a marihuana me detiene. ¿Querés?, me dice Toguita. El hermano de Julia está sentado contra un eucalipto mirando hacia el relieve que forma la fábrica a lo lejos. La chimenea desprende una columna gris que se tuerce hacia la Capital. Vengo acá para que no me vea Julia, dice pasándome el porro. La fábrica de noche siempre me pareció como un lobo hambriento, no te parece, mirá: esas luces rojas son los ojos, las dos chimeneas chicas hacen de oreja. Un lobo un poco bizco, digo y nos reímos. Eva está preocupada porque le dijiste que el Cuesta no sale. No le dije eso, aclaro. Pero eso es lo que entendió. Pucha, no quise decir eso. ¿Quién sos, chabón, por qué se escaparon de la granja?, larga Toguita sin más preámbulos. Dejo pasar un par de segundos, chupo el porro y cuando largo el humo pienso en mi padre diciendo eso que repetía siempre cada vez que se ponía a escuchar su disco favorito: somos lo desconocido. Ruiz, me llamo Ruiz y ando buscando laburo. ¿Por qué se escaparon?, insiste. ¿Nunca estuviste en una?, es peor que la cana. Vos sos el que busca a Pier y a Gut, me dice. No sé de qué me hablás. De los negros, dice. No tengo idea de qué me hablás: yo solo busco laburo, si sabés de algo teneme en cuenta. Toguita me mira como tratando de develar un enigma. Hay algo que no le cierra y en su cara eso se nota. Obvio, dice. Al otro día, Julia además del plato para Cuesta me deja un plato blanco, de plástico, con un ribete de flores

naranjas en los bordes, cargado de guiso. Y una botella de vino. Lo único que dice es que el vino es solo para mí y que puedo pasar al baño de la casa cuando quiera. Le agradezco mucho. Me hundo en el plato caliente. El olor del comino, la carne tiernísima deshaciéndose y el vino tibio me arraigan otra vez. Mientras mastico golpean la puerta. Me asomo y es Eva: Mi mamá le hizo pan casero, dice. El pan está envuelto en un paño rojo, calentito. Eva repite la escena del otro día: se asoma para ver cómo está Cuesta, que ahora la mira, adormecido pero la mira, y también se asoma Lobo, con sus patas sucias. Y usted cree que se va a poner bien, me pregunta Eva. Esta vez le digo que sí, que por suerte todo va a estar bien y que pronto Cuesta andará trepándose a los árboles como un monito. Eva se ríe por esa imagen. Se lo imagina a Cuesta de rama en rama y se ríe. Mejor como un pájaro, aclara. Eva sonríe con los ojos, se le encienden de inmediato. El Cuesta es un gran pájaro cantor, dice con una confianza que esconde algo, una obviedad que yo no manejo. Es verdad, digo, como un gran pájaro cantor.

Hay durante varios días un olor a rata muerta en el aire. Dicen que es el río que anuncia una gran tormenta. Los pájaros también vuelan de rama en rama en la madrugada. Me despiertan por el chillido. Están alborotados. Cuesta mejora de a poco. Mira de costado. A veces pasa varias horas con los ojos bien abiertos y mirando la pared de barro. Los efectos de la morfina, aclara Julia cuando entra en la mañana para dejar el desayuno. Pronto va a estar bien, agrega. Cuando los pájaros me despiertan en la madrugada le cuento historias de Anita Labaronie. Le cuento por ejemplo cuando mi padre me llevó durante un verano a una cabaña en Ostende para preparar la *Kreisleriana.* Le habían dicho que Anita Labaronie era la mejor profesora de piano que yo podía tener. La fue a escuchar al teatro Alvear una tarde de sábado con mi madre. Mi madre se durmió en la butaca a los cinco minutos. Pero cuando mi padre vio aparecer a esa mujer y la escuchó tocar la *Kreisleriana* sintió un impacto profundo, Cuesta. Primero por esa manera de tocar: esa serenidad para contener el movimiento y para, a su vez, hacerlo explotar. Y lo otro: ese cuerpo, esa mujer tan imponente, tan distinta a mi madre dormida en la butaca del teatro. Mi padre se obsesionó tanto con la *Kreisleriana* como con Anita Labaronie. Durante los sábados que tocó en el Alvear le estuvo mandando enormes ramos de flores al camarín. Envíos que eran enigmáticos, con dos o tres líneas, firmados con un seudónimo y la tarjeta perfumada. La estrategia que mi padre pensó para llegar a la casa de esa mujer fue entrenarme, Cuesta, entrenarme durante un verano en la cabaña de Ostende. Tocar la *Kreisleriana,* una y otra vez, para impresionar a esa mujer, para que me aceptara como alumno. Eran jornadas que se dividían en dos grandes

bloques de tres horas. Después del desayuno tocaba de nueve a doce. Luego del almuerzo tocaba de dos a cinco, hora de la siesta de mi padre, le gustaba quedarse dormido escuchando mi *Kreisleriana.* Se despertaba ni bien yo esbozaba dejar de tocarla. El calor en esa cabaña era sombrío, Cuesta. Los gritos de los chicos en la playa llegaban como un desgarro. Y luego de su siesta, de acuerdo a como se despertaba (a veces la siesta lo devolvía enojado, molesto), mi padre me dejaba ir un rato a la playa. Por las noches salíamos a caminar. Mi padre me contaba historias de tipos que habían hecho una gran fortuna mintiendo: le gustaba contar la historia del gordo Eddie Poisson, un mercenario que había conocido en una fiesta en Los Ángeles, un tipo muy desagradable pero divertido, decía siempre con una sonrisa larga en la boca, como recordando algo que no se atrevía a contarme. Y cuando me contaba esas historias yo sentía que algo de ternura brotaba en él, algo genuino. Siempre hacíamos el mismo camino. Bordeábamos la playa hasta el teléfono público que había en el fondo del balneario. Hacía dos llamados. Hablaba primero con Lerános, su asistente en la empresa, o con mi madre. Después, se quedaba quieto mirando el mar, tomaba aire y marcaba un número que nunca le contestaba o con el que nunca hablaba. Una vez me llegó una hilacha de voz, una voz de mujer que decía algo. Cuando regresábamos mi padre quedaba encapsulado por ese último llamado. Y si algo me decía era sobre cómo debía mejorar mi ejecución de la *Kreisleriana.* Había dos padres en uno: el de la ida y el de la vuelta. Nunca supe con cuál quedarme. Ahora, en la madrugada, cuando los pájaros me despiertan, le cuento esas historias a Cuesta. A veces me mira con los ojos entrecerrados. No sé si me escucha, si cree que soy una voz en su cabeza o parte de una pesadilla interminable. Sospecho que le hablo como si estuviera solo tocando el piano. Pero uno nunca está verdaderamente solo tocando algo. Siempre toca con alguien, siempre hay un diálogo. Eso es así. Y Cuesta en esta escena se modela como un espectador diferido. Todo público es eso, ¿no?, una figura fantasmal que configura al artista. Sin esa sombra no tendría sentido la indagación, la necesidad de la voz. Nunca me gustó tocar el piano, Cuesta, pero la forma del solista fue el mejor amparo que me permitió aguantar todo. Porque eso hice: tocar con los dientes apretados.

Una noche esa tormenta que el río y los pájaros venían anunciando finalmente se desata. Cuesta se estremece entre las cobijas con los truenos. El olor a barro podrido que llega del río se filtra con dureza en el aire de la pieza. El viento arma barridas fuertísimas. Tira, quiebra, sacude. Por la ventanita apretada veo el paisaje titilante: entre refucilos y gotas que empañan el vidrio se destacan los montes. De pronto relumbra un fogonazo cerca del puente. Y la luz se corta en toda la

zona. Zumba el viento y el chicotazo del agua contra las cosas. Entra un olor a madera húmeda: este olor me recuerda un puente, Cuesta, un puente en Italia. ¿Sabrás, vos, cómo es la forma de Italia? ¿Tendrás ese dato en la cabeza? Primero un navegante bordea las costas, hace el dibujo en un mapa y ese dibujo lo sorprende; muchos siglos después desde un satélite alguien confirma esa evidencia sabida: que Italia tiene la forma de una bota. Recuerdo un puente en un pueblito del Abruzzo. Un puente sobre el río Treste. Yo me había perdido, Cuesta. Tocaba esa noche en un teatro de Pescara y no sabía cómo llegar a la carretera principal. Cuando crucé ese puente sobre el río Treste, vi a un hombre vendiendo cosas en la ribera. Estaba solo sentado en un puesto que había montado en su bicicleta. Era una bicicleta inglesa, como se dice. Paré para preguntar por el camino a Pescara pero cuando vi las cosas que vendía quedé deslumbrado. Había baratijas, artesanías de la zona, virgencitas, estampitas del arcángel san Miguel. Y entre todo eso había un par de botas de cuero. Botas que, según le entendí, había fabricado él mismo. Me quería vender ese par de botas negras y por eso me rebajó el precio original a menos de la mitad. Le dije que eran muy lindas. Se llamaba Silvino, había reconstruido ese puente después de la guerra; me dijo: Este puente lo bombardeó un avión yanqui; usó esa palabra, Cuesta, dijo yanqui con desprecio. El río Treste corría con un azul claro hacia el mar; cada tanto aparecía, lejos entre las montañas, una porción de mar. Le compré el par de botas negras. Le dije *arrivederci* después de que me explicara cómo tenía que hacer para retomar la carretera principal. Esa noche me puse las botas para tocar en el teatro de Pescara. Había pocas personas porque llovía con fuerza. Un olor pesado venía del puerto. Un olor húmedo, como este, Cuesta, ¿sentís?, y que la tormenta desparramaba por todos lados. Toqué un repertorio variado. Y en un momento del concierto vi las botas negras que le había comprado al viejo Silvino y me di cuenta, ahí me di cuenta, de que el cuero negro tenía un relieve muy sutil, que solo se veía con el reflejo de la luz del escenario, que ese relieve era el mapa de Italia adherido a la forma de la bota. Una bota pegada en otra bota. Entonces improvisé una fuga, Cuesta, que duró cerca de treinta minutos; improvisé montado en un impulso: pensé en un hombre honrado reconstruyendo un puente en ruinas; un hombre honrado que había perdido a su madre en ese bombardeo; la madre lavaba ropa en el río, abajo del puente, cuando el avión apareció en la mañana calma; era, Cuesta, un hombre honrado que nunca más pudo despegarse de ese puente, que no pudo unir las dos orillas. Subía y bajaba pero giraba para quedar siempre en el mismo sitio. Me refiero al sonido que iba improvisando. Un caracol, eso era, o un remolino contra los restos del puente. Dejé de tocar cuando mi cuerpo se agotó. Quedaban cinco personas. Apenas una se atrevió a

aplaudir con timidez. Los demás me miraban con cierta desesperación. Una fuga cerrada que busca el centro y que produce un efecto en la realidad, es decir, otra fuga, abierta, interminable. Pensé en eso, Cuesta. Por eso creo que fue lo mejor que toqué en mi vida, no solo porque sentí una libertad difícil de explicar, sino por ese efecto: el sonido afectaba la realidad, ¿entendés?

Ahora el viento arrastra algo pesado afuera. Seguro son ramas viejas de casuarinas. La noche se abisma entre los montes. Y un quejido se filtra. Es un perro. Ese quejido es el de un perro. Un perro perdido en la tormenta. Sabrás lo que es una casuarina, ¿no? Es ese árbol en el que te vas a trepar como un mono cuando te repongas. Esos árboles alargados y con el tronco oscuro. Gran parte del monte es de casuarinas y eucaliptos. Pero ahora hay que quedarse en la cama. Por la tormenta y porque estamos a oscuras. Yo veía cosas en la oscuridad cuando era chico: cuando había apagones así, como este. Veía ojos que titilaban como luciérnagas y me quedaba quieto y despierto hasta que un filo de luz se clavaba en la persiana y algunos pájaros empezaban a moverse en las ramas. Entonces me quedaba dormido. Me quedaba dormido cuando la luz se afirmaba en las cosas, otra vez. Tranquilo, Cuesta. Se remueve en la cama, la oscuridad total le despierta una desesperación que estaba adormecida. Tranquilo, se cortó la luz, nomás, acostate y aguantemos. Se remueve entre las cobijas con ganas de incorporarse. Por eso le pongo una mano en el hombro para acostarlo, para que sienta que no está solo. Pero esa mano en la oscuridad lo estremece. Grita y se contrae de inmediato tapado por las mantas. Grita como alguien a quien las palabras no se le terminan de armar, con ese quejido desmembrado. Aturdido por el grito reculo y me acerco a la ventanita. Ahora el agua se empieza a filtrar entre las chapas. El olor del río es cada vez más fuerte. Un olor a gasoil mezclado con humedad. Veo por el vidrio una sola mancha negra, cada tanto aparece un refucilo que demarca algunas cosas. Las gotas empiezan a caer adentro. Cuando las cosas se ponen difíciles me concentro en detalles banales: pienso en el auto de Polo. ¿Seguirá estacionado de culata en el playón de la YPF? El viento lo debe mover, igual o un poco más que esa noche también de tormenta, la última antes de descubrir a Cuesta. Pero ahora no hay luz en toda la zona. Y si la lluvia sigue un par de horas con esta insistencia el río no va a tardar en desbordarse. Lo que quiero decir es que esta es una tormenta más fuerte. ¿Seguirá mi celular guardado en la guantera y el bolso verde, con mi ropa, en el asiento trasero? ¿Seguirá, para ser más preciso, adentro del bolso, entre las páginas de la libreta negra donde anotaba cosas, el boleto cortado del tren que me llevó de Öostende a París? O sea, lo que se dice mis pertenencias. ¿Seguirán ahí? Rebusco en

el fondo del bolsillo y vuelvo a tocar los mil pesos. Tengo mil pesos. Sigo teniendo mil pesos. Entonces irrumpe el golpe. Una rama del paraíso, Cuesta, se desprende del tronco negro y parte el techo de la piecita donde nos refugiamos no solo de la intemperie, esta tormenta si sigue así desbordará al río miserable, también nos protege de nuestras vidas, esas que tuvimos antes, vos, entre malandras y traficantes; yo, entre profesionales exitosos. La rama del paraíso parte el techo y abre una grieta larga en la pared. Las ramas están entre nosotros, Cuesta, y yo quedo atrapado contra la ventanita y vos seguís gritando como un mudo desesperado en la cama, gritás hasta que ya no te escucho. No sé si por la lluvia o por mi sorpresa pero ya no te escucho. Primero es el aire y esas figuras que de chico veía en la oscuridad como luciérnagas, por eso tardo en descubrir, después del impacto, que atrás de todas esas ramas está el cielo inclemente.

Toguita prende la motosierra para quitar algunas ramas. Julia tiene en brazos al Lobo, lo debe haber encontrado en la noche, y ahora rastrea a Cuesta que no responde. No se ve bien si queda apretado en la cama, si algún tirante o un pedazo de pared se le cae en la cabeza. Julia trata de meterse por el hueco que abrió el tronco. Toguita le pide por favor que no haga eso porque puede ser peor. La lluvia continúa pero sin viento. La sierra penetra en las ramas. Toguita acelera y el rugido estremece a los pájaros en la noche. Alguno debe aletear a pesar del temporal. De pronto voy viendo el hueco que se abre, la luz de la linterna que sostiene Julia me apunta. Ya no tiene al perro en los brazos. Ahí está, dice. No, no, el otro, es el coso. ¿Cómo me verán desde ahí? Quieto, mojado, en la oscuridad. El coso, dice. Dale más, pide Julia mientras apunta bien al fondo. Toguita prende la sierra y corta y desbroza. Ahora Julia con los pies quiebra algunas ramas más débiles, se hace difícil con la humedad. Yo puedo empezar a moverme y saco ramas desde adentro. ¿Lo ves al Cuesta?, me pregunta. No digo nada. Cuesta, grita Julia. Pendejo, contestá. Toguita suspende los movimientos. Yo me paralizo por los gritos. Julia se hunde en el hueco que abrió y llega hasta la cama. Pero no hay nada. No hay cuerpo, ni rastro, nada. Julia viene hacia mí, apuntándome con la linterna en los ojos. Dónde está, me dice, huele a mandarina, a madera quemada. No sé, digo, no sé. Le arden los ojos de la rabia. Sin Cuesta no tiene sentido mi presencia en este lugar. Me sacan entre los dos y me dejan, un rato, sentado en el pasto. Quieren saber lo que pasó: se cortó la luz, Cuesta se puso inquieto y de pronto la rama partió el techo, digo con una voz frágil. A lo lejos, la luz roja, intermitente, de la antena de la Lancaster se transforma en un punto preciso, en un borde que nos ordena: parece un barco. Después Toguita me lleva a la casa, voy colgando de sus hombros. Paso la noche a la luz

de la vela en el sillón donde duerme habitualmente el perro. Cada tanto cae un chaparrón que repiquetea contra las chapas. Las sombras se estiran sobre una pared cargada de fotos familiares. Me duermo pensando en la cantidad de vidas que se viven en una vida; me duermo pensando en el mar del Norte.

Por la mañana, cuando deja de llover, Toguita me estira un mate y dice que todavía estamos sin luz y dice que es probable que Cuesta se haya escapado. Siempre hace lo mismo. Una vez que se siente bien, se va a la mierda. A medida que habla me voy dando cuenta de que Toguita no hace referencia a la huida de Cuesta en medio de la tormenta sino a haberse escapado de la granja donde trata de escaparse, a su vez, de las drogas. Una huida atrás de otra. Entonces me propone un trabajo: que lo ayude a reconstruir la piecita. Le digo que sí, que es una buena idea. Esa tarde me quedo recostado en el sillón porque descubro, cuando el cuerpo se me enfría, un dolor que me paraliza la pierna. Julia, que hoy tiene otra cara, más tranquila, me da unos calmantes y me dice que descanse. Y en ese tiempo suspendido, mientras la luz del día se desplaza contra los muebles, Eva y Lobo se aproximan de a poco, con timidez, para acompañarme. Además de ser, para ella, el extraño que cuidaba a Cuesta, soy quien, en medio de la tormenta, quedó atrapado entre las ramas del paraíso. Algo misterioso me rodea. Hola, le digo. Eva sonríe. Tiene la boca grande y los dientes picados. Habla con una voz dulce, siempre curiosa, siempre dispuesta a ayudar. Me cuenta que va a la escuela 38 a la mañana y que el Lobo siempre la sigue. El perro se acerca, como sabiendo que es el protagonista de la historia. Le paso la mano por la cabeza negra y comprendo por qué le dicen así. Quién le puso el nombre, pregunto. Mi mamá, dice Eva sonriendo. Los ojos del perro son dos bolitas pequeñas. Le pido que me cuente un poco más de la escuela. ¿Queda lejos?, pregunto. Eva se agarra la punta de las mangas con los dedos largos y flacos. Estira la mirada por la ventana y, así, a contraluz, un color negro emerge bordeado por una aureola amarronada. Está pensando. Dice que el camino a la escuela se le hace difícil cuando llueve pero que le encanta. Primero bordea el río hasta el puente peatonal del acceso a la Lancaster. Después cruza el río siempre con miedo: una vez Toguita le contó que en el río había unas anguilas que bajaban de Brasil y saltaban tan alto que podían treparse al puente peatonal. Y me quedó un miedo tonto, dice. Pero como casi siempre la sigue Lobo, el miedo no es por ella sino por el perro. Le dan dos miedos: que el perro se caiga al agua o que salte, de una vez por todas, esa anguila brasileña y los ataque. Pero eso nunca pasa. Nunca atacó a nadie por acá. Y a veces piensa que todo pudo haber sido una ocurrencia de Toguita, porque Toguita es de tener esas ocurrencias. Lo que sí sabe es que nunca hay que confiarse en el río. Nunca, eso se lo enseñó su mamá. Una vez que cruza el río, bordea los paredones de la Lancaster, siempre pintados con aerosol, siempre sucios, siempre con mal olor, y espera el colectivo en la entrada de la fábrica. El 720 pasa cuando quiere por eso no se apura para llegar a la parada. Puede que el colectivo aparezca despacio, bamboleándose en la esquina de la casa

abandonada o puede que doble a toda velocidad después de haberlo esperado media hora. Es un misterio, dice Eva. A mí ya me conocen todos acá. Me conocen por el perro porque siempre me sigue y se sube al colectivo también. Una sola vez un chofer me dijo que no podía con el perro: o subía yo sola o no subía. Me lo dijo con rabia. Se ve que odiaba a los perros. La gente que odia a los perros a mí me da miedo. O por ahí son ellos los que les tienen miedo a los animales. Pero más allá de eso todos lo quieren al Lobo. En la escuela la portera siempre le pone un nombre nuevo. Cuando llueve y Lobo se mete embarrado ahí lo trata de otra manera: lo corre con el lampazo y le dice salí de acá perro de mierda. Nelly tiene pocas pulgas pero es muy divertida y hace un mate cocido delicioso: lo sirve con pan con manteca. Lobo siempre me espera afuera del aula. Una vez el viento abrió la puerta y se metió y todos los chicos empezaron a los gritos. Tardó en encontrarme porque no entendía, tantos chicos y chicas con guardapolvos como el mío. Ese día se quedó acurrucadito debajo de mi banco. Yo mientras escribía la tarea lo acariciaba con los pies. El camino de vuelta es distinto. Porque me gusta bordear el río. Me saco el guardapolvo, me arremango los pantalones y camino con Lobo por la orilla. A veces, viendo ese paisaje con esa droguería que larga un humo negro y las avionetas que vienen de Luján y meten un ruido que nos asusta, me quedo pensando cosas, a veces de tanto pensar cosas me da una tristeza que me hace llorar. Y cuando lloro Lobo me busca para darme ánimo. Es mi mejor amigo, dice estirándose las mangas con la punta de los dedos. En la casa ahora hay un olor a verano que va a ir creciendo con más fuerza, seguro, después de este temporal. Un olor que estira el paisaje hasta el río. ¿Le gustaría tomar otro mate?, pregunta Eva con esa sonrisa elástica. Me encantaría, le digo, pero tuteame. Eva me mira sin entender y mientras avanza hacia la cocina y yo acaricio a Lobo en la cabeza percibo un estremecimiento en la casa, un leve pero intenso estremecimiento. Volvió la luz, grita Eva desde lejos, volvió la luz.

Toguita monta un tablón sobre dos troncos cortados de la casuarina caída y ahí mismo, junto a los escombros de la piecita, improvisa una mesa de trabajo y ahí mismo también destapa una damajuana de vino tinto que nos irá acompañando en la reconstrucción. Limpiamos durante toda la mañana la zona. Toguita tira las piedras y yo empujo la carretilla cerca de veinte metros, la rueda chillando, oxidada, y yo empujo hasta el alambrado que separa el campito del Camino de la Ribera. Después apuntalamos las tres paredes que soportaron la caída. Una grieta enorme atraviesa la pared principal. Toguita cree que habrá que hacerla de nuevo. La que ya no existe es la pared que tenía la puerta y la ventanita apretada. Tampoco existe el techo. Sobresalen,

como filamentos, algunos tirantes de madera. No sé por qué hay algo en el aire que me recuerda a México. Juntamos escombros y pienso en México. En cierta zona provinciana de México. Toqué hace muchos años en Monterrey. Fue cuando me negaron la entrada a Estados Unidos y tuve que cancelar la gira por San Antonio y entonces Navia improvisó, para salvar los costos, una serie de recitales en Monterrey. Tal vez sea el aire fabril lo que me hace pensar en el norte de México. El relieve de la Lancaster se ve con nitidez. En cambio, solo el penacho de una columna de humo negro muestra alguna señal de la droguería, tapada entre unos matorrales. Y cada tanto el rumor del tren cruzando el puente. Yendo o viniendo. O tal vez sean sus nombres. Paso del Rey. Monterrey. Siempre me atrajeron las tramas menores, los sonidos ocultos. Esos que, aunque parezcan invisibles, componen un molde, una huella que permite las tensiones, los cruces posibles. De pronto descubro dos globos rojos enredados en una rama. Están desinflados y un poco desteñidos. ¿Y eso?, señalo. Toguita cuando los ve recuerda algo. Dice algo de la fiesta de despedida de los negros. Se fueron hace unos cuantos días. Vivían acá, en esta pieza. Eran negros negros, de África, aclara Toguita parado sobre unos escombros, en posición de descanso. O mejor, se detiene para contarme esta historia porque tiene ganas de evocarla, los globos desinflados, la pieza derrumbada. Pier y Gut eran negros negros. Nunca en la vida había visto negros así, quiero decir, negros mota. Eran más chicos que yo pero parecían dos hombres grandes. Muy respetuosos. Muy limpitos a pesar de tener ese olor a podrido que tienen en la piel. Un día Pier se bañó en el río, completamente desnudo, dice Toguita con una sonrisa cómplice. Yo andaba reparando un bote y lo vi, mamita querida, agrega, quién pudiera andar así por el mundo. Y larga una risotada haciendo un gesto enorme con las manos, una risotada que no encuentra el mismo tono exagerado en mi risa. Lo acompaño más bien. Como hago en esta reconstrucción. Le pidió permiso a Ipólito para trabajar un rato en esto después del almuerzo. Toguita empieza a transpirar y se saca la camisa. Tendrá cuarenta años, es fornido y retacón, como un típico peón italiano. Los ojos los tiene siempre con un entramado encendido de venitas rojas. Trabaja con un ritmo parejo, se entretiene cantando o haciendo chistes o inventando situaciones con elementos que lo rodean. Por ejemplo, será parte de nuestra complicidad la historia que me acaba de contar sobre el africano. Cuando recuerde al africano, bastará con decir «yo lo vi en el río» o mirarme solo con picardía para entender la trama que vamos a empezar a compartir. Trabajamos con la pala, el martillo, con la carretilla y los dinteles. Me mira trabajar y cada tanto interviene para indicarme cómo tengo que agarrar las herramientas o para volver a hacer lo que yo hice mal. Siento una torpeza en las manos, parecieran desconocidas; una

torpeza en las mismas manos que saben tocar, por ejemplo, Chopin. Y eso me angustia y me empecina. Me mueve a querer pulir esa imposibilidad. Hasta que de pronto Toguita dice: Che, Ruiz, alcanzame tu vaso. Y yo tardo un rato en reaccionar. Miro los árboles, los globos rojos desinflados; siento una vergüenza en el cuerpo; la misma que se siente antes de pisar el escenario, en ese instante previo. Che, sordo, insiste. Le alcanzo el vaso, Toguita sonríe contando alguna otra escena de los negros, tiene los labios gruesos, el vino cae caliente y se acomoda en el fondo, estira el brazo, dice: Salud. Tomamos ese vino espeso, un poco amargo que me atraviesa la garganta; todo eso sucede mientras mi nombre, mi nombre nuevo resuena como un eco. Ruiz, dijo.

Después de las cuatro, trabajo solo. Hay cosas que me cuestan más que otras. Hay cosas que no sé hacer. Preparar la mezcla con la pala me gusta. Hacer, como dice Toguita, el pastón. Mientras con la pala voy armando esa masa gris me quedo estirando alguna idea, alguna sensación. Después sigo las instrucciones diarias de Toguita, escritas con un lápiz y pegadas en un tronco. La lista entera se enuncia siempre de la misma manera: Preparar la mezcla, terminar pared de atrás, limpiar herramienta. Una sombra se empieza a combar sobre la parte trasera de la casa justo donde empieza el chiquero de los chanchos: son tres, se mueven con sutileza. En la franja de luz que atraviesa los árboles del fondo, una especie de niebla se sacude levemente. La primera vez que vi el efecto pensé en un pedazo de tela colgado entre las ramas, un retazo que alguna tormenta enredó con prepotencia. Los pájaros se reúnen en el plátano más grande, el que está lejos del Camino de la Ribera, por donde cada tanto se oye un colectivo, el 720, rojo y amarillo; se oye el chirrido de los frenos antes de cruzar el lomo de burro y después la escupida de aire que lo lanza otra vez a toda marcha rumbo al Palomar. Hasta el comienzo del atardecer prevalece una calma suave compuesta por sonidos leves: un martillo que resuena a lo lejos, un ladrido, algunas voces contenidas y las ramas encorvadas por la brisa. Una vez, eso es lo que sentí, porque Toguita dice que es imposible, me pareció oír el rumor del río. Julia aparece cuando las luces del alumbrado se encienden. Me saluda desde lejos y se mete en la casa. Un rato después empuja la silla de ruedas y lo pone a Mamocho en la galería mirando hacia el puente Falbo. También salen Eva y el Lobo, corren y juegan un rato rodeando la casa. A veces Eva se me acerca y me pregunta cuándo creo que va a estar lista la piecita. Yo le digo que pronto para poder dejarle libre el sillón al Lobo: Así se lo devuelvo, digo. A veces, si refresca, Julia junta ramas y prende una fogata que desprende el olor de los eucaliptos. De este modo se va armando un sistema. Yo desde que llegué a esta casa voy girando en esa lógica, poco a poco, como un engranaje que busca su

lugar. Trabajo hasta que vuelve Toguita. Nunca se sabe por dónde aparece. Nunca se sabe a qué hora exacta llega. Es la variable incierta. Cuando Toguita aparece escondido atrás de algún árbol para después asustarme o corriendo al Lobo o cantando alguna canción italiana con una botella de vino abajo del brazo, entonces, voy empezando a limpiar las herramientas. Voy empezando a retirarme del día. Limpiar las herramientas es lo que menos me gusta. Toguita se encarga de empujar la silla de ruedas y lo lleva a Mamocho adentro. Yo me baño con una manguera atrás de la casa, es lo que se pudo improvisar, me dijo Toguita, hasta que se pueda hacer uno como la gente. Yo me siento en tránsito hacia un lugar desconocido. No sé por qué lo hago pero persisto con voluntad. A veces cenamos todos juntos. Un pedazo de pan, el olor del estofado, el gusto duro del vino tinto y una luz leve pero insistente que nos atraviesa en silencio.

Se nota que es octubre, dice Toguita con cierto fastidio cuando empezamos a sellar el revoque fino. Hay que buscar una uniformidad en la pared, que el cemento se adhiera de tal forma que provoque ese efecto liso, sin impurezas en la superficie. Pero ese efecto es imposible. Porque siempre queda un sobresalto, porque además esta piecita es un espacio menor dentro de la casa y a nadie le importa esa perfección. Le pregunto a Toguita a qué se refiere. Me señala el cielo con un gesto. Se oye el rumor de unas avionetas que van y vienen. En octubre aparecen siempre esos bichos, dice. Vienen de Luján y fumigan toda la cuenca del río, desde Campo de Mayo hasta pasada la Lancaster, y dejan un olor a cloro insoportable. Hay algo que la presencia de esas avionetas desnuda en Toguita. Una especie de rabia. Una especie de imposibilidad que hasta entonces no le había visto: lo toma, lo nubla y le cambia, incluso, el estado de ánimo. Ahora anda serio, alerta. Cuando terminamos con la pared, nos sentamos abajo del paraíso, cubierto de brotes nuevos, algunos racimos de bolitas amarillas siguen colgados, y nos terminamos la damajuana. Es difícil saber exactamente cuándo es el final de una obra porque siempre quedan detalles, posibilidades, hilachas por emprolijar. A pesar de eso, hay en los dos una sensación de haber terminado. Hundidos en la frescura de la sombra, respirando el olor de los materiales ensamblados en la pared, Toguita vuelve a inquietarse pero ahora porque alguien se aproxima. Un hombre canoso, flaco y con una mueca torcida, como si tuviera la sonrisa de un payaso dibujada en la cara, aparece atrás del paraíso. Así no arranca más este país, dice el tipo al vernos descansar. Ipólito, viejo y peludo, larga Toguita saliendo de su modorra. Ipólito me estira la mano, con una sonrisa controlada, huele a perfume. Me sostiene la mano y mira a lo lejos, mira a lo lejos porque está buscando la mejor manera de decirme algo. No necesita que

Toguita nos presente. Ipólito vino a mí, sin mediación, y ahora, sosteniéndome la mano con firmeza, dice que a él le gusta ir de frente; que no me va a juzgar por haberme escapado de la granja; que solo quiere darme las gracias por haber ayudado al Cuesta; le salvaste la vida, hijo, me dice. Y me entrega una botella de vino, un vino que para Ipólito es un detalle de distinción. Valoro el gesto atrapado aún en el eco de la palabra hijo, dijo *hijo,* y le digo que no se hubiera molestado. Toguita dice que viene bárbaro el tinto porque ya nos habíamos quedado sin nada para tomar. Quedó linda la covacha, resalta Ipólito, las manos duras y curtidas. Se sienta en un banquito abajo del paraíso y con los zapatos empieza a desplegar un movimiento constante, como si necesitara hacer un pozo o remover la tierra. Fue difícil pero la acomodamos, digo. Buen trabajo, contesta refregándose las manos. Le pregunto cómo anda Cuesta. Toguita se incomoda un poco, está improvisando una parrilla para tirar algunos chinchulines al fuego. A Ipólito no parece molestarle la pregunta. Es formal y respetuoso y sabe que esa pregunta podía, inevitablemente, darse. Germán va a estar bien, si Dios quiere, dice. A propósito, ¿cómo fue que lo lastimaron así? Ipólito me mira a los ojos y espera una explicación detallada de por qué el muchacho apareció con semejante herida en el abdomen. Fue una trifulca, digo, con algunos pibes de allá. Nunca uso la palabra trifulca. No sé de dónde me viene. Tal vez de un modo popular viejo y la uso para sentir que me aproximo a ellos. Me miran en silencio. No piden detalles. Ruiz, ¿no?, me dice entonces Ipólito, ¿dónde tenés familia, vos? Mi familia –digo por decir, creyendo, a su vez, que inventar un lugar lejano es lo más fácil para despistar– vive en la Costa, yo hace rato me vine para la Capital. ¿Y de qué parte? De Ostende, me sale. No me digas, grita Toguita poniendo ramas para que agarre el fuego, mi sueño es ir alguna vez a conocer las ballenas. Yo sonrío, no lo corrijo, no le digo que se confunde con Puerto Madryn porque en una de esas debe haber avistajes en Ostende. Claro, dice Ipólito, las ballenas, y escuchame, Germán dice que sos músico. Lo miro como golpeando algo, lo miro convencido de que el tipo sabe todo. Pero trato de calmarme, de bajar un poco el impulso, es evidente que Cuesta escuchó, aunque sea fragmentariamente, las historias que le conté; le digo que me la rebusco con la música pero lo mío en verdad es arreglar instrumentos, es laburar la madera. Los dos sonríen. Casualmente vine a proponerte algo, me dice Ipólito. Y Toguita junto al fuego murmura que la vida es un pañuelo difícil de doblar.

Hay dos formas de trabajar la madera: a lo bestia o tratando de entender el desafío que la trama propone. Trabajar con la madera es trabajar con el tiempo. Por eso, antes que nada, hay que ser paciente, como cuando uno desenreda algo. Lo que se desata en este caso es tiempo acumulado. La madera propone un enigma que uno tiene que saber descifrar. De lo contrario, algo se rompe. Un equilibrio se rompe. A mí me gustan los equilibrios, dice Ipólito con los anteojos apoyados en la punta de la nariz, sin dejar de encolar las patas de una cómoda. Parece un profesor de escuela industrial, tiene ese aire de especialista bondadoso. Podría escucharlo horas sobre cualquier tema. Me doy cuenta de eso. Y también de que le gusta hablar mientras trabaja. Le gusta, más que hablar, hilvanar reflexiones cuando la madera lo organiza. Al sindicato de la Lancaster ahora lo maneja el hijo más chico de Rubalcar. Un pibe que se formó con Mamocho. Que tomó el camino de Mamocho a través de su padre, el Lolo Rubalcar, un señor con todas las letras. Es difícil cruzarte en la vida con un tipo así: un señor con todas las letras. El Lolo siempre fue un militante barrial que laburó a la par de Mamocho hasta que se enfermó y murió muy joven, pobrecito. La diferencia es que Mamocho tenía ese brillo que distingue a las personas carismáticas de las personas comunes y corrientes. Hay veces que trabajo con cortes de madera iguales, sacados, incluso, de la misma parte del árbol. Pero después en el mueble hay un corte que se luce mejor que otro. Qué es eso que provoca la distinción. Me lo pregunto todo el tiempo. Mamocho era un distinto, sabía convencer a la gente, sabía pelear por lo que quería y era, a su vez, un tipo fiel y agradecido. El hijo de Rubalcar agarró esa escuela. Tiene uña de guitarrero, como se dice. Es mejor que el padre, eso sí, pero no es un distinto. Hace unos días me llamó y me hizo un pedido. Me dijo que el sindicato estaba en deuda conmigo, que nunca habíamos trabajado en conjunto a pesar de todo lo que nosotros habíamos hecho por el sindicato. Repitió que se sentían en deuda y por eso la comisión directiva decidió hacernos un pedido grande, un pedido especial. Un encargo que me salva el año pero me complica la vida. Es mucho laburo y no me dan las manos. Por eso te necesito acá firme como rulo de estatua, dice y sonríe. La sonrisa de Ipólito es difícil de describir si no se usara la palabra hermosura. También se la puede comparar con la sensación de un atardecer, con el resplandor final de un atardecer. Es por eso que cuando Ipólito me pide que le cuente algo de mí; cuando, sin dejar de trabajar, me dice: Contate algo lindo, de vos; me pongo a hablar de un atardecer en Öostende pero diciendo que todo ocurre, claro, en las playas de Ostende.

Con el correr de los días la carpintería se me presenta como un sistema organizado a partir de sensaciones: el olor del aserrín, la mesa de

trabajo con las limas y los serruchos, la ventana que deja entrar una luz que viene del río, el sauce llorón en la puerta del galpón, un par de perros y el tango en la radio preferida de Ipólito, o Ipólito tomando mate. Me voy incorporando, así, como un cuerpo extraño a la órbita del sistema. Por esos días, también, trato de arreglar las cosas con Julia. Le digo que, por lo menos, estaré laburando con Ipólito durante todo el mes. Es decir, que por ese tiempo voy a necesitar la pieza y voy, además, a poder pagarle. Pero Julia no me dice que sí de inmediato. Me mira, más bien, con esos ojos verdes; tiene puesta la ropa que usa en la fábrica –es la encargada del gabinete de enfermería, es la enfermera de la Lancaster, la que les toma la presión a las operarias, la que está lista para atender cualquier imprevisto–. Ese puesto se lo inventó el Lolo Rubalcar, a instancias de Mamocho, cuando empezó la relación con Julia. Esa sí es una historia larga. La historia de amor entre Mamocho y Julia. Ahora sostiene un crucifijo de madera, bien pequeño, que a veces se lo veo también enroscado en su muñeca. Me dice que lo va a pensar. Que una cosa es que me haya quedado unos días para recuperarme, como lo hice, por el gesto de humanidad, dice así, que tuve con el Cuesta. Otra cosa es ser un inquilino. Dice que hay reglas que un inquilino debe respetar. Que son reglas estrictas y que la mínima transgresión implica la expulsión del Refugio. Julia nombra el lugar por primera vez en todo este tiempo y algo de esa foto con mis padres regresa: debo tener cerca de tres años, llevo una remera a rayas horizontales, roja y blanca, estoy gritando eufórico; mi padre agachado me abraza, sonríe moderadamente, sostiene un cigarrillo prendido en su mano libre, la derecha; mi madre, parada detrás de los dos, tiende a cubrirnos con un abrazo, su sonrisa es más grande que la mía, es evidente que de esa sonrisa solo puede estar saliendo una carcajada profunda, tal vez por mi actuación ante la cámara (¿quién habrá sacado esa foto?); hay un árbol al fondo, parece un paraíso; es un día de sol. Julia dice que no está permitido el uso del celular, ni de ningún aparato musical que despida un ruido molesto, no está permitido recibir gente foránea al predio, no está permitido fumar marihuana, ni ninguna sustancia ilegal, no está permitido ingresar con objetos robados. Julia, sin mirarme, o mirando un punto lejano, por decir algo, la forma del puente Falbo, detalla todo con una seriedad absoluta. Por eso parece una caricatura. Un dibujo simplificado. Contengo la risa pero algo se me enciende, inevitable, un brillo seguro en los ojos. Y Julia, entrenada en descubrir esas reacciones, se da cuenta pero no me dice nada, al menos, directamente, me lo dice manejando los tiempos. Advierto eso y me atrevo a ofrecerle, como adelanto y compromiso, lo único que me queda: saco del bolsillo los mil pesos y se los estiro. Tengo mil pesos, digo. Julia se cruza de brazos y agrega, antes de meterse adentro, que

no es una cuestión de plata. Dejámelo pensar, dice. La supuesta huida de la granja con Cuesta pesa, para Julia, en mi prontuario. Esa huida imaginaria me empieza a pasar facturas. Lo que Julia intenta decirme es que con ella no se boludea como hicimos con Cuesta en la granja. Por eso ahora me marca bien la cancha. Es Toguita el que destraba la rigidez de Julia. Llega, después de un par de días, a un acuerdo para que yo pueda seguir en la piecita siempre y cuando deje como seña los mil pesos, cumpla con sus reglas y además levante un baño con el material que sobró. Julia es brava, dice Toguita, hay que saber llevarla pero una vez que la conocés y se abre es la mina más generosa del mundo. Ya vas a ver, me dice. Ya vas a ver.

Empiezo a trabajar en el baño bien temprano, antes de ir a la carpintería, cuando todavía sobrevuela un olor a leña húmeda en el aire y la variedad de pájaros se desparrama en los árboles: hay horneros, calandrias, cabecitas. El calor va apretando de a poco. Y los motores resuenan amortiguados. Lobo me acompaña echado abajo del paraíso mientras voy abriendo la tierra con la pala de punta para hacer los cimientos. El olor de la tierra húmeda flota. Ese verano que pasamos recluidos en Ostende, a mi padre le gustaba salir a escarbar en los bordes del camino de tierra. Íbamos a buscar lombrices para después poder usarlas en la pesca. Las lombrices se enroscaban en la pala y buscaban desesperadas un escape. Yo tenía que guardarlas en un frasco de vidrio. Pero siempre pasaba algo. Mi padre elegía, con atención, una lombriz. No era cualquiera. Elegía la que, sospechaba, no iba a servirle. La ponía en el suelo y mientras yo volvía a tapar el pozo que habíamos abierto, él se tomaba su tiempo para cortarla de a poco con un palito. La lombriz ante cada corte se retorcía con desesperación y una vez que superaba el golpe de dolor y trataba de recomponerse, mi padre volvía a cortarla. Al final, le largaba una escupida certera. Los restos de la lombriz quedaban atrapados en la saliva espesa. Mi padre se tomaba, obsesivamente, su tiempo para ese ritual. Una tardecita me dijo que Dios hacía eso con nosotros cuando nos largaba una tormenta encima. Lo dijo así, de un modo rápido y banal, mientras regresábamos a la cabaña en la costa. Me resultó curiosa la referencia a Dios porque mi padre no creía en nada. En ese regreso vi una chimenea en un rancho vecino que largaba una columna de humo blanco, una columna pareja que no se inmutaba ante el viento de la costa, entonces pensé que por ahora estábamos a salvo, que no había ninguna tormenta inminente. Nunca pude olvidarme de esa imagen. Lobo se empieza a poner inquieto cuando la tierra va saliendo un poco rojiza. Parece una arcilla mojada: la huele, la esparce. La inquietud de Lobo aumenta cuando avanzo con el trabajo. Miro la casa por si Julia o Eva salieron pero no hay nadie.

Lobo larga un gemido desesperado y se lanza al pozo. Olfatea con ansiedad la tierra. Lo primero que aparece es la punta de una soga. Después una bolsa negra, una bolsa resistente que se usa en las cosechas, atada en la punta con la soga. Bordeo la bolsa y aflojo la tierra para que ceda. El perro ya empieza a molestarme. Pero no me queda otra que tratar de sacarla con ese animal inquieto en el medio. Desato la punta y la abro lentamente. Al ver lo que hay adentro no lo dudo. De inmediato cruzo el campito empujando la carretilla. Lobo me sigue. Cuando entro a la carpintería, Ipólito le ceba un mate en el fondo a Toguita porque hay ciertos ritos que se respetan aunque haya mucho trabajo por delante. Me miran, a contraluz, deben pensar que llevo un cuerpo en la bolsa. El cuerpo de Cuesta, por ejemplo. Ipólito se sobresalta un poco. Lobo ladra y el grito retumba en el galpón. Qué mierda traés ahí, dice Toguita. Con la ayuda de Ipólito pongo la bolsa en la mesa principal y desparramo el contenido. Son fajos gruesos de billetes atados por una banda de papel. Están húmedos en las puntas. Igual se mantienen intactos. La bolsa está llena. Nunca en la vida vi esa clase de billetes. Ipólito se queda mudo. Revisa la bolsa sin entender. Toguita no para de decir la palabra tesoro. Y de preguntarme en qué quilombo estoy metido. Son verdes pero no son dólares, dice Ipólito. ¿Y qué mierda son?, pregunta Toguita. El olor de la madera se confunde con la humedad que viene de adentro de la bolsa. Veo cómo los dos empiezan a excitarse con todos esos billetes desconocidos y a tener la urgente necesidad de saber cuánto valor hay ahí. Acá dice British, señala Ipólito. Pero no son billetes del Reino Unido, no es la libra inglesa, aclaro. Y entonces, ¿cuánta plata hay acá?, insiste Toguita con cierto aire de desconfianza. No sé, pero son todos de cien, debe haber un millón. Ipólito rompe un fajo y, después de ponerse los anteojos que usa para los detalles, completa la frase. África, dice. British West África. Lee la sigla tartamudeando, como si fuera un niño que está empezando a leer. Es evidente, digo mientras camino por el galpón, que se trata de plata del oeste de África. ¿O del este?, pregunta Ipólito, porque dice West. Eso quiere decir oeste, le digo, debe ser Nigeria, por ejemplo. ¿Y entonces?, pregunta Toguita. Entonces habrá que consultar con alguna casa de cambio para ver cuál es el valor que tiene o si no a tus amigos africanos que se quedaron en la piecita. Toguita me mira por primera vez con un poco de rabia. Cómo se te ocurre, me dice, parece que no entendés nada, vos. Un momento, dice Ipólito para aflojar las cosas, en Moreno está Popeye, ¿verdad? Popeye, repite Toguita como encontrando una respuesta.

Se guarda un fajo y me pide que lo siga. Después de cruzar el Camino de la Ribera, avanzamos por un sendero que atraviesa un monte de

eucaliptos y desemboca directamente en la casa. Observa primero el pozo que dejé abierto y luego camina hasta uno de los dos galpones de chapa que está en el fondo. Los galpones son mellizos y están cubiertos por una enredadera que impide verlos a simple vista. Toguita abre la matera y saca la moto Gilera. Adentro hay herramientas, cubiertas apiladas, televisores viejos. ¿Y en ese?, digo. Ese no se puede: es una orden de Mamocho, dice Toguita poniéndose el casco y pidiéndome con la cabeza que suba. Deben ser cerca de las nueve. La moto es bastante vieja pero la cuida con cariño. Eso se nota en el brillo del guardabarros. Me aferro al cuerpo morrudo de Toguita. Huele a leña. La moto sale y pega una curva que bordea la casa. En ese movimiento reaparece Lobo y también reaparece Julia que, al vernos pasar, se sobresalta desde la galería mientras le sirve el desayuno a Mamocho. La casa, así, a lo lejos, me hace pensar otra vez en la casa de Bill Turner. En la casa que Bill Turner deja abandonada a las afueras de Chicago: lo último que ve antes de extraviarse es un pájaro azul posado en la punta de un poste de luz. Salimos al camino amplio, desparejo, achaparrado. Tanques de agua, olor a leña, cables de alta tensión curvados contra el pastizal seco. El movimiento es música, me dan ganas de decir cerca del casco. ¿Qué?, grita Toguita, ¿qué dijiste? Le señalo el tren que avanza hacia Once al costado del camino; un tren que viene en sentido opuesto al nuestro. Toguita acelera. El tren tiene las luces encendidas pero solo se notan si es que la máquina está más o menos cerca. Hay luces que, aunque estén prendidas, no se ven. La calle se bifurca y nos alejamos de las vías. Un pastizal grande se arma en el medio y nos distancia en fragmentos irremediables. De a poco van apareciendo casitas a medio hacer, antenas, huellones secos, ropa tendida al sol. Después de un trecho más o menos largo, la moto sube al asfalto, empieza a andar atrás de colectivos desgastados. Dobla y ruge. La velocidad que busca no encaja en los espacios que recorremos. Hay un impulso trabado. Pasacalles, kioscos, remiserías. Las bocanadas de humo negro que deja un camión de basura. Llegamos al centro de Moreno en veinte minutos. Toguita empieza a componer una distancia curiosa. Como cuando alguien cercano habla por teléfono con uno desde su trabajo; es probable que hable distinto, con una formalidad calculada. Toguita se mueve, cada vez más, tomado por esa rigidez. No sé si soy yo quien lo pone así o son los otros, Popeye y sus muchachos. O tal vez sea ese supuesto tesoro que descubrimos en el campito. Tal vez no quiere mostrar las cartas de inmediato. O, lo más probable, es que además manejar la moto lo estrese. Dejame a mí, quedate acá, me dice sacándose el casco antes de entrar al local de Popeye, un negocio que vende juguetes viejos y que se llama Popeye el marino. El local está atrás de la estación, sobre una calle estrecha sobrecargada de tiendas y locales apretados uno al lado

del otro con veredas angostas. La gente camina más sobre la calle que sobre las veredas. Por eso los colectivos bufan de ansiedad y los embotellamientos son imposibles de desatar incluso a esta hora de la mañana. La vidriera del local de Popeye hace años que no se toca. Es evidente que funciona como una mala pantalla. Hay muñecos chiquitos, autos, motos. De pronto, un viejo me pide fuego. Le digo que no tengo y se me queda mirando un rato largo. Tiene los ojos azules y una barba crecida de varios días. Vos sos Daniel, dice. ¿Perdón? No te hagás el mascarita que acá te junan todos, te junan. El viejo sonríe sosteniendo el cigarrillo apagado a la altura de su boca, esperando el fuego; sonríe como demostrándome que sabe que lo estoy engañando y, antes de irse, me apunta con el dedo y me dice: Sinvergüenza. Se va moviendo la cabeza, poniéndose el cigarrillo apagado en la boca; se va asumiendo esa fragilidad que solo tienen los que andan sin culpa por la vida. Vamos, dice Toguita saliendo del local. Se pone el casco, monta la Gilera y salimos. Volvemos por un camino distinto, más despejado de autos. Cada uno hundido en su propia constelación. Hasta que entramos a una YPF. Con el casco colgado de un brazo busca unas latas frías. Yo me siento en una banqueta que mira hacia los surtidores. Toguita abre su lata de cerveza y la espuma se derrama apenas. Chupa la punta y dice que Popeye no estaba pero estaba Alcides que es la mano derecha. Alcides trabajó en la Lancaster. Lo conoce de ahí. Por eso se atrevió a dejarle un billete de cien porque él tampoco tenía ni la más puta idea de cuánto cotizaba. Le dijo que iba a consultar con Popeye y que después llamaba. Ahora un poco me arrepiento, dice. Yo miro para afuera y digo que hizo bien. Que un billete entre miles no es nada. Que no va a perder nada. Después de decir eso, Toguita me mira. Así es, resalta, no voy a perder nada. Y empieza a bajar la guardia porque lo que dije de algún modo le demuestra que ese dinero no me pertenece. Me acabo de correr, de quitar los pies del plato. Le acabo de decir que no quiero nada. Entonces se afianza en la propiedad de su tesoro. La guita es de Toguita. Oíme una cosa, dice, de esto ni una palabra a Julia. Más vale, digo y brindamos con esas latas pegajosas. Después nos subimos a la Gilera y cuando salimos por el playón me doy cuenta de dónde estamos. El auto de Polo junto a los baños sigue de culata pero ya no es un auto desvencijado. Ahora le faltan las puertas y las ruedas, le faltan los vidrios y el guardabarros. Fue picoteado de manera insistente. Es una carroña agujereada por la malaria.

Le habían dicho a Ipólito que el camión llegaba temprano pero nunca se imaginó que iba a estacionar en la carpintería, bufando, a las tres de la mañana. Lo escuchó Cacho Dángelo que dormía en la pajarería que está al lado. Dángelo llamó a Ipólito para avisarle. Pero lo que le avisó fue otra cosa. Ipólito escuchó que Dángelo le decía que se le estaba quemando el galpón y salió casi desnudo a la calle, corrió por el Camino de la Ribera los quinientos metros que hay desde su casa imaginando de qué manera el fuego se devoraba lo único que tenía. Y mientras corría, mientras se dejaba llevar por la catástrofe, había una sola cosa que le daba calma: se le aparecía la imagen del mar. Pensaba en el mar y le daba calma. Flor de cagazo me hizo pegar este hijo de puta, dice Ipólito sentado en la entrada del galpón, chupando un mate, con la cara apretada por el sueño. A Dángelo le gusta hacer ese tipo de bromas. Ya están acostumbrados pero siempre se da maña para sorprender. Tiene talento para la sorpresa. Así que ahora las cosas se apresuran y antes del amanecer estamos al pie del camión para bajar la carga. La carga es una montaña de troncos que el sindicato encargó a una maderera que la trae más barata desde Misiones. Y la trae más barata porque lo que mandaron no es la madera procesada, es, más bien, una montaña de troncos cortados. Una montaña de troncos que descansan atados con unos lienzos gruesísimos sobre el tráiler del camión. El chofer es joven, es paraguayo, se hace llamar por el apellido. Se mantiene distante y metido en la cucheta de la cabina. También van cayendo los pibes de a poco, dormidos, las manos en los bolsillos, esperando un mate o mirando, recostados contra la pared, el celular. Son tres pibes que Ipólito mandó a buscar de un caserío de atrás de la Lancaster. Amigos de Cuesta que necesitan unos mangos. A un costado, Dángelo mira con cierta ansiedad. Se empieza a acercar con sutileza. Lo siento así, cada vez más cerca. El olor del tabaco incrustado en la camisa sucia. Las uñas largas. La boca con dos o tres dientes y una voz ronca que desprende cada tanto una especie de catarro. Cuando Ipólito se mete a calentar un poco más de agua mientras esperan que llegue Toguita, Dángelo se arrima a los tres pibes y les pide que se pongan junto a la caja del camión. Los pibes sospechan que ya tienen que empezar a descargar. Pero Dángelo les dice que apoyen nomás la oreja en la madera y escuchen. Escuchen un rato, propone. Los pibes se miran un poco extrañados pero lo hacen. Se quedan escuchando la madera. Después de un rato, Dángelo pregunta: Y, ¿a qué suena? Los pibes se miran en silencio. Andá a cagar, pelotudo, dice uno sin entender y los otros aguantan un poco la risa. Dángelo se da vuelta y se apoya contra la pared del galpón avergonzado; el olor a madera a esta hora de la mañana, cuando el sol apenas despunta atrás del río, es intenso. Mueve la cabeza y habla bajito, como maldiciendo. Después me mira y

arremete. Muchacho, ¿te animás?, me pregunta sin darse por vencido. Hay una trama en la madera que tiene la particularidad de absorber los sonidos de su entorno más cercano. Es decir, una trama porosa que se empapa de olores, de luces, de silbidos. La madera es el objeto que mejor absorbe su entorno. Por eso si uno se concentra, un rato, con los ojos cerrados, puede escuchar el sonido del bosque. ¿Vos sabes cómo suena un bosque? Porque yo sí sé: hay veces que se me estira como una burbuja, es un sonido delgado y elástico que se expande en el aire. No me refiero a una cuestión mística. Lejos estoy de eso, vos sabés bien cómo es la cosa, con esas manos que tenés, yo soy un materialista que cree en el espíritu, me dice Dángelo y sonríe. Guiado por esa ironía, apoyo el oído contra la madera. Hay veces que uno no sabe por qué hace ciertas cosas, como en este caso, pasadas las seis de la mañana, movido por la indicación de un extraño. Cerrar los ojos junto a una carga de troncos, una montaña de troncos de los montes misioneros. Pero Dángelo no me permite oír esa burbuja de aire que se estira porque sigue hablando, en voz baja, ahora, como si me susurrara. Puedo sentir, más que escuchar, el olor a tabaco negro y sudor que lo embadurna. Imaginá que esos troncos, dice, hace dos días estaban en el monte, agarrados a la tierra. Y para tener ese grosor deben haber estado seis o siete años, como mínimo, agarrados a esa misma tierra. Creciendo en silencio, chupando agua, estirándose. Y de pronto los cortan, los traen hasta acá. Los van a convertir en otra cosa, en mesa donde descansará el tedio de un puñado de obreros de la Lancaster. Te das cuenta cómo se trama el destino de algunas cosas. Vos que tenés esas manos, ¿sabés lo que puede sentir ese árbol cuando lo convierten en otra cosa, en un piano por ejemplo? Dángelo me habla como apuntándome con un cuchillo. Y así, con los ojos cerrados, siento que me tiene contra las cuerdas.

El que organiza la descarga es Toguita. Ipólito no puede hacer fuerza, una hernia lo distorsiona cada vez que se pone nervioso, por eso contempla el trabajo en la entrada del galpón. Ninguno esperaba que mandaran ese tipo de tronco tan en bruto. Porque el trabajo que habrá que hacer para que la madera valga la pena es enorme y por semejante trabajo no van a pagar nada. Trabajar con el sindicato siempre es un dolor de cabeza, dice Ipólito, pero otra no quedaba. Los piojos de Dángelo pueden ser mis piojos en cualquier momento si no entra más laburo. Toguita me dice que suba al camión con Dángelo y les bajemos los troncos a los pibes que los llevarán hasta el galpón. Así lo hacemos durante toda la mañana. Arrastramos los troncos con un sistema de sogas que Dángelo manipula muy bien, es un profesional, y los dejamos casi en los hombros de los pibes. Lo que me preocupa son tus manitos,

dice cada tanto Dángelo con un dejo de burla. Insiste con mis manos. Tiene un pañuelo atado en la cabeza, suda y entre la humedad que desprenden los troncos cada tanto canta o se esconde o atrapa una araña peluda: las guarda en un frasco de vidrio grande y dice que son para la nena de Julia. Por momentos pienso que Toguita intenta imitarlo cuando está de buen humor, que lo que hace no es otra cosa que copiar el modelo de Dángelo. Y lo que también descubro bajo el sol de la mañana, la espalda sudada, es que Dángelo tiene la capacidad de apuntar en el blanco exacto. No le cuesta nada desenmascarar a quien tiene enfrente. Siento que sabe todo de mí pero, a la vez, nadie le va a creer una palabra. Su talento radica en decir la verdad aunque sea el mayor mentiroso de la zona oeste. Esa es la paradoja que lo encierra en su propio bosque. Poco a poco voy perdiéndole miedo y me acerco a Dángelo como quien se acerca a una mascota exótica.

Cuando puso la pajarería con la Tere no había otra que guardarse. Vender pájaros junto al río Reconquista era un gesto de aguante. Y, desde ahí, no les quedó otra que ir reinventando, de a poco, una idea de futuro porque el que ellos imaginaron a través de la militancia había sido barrido de un sablazo. Aguantaron el temporal acá, con Mamocho. La Tere antes de rajar estudiaba para dentista en Buenos Aires y tenía un contacto de la zona que la ubicó con Mamocho; además había vivido en la infancia un tiempo en Moreno. Dángelo podía aguantar en cualquier rincón. Así que cayeron una madrugada de lluvia. Durmieron por primera vez en la matera. Pero aguantar el temporal no quiere decir bajar los brazos, rendirse, quebrarse como esos troncos misioneros. Aguantar el temporal fue, lisa y llanamente, sobrevivir aunque en ese gesto de resistencia, sin darnos cuenta, también nos estaban quebrando como a esos troncos, dice Dángelo una tardecita en el patio de la pajarería, junto al río. Tomamos cerveza mientras la Tere riega unas plantas y asiente con la cabeza a cada cosa que dice Dángelo. Todas estas tierras, un poco más de cuatro hectáreas, eran de un Francés. Había un criadero de pollos, había chanchos y una huertita más bien familiar. Era un criadero de animales lo que funcionaba. Ahora solo quedan tres chanchitos demacrados. Mamocho siempre estuvo al frente de eso: era a la vez el encargado del campito y el puntero político de la zona. El Francés venía cada tanto y se encerraba en el galpón del fondo, era su oficina, y a veces pasaba horas ahí. Pero venía cada tanto. Podía pasar más de un mes sin que se apareciera. Cambiaba de auto como la gran puta. Autos buenos, nuevos. Así que Mamocho, casi sin conocernos, nos dio una mano y nos dio un lugar y un trabajo. Con la Tere primero ayudábamos en el criadero de pollos y después salíamos a vender huevos por la zona en un camioncito que tenía el Francés.

Andaba dulce el Francés en los setenta por eso no se metía tanto. El problema arrancó cuando le empezó a apretar el zapato. Y ahí nos vio a nosotros y ahí empezó a ver también a los compañeros que andaban en el campito y ahí empezaron los problemas que después se agrandaron como una pelota de nieve. Así se dice, ¿no?, me pregunta Dángelo empinándose la cerveza. Estas eran las tierras de un Francés. Para no joder a Mamocho con todo lo que nos había ayudado decidimos que lo mejor, después de un tiempito de conocer la zona y de tener algunos contactos, era poner la pajarería en el Camino de la Ribera. Atendíamos debajo de un toldo que improvisamos con unas chapas y una lona impermeable roja que decía Lancaster S. A. Vendíamos lombrices para pescar y pajaritos. Siempre estuvimos raspando la olla y, al mismo tiempo, siempre sentimos que había gente cercana, la sensación de una comunidad que te podía abrazar cuando lo necesitabas: nunca nos pasó eso en la militancia. Esa sensación, más bien, la construyó Mamocho. Imaginate caminando sobre una cuerda pero sabiendo que abajo hay miles de brazos para atajarte. Eso es Mamocho. Por ejemplo: cuando ocurrió lo que te voy a contar, aquel puentecito de allá no estaba. La Tere sale del silencio profundo en el que le gusta estar y dice que sí, el puentecito estaba, Cacho, por eso fue más fácil el rescate. Dángelo sonríe molesto porque no le gusta que lo interrumpan y mucho menos le gusta que le digan que miente, eso siente cuando alguien lo contradice. De todos modos, la fama lo condena: todo el mundo da por sentado que inventa cosas. Fue ahí, retoma, en ese mismo lugar. Estábamos terminando de cargar el camioncito para hacer un reparto, era un lunes o martes bien temprano. Cuando lo vi sobrevolando la zona del puente Falbo me llamó la atención porque era raro ver uno de esos tan temprano. En general se los veía los fines de semana. Giraba en círculos sobre el puente y el motorcito ronroneaba disperso en el aire. Se acercaba y se alejaba. Ese ir y venir me provocaba cierta incomodidad. Todavía no se acostumbraba a fumigar con esos bichos en la zona, por eso era más raro todavía. Estábamos arriba del camioncito con la Tere, listos para salir, cuando el bicho hizo sonar los motores y enfiló la punta en dirección a la Lancaster. Aceleraba y descendía a la vez. Veíamos, con claridad, la curva que iba trazando. Estúpidamente me preguntaba si alguien más estaría viendo eso. Me pasa cuando soy testigo de algo extraordinario: siento un fuego que necesito pasar de mano. Entendí, a la altura de la carpintería, que iba a ocurrir algo irremediable. Porque lo dejamos de ver, la frondosidad de los eucaliptos primero, solo nos quedó el motor suspendido. Y la espera de una explosión precedida, como se dice, ¿no?, de un extraño silencio. Fue así. Un silencio notable. La avioneta explotó sobre el río, donde ahora está ese puentecito. Aunque ella diga que ya estaba, yo estoy convencido de que lo hicieron después.

Porque si no, no se entiende, se lo hubiera llevado puesto. La Tere sonríe y mueve la cabeza resignada mientras limpia las hojas de un árbol. Bajamos del camioncito y salimos corriendo. Cuando llegamos a la orilla del río, una bola de fuego ardía sobre una mancha viscosa de combustible. Se quemaba la cola de la avioneta. Se quemaba parejito. Esperábamos ahora la explosión final. Pero lo vimos a Mamocho lanzándose al agua. Era abril o mayo. Recién empezaba el otoño a afirmarse. Mamocho nadaba con lo puesto. Ni siquiera se había quedado en cuero. Yo me agarré la cabeza y pensé que lo que estaba haciendo era una forma de suicidio. Un poco lo era. Pero cuando esos gestos de entrega salen bien se vuelven coraje puro. El héroe es un suicida al que le salió bien la jugada, ¿no te parece?, dice y se queda mirando el puentecito con el vaso de cerveza sostenido a la altura de la boca. El puentecito no estaba porque si no la avioneta se lo hubiera chocado. Mamocho nadó y buscó la trompa, que todavía no había sido alcanzada por el fuego. Se trepó, todo mojado, con lo puesto, el mundo le pesaría cuatro veces más. Para entonces ya había muchos más mirando en la orilla del río. Un muchacho lanzó un gomón para ir acercándose. El fuego parecía apaciguarse, rondaba la avioneta como un aro irregular. Entonces vimos a Mamocho encima de la trompa y vimos que de adentro se movía un brazo que no era de Mamocho. Y alguien gritó en la orilla; dijo: Dios mío está vivo. No tardó Mamocho en sacarlo, herido, con sangre en todo el cuerpo. Dios mío se oía como un rezo. Así Mamocho se fue haciendo cada vez más grande, y no lo digo porque es un grandote de casi dos metros, lo digo porque siempre vio más allá que el común de la gente. Un distinto. Lo más difícil fue bajar al piloto hasta el gomón. Después las cosas sucedieron con calma. Todos aplaudimos cuando se acercaron a la orilla. En una camioneta cargaron el cuerpo –era apenas un muchacho, no llegaría a los veinte años, estaba asustado–. Mamocho salió del agua y pidió que lo dejaran solo. Se tiró en la orilla. Y se quedó ahí, mirando lo que ahora es el puentecito aquel, hasta que el fuego, finalmente, se atrevió a morder la trompa de la avioneta y en menos de un minuto provocó una explosión sobre el agua. Durante meses aparecieron restos de la avioneta en la orilla.

Las voces llegan desde la casa, primero como un rumor. Trabajo en los detalles finales del baño antes de ir a la carpintería. De a poco las voces van creciendo en el tono, en un tono desajustado para la hora. Serán las siete de la mañana porque siempre a esta hora se oye el rugido invisible de un avión, amortiguado entre las nubes, cruzando hacia el sur. Se agregan risas. Y la voz de Eva, nítida, cargada de alegría. Me acerco a la casa tratando de que no me vean. Están dispuestos en la galería, en una especie de semicírculo: Eva, Mamocho en la silla de ruedas, Julia y el

Lobo enrulado en el piso. Enfrente, Cuesta, rubio, el pelo rapado en los costados, los divierte. O las divierte. Porque no puedo verle la cara a Mamocho. Qué tipo de reacción puede tener ante los movimientos de Cuesta que emite sonidos de pájaros. Eva dice: Una calandria. Cuesta ahora aletea en círculos y larga el sonido de la calandria, perfecto, nítido. Cuando corre, el Lobo lo persigue, ladra. Julia dice: Un cucuí. Cuesta se ríe por la ocurrencia de Julia y dice que no con la cabeza. Al Cuesta le dicen así en el barrio, me contó Dángelo, porque le cuesta, es medio tartamudo; pero para Ipólito, por ejemplo, le dicen así por los hermanos Cuesta, esos que imitaban a los pájaros. Vuelve a intentarlo corriendo en círculos más fuerte y sacudiendo los brazos. El Lobo también corre, se cruza en el camino de Cuesta, como lo hacía cuando descubrí la bolsa con la plata, por eso Cuesta no tarda en enredarse, en pisarle una pata al perro sin querer y se cae. El perro larga un alarido y sale como buscando distancia. Algo de ese movimiento abrupto le provoca un estremecimiento a Mamocho. No se entiende si se ahoga o quiere decir algo. Por eso Julia se acerca, lo abraza. Pero entienden enseguida que Mamocho la está pasando bien. Dice Mamo que sos un gavilán, retoma Eva para que las cosas no se interrumpan. De hecho, no se interrumpen porque Cuesta parece motivado y Julia también lo permite. Y si Julia lo permite no hay de qué preocuparse. Cuesta sigue haciendo sonidos tan iguales a los de un pájaro que confunde incluso a los verdaderos pájaros de la mañana que se ponen a responder; mientras eso sucede veo por la ventana de la casa a Toguita, despertando. Pone la pava en el fuego, bosteza y larga después la mirada para afuera. Quedo detenido en el paisaje sin poder ocultarme de él. Al verme, se pone también a aletear de la alegría. Al principio creo que me está haciendo una joda, que está imitando la imitación de Cuesta. Pero enseguida me doy cuenta de que me quiere transmitir algo que acaba de saber sobre la plata: por los movimientos que hace entiendo que se trata de mucha guita. Yo le contesto haciendo con los dedos la v de la victoria. ¡Vamos, Ruiz, carajo!, grita fuerte. Es una voz que sale de la casa y me alumbra. Julia no tarda en asomarse y verme ahí, cerca. Aparezco en la galería. Eva me devuelve una sonrisa amplia. Hay un plato con masas finas sobre la mesa; con masas que Cuesta trajo de Las Delicias, la confitería que está en el centro de Moreno. A Julia le encantan las masas finas de Las Delicias. Es el modo que tiene de sentirse renovada, de fantasear con tener algo imposible. Como sucede con las revistas de los aviones. Por lo visto la están pasando muy bien, digo por decir algo, buscando, en el fondo, cierta complicidad. Pero lo digo nervioso, Cuesta me pone nervioso, y con un tono de reproche que instala una incomodidad. Entonces ahora, con mi presencia, sí se arma una especie de dispersión porque Cuesta le tira lejos la pelota al perro. Y Eva se mete en la casa a

buscar la mochila para irse a la escuela. Sentate, me dice Julia, el pelo suelto, mojado. Huele a shampoo, está distendida. Mamocho queda enfrente mío, del otro lado de la mesa, con la cabeza inclinada, un poco adormecido. ¿Cómo va el baño?, dice y me estira un mate. Bien, falta muy poco, algunos detalles nomás, pero ya se puede usar. Cuesta se aleja cada vez más. Ni siquiera se acercó a saludarme. El Lobo lo sigue como se sigue a un ser querido. Gracias por lo que hiciste, dice ahora Julia. La miro para entender y vuelvo a encontrarme con esos ojos verdes, enormes. Estira la cabeza para indicarme que habla de Cuesta. Me alegra que haya vuelto, que esté bien, digo. Va a estar bien si Ipólito afloja un poco, aclara mordiendo una masita de Las Delicias. Después me da la impresión de que se arrepiente de haber dicho eso y aprovecha un grito de Eva que la llama desde adentro pidiendo algo; se levanta de un modo abrupto, se mete en la casa. Me quedo frente a frente con Mamocho. El hombre que cruzó a nado el Reconquista y se atrevió a rescatar al piloto de la avioneta. El mismo tipo que se volvió puntero de la zona y resistió un desalojo en plena dictadura. Es lo que se dice. O lo que dice Dángelo como una propaladora. Pero ahora, ese que está ahí sentado enfrente, con la mirada perdida, es lo más parecido a un tronco. Un tronco seco, sin nervadura, que se deja llevar por la corriente. Concentrado en Mamocho, descubro tarde que Cuesta está parado a mi lado. Me mira desafiante mientras se pone una campera deportiva. Me mira con una sonrisa de pendejo prepotente que nunca le vi cuando deliraba en la piecita. Se ve que ahora, a diferencia de Mamocho, porta sus atributos con todo su esplendor. Me mira y se sube el cierre de la campera deportiva negra que tiene en sus mangas dos tiras azules. Me mira sin dejar de provocarme. Hasta que descubro la estrella, el relieve de las letras en el pecho. Y mientras se aleja escoltado por el perro y silbando el canto de un pájaro (parece una calandria, o mejor, es lo más cercano a una calandria), pienso en el auto de Polo desarmado en la YPF; pienso en mis pertenencias; en esa campera que me regalaron una noche después de un recital en Zúrich junto al río Sihl y que ahora abriga al Cuesta.

No, el puente se levantó antes de la caída de la avioneta, yo trabajé en la construcción, dice Ipólito con énfasis. Dángelo no se atreve a enfrentar esa postura de la misma manera que le responde a su mujer. Primero porque es Ipólito, siempre le resultó difícil discutir con él y no sabe muy bien por qué, tal vez porque siente que le debe mucho, pero además Ipólito sostiene el argumento personal de haber estado ahí en la construcción, ese dato pareciera imbatible y es lo que, al menos, le marca la prudencia a Dángelo para seguir hablando del tema. Por eso, ahora, mientras lijamos los tablones de madera que Toguita masilla,

Dángelo cambia de tema. Dice que, según andan diciendo, los africanos dejaron un tesoro escondido en la zona. Un fangote de guita, de guita negra, resalta y espera nuestra carcajada. Pero nadie se ríe. Más bien lo que logra es meternos adentro. Toguita se aleja a cambiar la radio o a preparar más masilla. Ipólito pone la pava en el fuego. Yo sigo lijando. Lijar es lo más parecido a afinar un instrumento. Lo que se busca es lograr un punto de partida. Una base sobre la cual poder empezar a componer. Me gusta lijar porque mientras busco, al tacto, esa zona de impureza, como si fueran grumos, me dejo atrapar por el pensamiento. Esa podría ser una diferencia, por ejemplo, con la afinación. Lijar es un mecanismo que libera a la cabeza de toda responsabilidad. En cambio, cuando se afina no se puede pensar en otra cosa. Me pasó en un sótano de Chicago. Mi padre había insistido para que nos encontráramos en Estados Unidos. No puede ser que no hayas tocado nunca ahí, decía. Yo, después del episodio en la frontera de Monterrey, donde me habían impedido el paso y tuve que suspender los conciertos, me había prometido nunca más insistir con entrar a Estados Unidos. Pero mi padre consiguió una fecha en el mítico sótano donde Bill Turner había empezado a tocar, donde cada noche iba desplegando una forma de belleza que alcanzó apenas a unos pocos. Me terminó convenciendo la posibilidad que se abría, también, de grabar algunos temas en un estudio importante de Nueva York. Llegué a fines del año 98. Una tormenta de nieve había caído un par de días antes. Por eso Nueva York estaba cubierta por un aire helado y nítido que me impactaba. Extraño a veces esos aires diáfanos que produce el frío. Mi padre me esperaba con un cartel que decía: «El discípulo de Bill Turner». Mi padre a veces me daba pudor. Y en ese viaje que compartimos, la única vez que compartimos un viaje fuera del país, fue cuando más lo sentí. Un pudor no infantil, sino más bien de extrañeza. Creo, además, que en ese viaje lo vi con más claridad: mi padre no se guardaba nada. Más bien mostraba con desenfreno lo que en Buenos Aires cuidaba de manera calculada y secreta. Pasamos la noche en Nueva York y, al día siguiente, me llevó a Poughkeepsie. Quería mostrarme el lugar que había inspirado el tema que no dejábamos de escuchar: ese piano fluyendo sin cauce; la irrupción de los pájaros, ¿son calandrias?; el canto de los pájaros quebrando la deriva. Nevaba suavemente cuando entramos a Poughkeepsie, un pueblo pequeño en las afueras de Nueva York. La casa natal de Bill Turner estaba abandonada. Parecía más bien un establo a orillas del río Hudson. Mi padre me tomó una foto contra ese rancho: tengo la mirada incómoda y mucho frío en las manos. Dos días después volamos a Chicago. Tocaba en Blumm, el mítico sótano donde Bill Turner había desplegado, en gran medida, su búsqueda. Este fue su laboratorio, decía mi padre sentado de manera incómoda en la barra,

con un vaso de whisky demasiado lleno. No me dejaron probar sonido antes. Me enfrenté al piano cuando subí a tocar. Era un Yamaha. Dije, adelante de unas treinta personas que no habían ido a escucharme, sino más bien se habían encontrado conmigo en el escenario, que era un honor para mí tocar en ese lugar tan cargado de magia, en el mismo lugar donde Bill Turner exploró su mundo silencioso, su manera de pensar la belleza. Lo dije en mi precario inglés. Alguien acotó algo cuando terminé de hablar. Algunas risas contenidas se desplegaron. Entonces el piano. El piano desafinado delante mío. Era un cuerpo incómodo, amorfo. Empecé a tocar «Tránsito». No podía hacer otra cosa que rendirle homenaje a Bill Turner en su propia cueva. Pero el piano no respondía. Fue como cruzar un río pisando sobre las piedras blancas, resbaladizas. Toqué, todo el tiempo, haciendo equilibrio, aferrado a una posible afinación, buscándola. Nunca supe lo que hice. No podía pensar en otra cosa más que en la pisada concreta, en ir hacia la otra piedra, en avanzar hasta la orilla. Nunca tuve dimensión del cruce. Cuando terminé escuché algún aplauso disperso. Bajé buscando a mi padre. Me quería ir, no podía seguir tocando en esas condiciones. Pero mi padre no estaba. Ni en la barra, ni en el baño, ni afuera fumándose un pucho. No estaba. Lo encontré roncando en el hotel. La noche de Chicago era una escarcha contundente cayendo sobre las cosas. Ruiz es pianista, grita Dángelo, los ojos encendidos por el vino que se toma de a traguitos. Cansado de tanta indirecta, levanto la voz: ¿Y vos qué sabés? Señala el cartel publicitario sobre el puente Falbo. Están terminando de desplegar un afiche enorme que detalla las fechas en las que Gabo Ruiz tocará en el teatro Colón. La cara restallada por el sol, los anteojos negros, la sonrisa amable y medida. Ruiz es famoso, grita Dángelo sin que nadie le siga la corriente.

Veinte mil dólares son. Por el valor del billete que le dejamos a Alcides, según la sospecha de Popeye, lo que hay en la bolsa son cerca de veinte mil dólares, dice Toguita. Esa frase se me incrusta como una astilla cuando cruzamos los pastizales del otro lado del puente Falbo. Popeye lo citó ahí. A Toguita le pareció raro. Por eso me pidió que lo acompañara y me dio algunas indicaciones. Por las dudas, me dijo. Hace calor. Es el primer día de calor intenso. Y unos pájaros raros sobrevuelan. Son caranchos, señala Toguita, deben estar cagados de hambre para llegar hasta acá. El asunto es así: Popeye le dejó en claro que para cambiar esta clase de billetes tiene que tocar algunos contactos, peces gordos, por eso conviene que le lleve toda la plata junta porque no se puede hacer de a puchitos. ¿Me comprendes?, le dijo Popeye. Toguita empezó a sentir que era raro, que esa propuesta de Popeye era un poco rara. Pero también estaba bastante claro que no

había mucha opción. El único que le podía cambiar esa guita era Popeye. Iba a tener que confiar. Cuando cruzamos los pastizales empiezo a reconocer la zona, empiezo a reconocer el lugar exacto donde encontré al Cuesta moribundo. Matame, decía el pendejo, escupiendo sangre. Avanzamos como si fuéramos excursionistas, como si fuéramos, por ejemplo, a pescar. La manera de arrastrar la bolsa, la gorra que llevo puesta, el cielo que se abre nítido provocan esa impresión. Vos quedate acá, me pide Toguita cuando llegamos a una pila de chatarras. Camina hacia las vías arrastrando la bolsa, la espalda de la camisa manchada de sudor. Si se pone nervioso también se le forman unas bochas de espuma en la comisura de los labios. Y ahora está nervioso. Así es como avanza al encuentro de Popeye, mostrando toda su fragilidad o, mejor, convencido de que lo van a cagar. Me apoyo en el estribo de un camión sin ruedas, meto la mano en el bolsillo del pantalón y encuentro un cigarrillo: no sé cuánto hace que está ahí, si lo traigo de la casa de Polo o me lo dieron cuando descargamos los troncos. Está un poco quebrado pero una parte se puede fumar. Muerdo el filtro y chupo, así, apagado. Al menos siento el gusto del tabaco. Desde el estribo veo mis zapatos negros, de qué manera el cuero de mis zapatos negros se resquebraja en los bordes, lentamente. Empiezan a mostrar, más que nada el derecho, como si fuera un animal dormido, la piel pálida de mis dedos. Deben tener cuatro años. Los compré en una tienda en Alemania. ¿Era Köln? Me atendió una mujer baja, morruda, de casi sesenta años y un nombre corto que empezaba con E. La mujer, después de traerme la caja, me ayudó a calzarme el zapato derecho, el que elegí para probarme, el que ahora está más gastado en los bordes. E. se agachó y me acomodó la media, la estiró, me acarició la planta del pie antes de ponérmelo. Sentí una incomodidad que terminó excitándome. Tardé en entender lo que estaba pasando porque la mujer era expeditiva, se movía de un cliente a otro con la lógica de una enfermera. Pero había algo evidente: E. no hacía con ellos lo que hizo conmigo. El hotel donde yo paraba estaba cerca de la tienda de zapatos. Tan cerca que podía ver desde mi ventana una parte de la vidriera y, de manera reducida, una zona de los probadores que estaban junto a la puerta principal. Esa zona dejaba entrar y salir, permanentemente, piernas, sombras, vacilaciones. Esa mañana de lluvia intensa no hice otra cosa que observar ese rombo, sus desplazamientos, la lógica que existía ahí. Buscaba registros musicales que pudieran desprenderse de esos movimientos. Y la irrupción de las botas de E. se imponía con firmeza como un contrabajo que sostiene la estructura. Esa tardecita, antes de que me pasaran a buscar para el concierto que iba a dar en un teatro del centro (era Köln, ¿verdad?), salí a caminar y me paré delante de la vidriera con mis zapatos nuevos. Ya había dejado de llover. Mis zapatos nuevos relucían contra las veredas

mojadas. Esperé que cerraran. Vi a dos mujeres y a un hombre salir. Reconocí a E. de inmediato. No necesité mirar sus botas. La mujer caminó junto al hombre durante casi cien metros. Se despidieron en la esquina. La mujer siguió por la misma calle, con firmeza. Yo iba a unos veinte metros. Pero en la siguiente esquina el semáforo nos puso a la par. La mujer me miró y dijo algo que, obviamente, no entendí. Lo dijo de manera discreta, como diciéndome un secreto. Yo no dije nada. Pero empecé a sentir una vitalidad que hacía rato no sentía (y mucho menos, claro, en un escenario o en una gira). Cruzamos la calle a la par. La mujer volvió a decirme algo, sin apuro, sin estridencia. Podía ser que estuviera hablando sola o por teléfono. Las dudas se disiparon cuando, mirándome, dijo: Bahnhof. Me hablaba a mí. Como pactando algo. Empezó a caminar ahora a una cierta distancia, se fue alejando después de haberme dado esa sentencia. Caminé sin perderla de vista. Sentía los zapatos nuevos, la inminencia de una ampolla en el talón, seguro me iba a salir una ampolla en el talón si seguía con ese tranco. La mujer dio vueltas por callecitas hasta que desembocó en la estación de trenes. Entró por uno de los arcos principales, se camuflaba por momentos entre los cuerpos. Antes de subir la escalera mecánica, me buscó con una sonrisa suave. Cuando tomé la escalera ella ya la había dejado. Por un segundo perdí contacto. Me golpeaba fuerte el corazón. ¿Por qué estaba haciendo eso? La mujer me esperaba apoyada contra una pared al fondo de un pasillo. Era morruda, bajita, una cara afilada y seria: los ojos azules. Antes de que yo llegara abrió una puerta y me esperó adentro. Cuando me asomé me dijo algo que, otra vez, no entendí. Dudé un segundo pero entré. Había cajas por todos lados, parecía el depósito de la zapatería. E. me señaló una silla y cerró la puerta. Me senté y se arrodilló a mis pies. Me sacó un zapato, el derecho, mientras hablaba bajito, como cuando una enfermera da instrucciones antes de alguna aplicación. Después me quitó la media, la misma que me había alisado por la mañana. Quedé con el pie desnudo. Las manos de E. comenzaron a rodearme el pie, solo el derecho, a masajearlo, a tocarlo con suavidad al tiempo que seguía hablando bajito. Hablaba como si le dijera cosas al pie. Se puso el dedo gordo en la boca y me miró con la dureza de esos ojos azules. Volví a sentir la vitalidad que me sacudió en la zapatería. Pero ahora más expandida. Comenzó a chuparme el pie con fervor. Entrecerraba los ojos y lamía desde el talón hasta los dedos para luego ir chupando, como un pico montañoso, hasta las uñas. Había dejado de hablar pero largaba un pequeño jadeo que alimentaba mi erección. ¿Era Köln? Eso era Köln, ¿verdad? Mientras repetía el movimiento o se obsesionaba con un detalle del pie, comencé a ver de qué manera cruzaba o apretaba las piernas contra el piso aguantando, sintiendo algo. Entonces se metió el dedo gordo en la boca y, jadeando, la

respiración acelerada, mordió con fuerza. Gritamos los dos. Gritamos. Por eso ella soltó. De a poco el dedo empezó a cubrirse de un racimo de gotitas de sangre. E. se incorporó de inmediato, como si todo hubiera perdido sentido; dijo algo con soltura, dando una orden: tal vez fue por culpa de mi grito. Y me esperó en la puerta para que saliéramos. Caminamos por el pasillo de la estación sin decir nada, acomodándonos algún detalle de la ropa. Después sospeché que ella indicaba con las manos cuál era la dirección de mi tren. Me miró con esos ojos azules. Crucé el puente peatonal. Desde mi andén la vi, anónima, subirse a un tren amarillo que se perdió fugazmente por la ribera del Rhin. Yo me tomé otro, rojo, que iba hacia el centro de la ciudad. Bajé en una estación subterránea y salí a buscar el teatro donde debía tocar en la noche. La gente hacía una pequeña fila para entrar. Mi cara no parecía mi cara en la marquesina. Esperé en el bar de enfrente a que entrara el último espectador. Cuando cerraron las puertas preferí perderme por la ciudad. Era Köln, estoy seguro, por la catedral. Fue la primera vez que lo hice. Dejar al público esperando, dejar el piano iluminado en el centro del escenario, el rumor creciendo con el paso del tiempo. Ahora, la bocina del tren que viene de Once me sobresalta; cruza el puente Falbo, rumoroso. Bajo el sol intenso de la tarde lo veo venir a Toguita, sin la bolsa, tranquilo. Te invito una cerveza, me dice poniéndome una mano en el hombro. ¿Todo bien?, pregunto. Espero que sí, hay que esperar unos días, dice. Lo empiezo a seguir pisando los zapatos negros, los mismos zapatos negros que ahora se resquebrajan, con cada paso, en los bordes.

Es domingo. Eva juega a derrumbar con la manguera un hormiguero colorado que crece atrás de la matera. Le dicen así: la matera. Como si esto todavía fuera una estancia. La matera es el galponcito donde Toguita guarda la moto, la máquina de cortar el pasto, la parrilla. Ahora las puertas de la matera están abiertas y Toguita, hundido en el fondo, mueve cosas, busca algo. Tiene pensado hacer un asado. Después de unos días intensos es mejor hacer un asadito, dice. Quiere aprovechar la reunión para contar lo de la plata. Yo le aconsejo que, tal vez, podría esperar a que se aclare el panorama: que Popeye lo llame, que la tenga encima. Toguita no está de acuerdo. Es preferible que lo sepan antes porque si no después se empiezan a decir pavadas, dice. Se lo ve preocupado por eso, por lo que la gente pueda llegar a decir (Dángelo de hecho ya anda boconeando por ahí) aunque todavía no tenga ni un peso encima. Pero decir la gente es, más que nada, decir Julia. ¿Cómo lo tomará Julia? El otro galponcito, el de al lado, cubierto por la enredadera, sigue secreto. A ese no le dicen matera. Mamocho dijo alguna vez que no se podía abrir porque lo único que había eran puras

chatarras. Y eso no solo fue acatado, fue repetido con insistencia y nadie tuvo, siquiera, el deseo de espiar. No había necesidad. Desde que Toguita tiene la Gilera, la matera se volvió su lugar preferido. Ha pasado noches enteras desarmando el motor, limpiándolo; se ha amanecido bajándose al tranquito una damajuana de tinto, soñando con alguna de esas fantasías que lo entretienen: la ruta, una mina con el pelo al viento agarrada a su cintura, o la furiosa velocidad. Ahora, mientras yo corto algunos troncos para preparar el fuego, pone en marcha la moto. Retumba adentro del galponcito con cada acelerada. Eva se aleja persiguiendo hormigas. Estira cada tanto la manguera que se comprime en el pico de la canilla de la casa. Por eso el agua desborda, escupe como una fuente. Lobo tendría que estar ahí, corriendo, hundido en los charcos. Me llama la atención su ausencia. La moto ruge adentro de la matera y trae un aire pesado, un olor a nafta. Los pájaros disparan de los árboles, los tres chanchos se abroquelan en un rincón. Algo se alborota en la mañana. Entonces Julia. Verla quiere decir que la adivino. Porque antes de que aparezca la intuyo y cuando efectivamente aparece, como un efecto retardado, las cosas se precipitan. Julia busca con la mirada y se encuentra conmigo, encorvado acomodando la leña. Su mirada me convoca de inmediato. Tiro la leña, me alejo del ruido de la moto, del grito intermitente de Eva atrás de la matera y la sigo. Hay barro antes de llegar a la casa, una serie de charcos. En la galería percibo el sonido lejano de una avioneta: raspa en el fondo del aire. También hay agua en el piso de adentro. Como si los charcos de afuera se hubieran extendido por las napas y emergieran por la junta de los ladrillos. Julia acelera el paso y se mete en el baño. Se cayó, dice, y no puedo sola. El cuerpo de Mamocho, pálido, desnudo, está atravesado en la bañadera. Las piernas cuelgan para afuera y tiene la cabeza apoyada contra la pared. Mira lejos, buscando algún detalle en algún rincón. Jadea. No sé si entiende lo que pasa. Trato de levantarlo desde las axilas: siento los huesos, la piel fláccida. Se vuelve imposible, es imposible levantar un cuerpo que ha perdido la voluntad. ¿Cómo se hace para levantar un imperio derrumbado? Julia es una sombra silenciosa que apenas me apoya una mano en el hombro porque no puede ayudarme, el espacio es muy estrecho. Me pongo nervioso y le exijo a Mamocho que me ayude. Por favor. Le digo que necesito de su ayuda. Tiene los ojos oscuros. Me doy cuenta, es un breve segundo, que esa mirada empieza a verme, que deja de estar posada en un rincón para empezar a verme. Entonces, apuntándome a los ojos, contrae levemente la pupila derecha y arquea la ceja como si hubiera descubierto algo. Mamocho mueve la lengua y abre la boca y después de tres años sin pronunciar palabra dice rasposamente: Udson.

TERCERA PARTE

Hudson es el único disco de Bill Turner. Lo grabó en una sola sesión en Blumm, el mítico sótano de Chicago, en la madrugada del 3 de febrero de 1962. Afuera caía la nieve. La ciudad estaba retraída bajo sus abrigos. Y Bill Turner y un ingeniero de sonido llamado Ray Collins grababan sin pausa el recorrido completo del disco. Porque el disco es un recorrido por el río Hudson, es una gran deriva que se detiene en cada ciudad, pueblo o paraje que corre a sus orillas. El nombre de los temas corresponde a esas ciudades. Pero hay un paréntesis que se ha transformado en un gran enigma para los especialistas. Eso decía siempre mi padre. Se refería a la sexta composición, el corazón del disco, el que más espacio ocupa, el más difícil de atrapar en un género y, por eso mismo, el más desprolijo. Es evidente, decía mi padre, que se trataba de una pura improvisación, esa era la sospecha; el tema además no lleva el nombre de ninguna ciudad a orillas del río: se llama «Tránsito» y surgió en la calentura de la sesión. Lo cierto es que después de «Tránsito» el disco trata de volver a un registro que imita otros registros conocidos, Chopin, por ejemplo. El pequeño Chopin, así le decían despectivamente a Bill Turner en algunas referencias críticas que lo ninguneaban. Es una pura imitación, decían, no hay nada genuino en ese sonido. Pero si alguien escucha «Tránsito» en la totalidad del disco va a comprender que es ahí, en ese desborde desprolijo, donde suena algo macerado por la influencia: si se quiere, lo nuevo no puede comprenderse sin la influencia de Chopin. La voz imperfecta y casi monstruosa de Bill Turner torsiona la tradición que lo modeló. Es un alarido que rompe los límites del vecindario. Se expande así incontrolable. En el minuto 6:32 se lo oye decir *bird*. Y en el minuto 8:12 dice *little tránsito*. Son dos expresiones leves, ligeras, pero que actúan como verdaderas boyas que relumbran en la unidad de la trama. Puntos de referencia, decía mi padre. Lugares donde estar al menos un ratito y protegerse de la correntada.

Nunca antes había pensado en esa palabra hasta ahora. Cuando Eva dijo que no encontraba a Lobo desde hacía, por lo menos, tres días, desde antes de que se lo llevaran a Mamocho al hospital, salimos a buscarlo y salimos todos los que pudimos porque Eva estaba desconsolada, no podía concebir que su perro se perdiera. En medio de esa búsqueda pensé en la palabra «tránsito»; pensé con claridad que no solo es la única palabra en *Hudson* que no refiere a un lugar o a un pueblo concreto sino que además es la única en español. Bill Turner lo dice con claridad: *little tránsito*. Dángelo exploró la ribera. Toguita salió con la moto para la zona de la estación. Ipólito se fue hasta la Lancaster y rastreó por los alrededores. Yo caminé por las vías, por los pastizales. Pero nadie encontró nada. Hasta que empezamos a sospechar del

galponcito. Toguita dijo que desde la mañana sentía un olor extraño que venía del galponcito y a la tarde, después de darle muchas vueltas a la idea, y aprovechando que no estaban ni Mamocho ni Julia, que lo acompañaba en el hospital, Dángelo trajo una pinza especial y cortamos el candado. Toguita era el más consciente de lo que estaba haciendo. Porque sabía lo que significaba haber roto el candado. Estábamos traicionando una orden de Mamocho y eso a Toguita le daba cierta culpa. Pero no lo expresaba así. Lo manifestaba con un temor casi irracional a lo que pudiera haber adentro. Por eso es Dángelo el que decide entrar. Y lo hace con una linterna poderosa. Vuelve a alumbrar todo eso después de tantos años. Los demás nos quedamos en la puerta. Ipólito y Toguita por una cuestión de fidelidad al mandato de Mamocho. Yo por respeto a ellos: si hay algo que tengo claro es seguir la senda de Ipólito y Toguita. No por estrategia. A esta altura, después de casi dos meses viviendo con ellos, es una cuestión de afinidad. Un vaho espeso sale de adentro. Dángelo se hunde en la negrura. Silba, llama la atención del perro si es que el perro está escondido por ahí o muerto. Lobo, dice, vení mirá. Y chista con la boca, lo hace fuerte, suena como si fuera otro animal. Chista. De pronto la puerta de chapa se cierra con fuerza no por el viento, el viento nunca podría cerrar de ese modo esa puerta. Es un golpe que viene de adentro. La voz de Dángelo deja de oírse. Toguita tira el pucho que empezaba a fumarse y lo mira a Ipólito desencajado. Entre los dos intentan volver a abrirla pero no pueden. Una fuerza interna la mantiene bloqueada, como si tuviera una traba. Ipólito llama a Dángelo por una de las junturas de chapa. Cacho, dice, qué pasa. De adentro no se oye nada. Apenas se cuelan por algunos agujeros de las chapas filigranas de luz que vienen de la linterna. Cacho, ¿estás bien?, grita Toguita. Yo recuerdo haber visto una barreta colgada en la matera. La voy a buscar de inmediato mientras los otros tratan de levantar alguna de las chapas con la pinza y con las manos. En el camino pienso en Eva: por suerte se quedó con la mujer de Dángelo mientras nosotros buscábamos. Había sido difícil que aceptara quedarse porque quería venir con nosotros. La mujer de Dángelo le habló al oído y pudo convencerla. Así me habla cuando me desbordo, dijo por decir Dángelo, en otro momento, mientras cruzábamos unos pastizales. Nadie había entendido la frase, porque nadie le contestó. Aunque yo en el fondo entendí a qué se refería. Esa cualidad de su mujer de domar los desbordes, esa calma que encauza. Algo del espíritu de la ribera se le metió en el cuerpo a esa, dijo mirándome como si supiera que era yo el único que había entendido. No fue necesario usar la barreta contra las chapas. Cuando vuelvo, Toguita tiene levantada una parte importante de las chapas en la zona de la puerta y, por eso mismo, la sangre le cubre la mano derecha. Le sale con fuerza. Ipólito, con el pucho en la

boca, bajo el sol, no sabe muy bien qué hacer; no sabe muy bien qué carajo está pasando. Entonces empezamos a escuchar el piano. Son dedos que se apoyan en teclas desparejas. El sonido viene de adentro. Dángelo sigue sin hablar. Toca el piano apoyando los dedos en teclas desparejas. Ipólito se enoja, tira algo contra las chapas y se va. Toguita trata de espiar por el hueco abierto, un poco desesperado porque se da cuenta de que Dángelo nos está tomando el pelo, pero no puede ver nada. Oímos más bien el sonido del piano. Son dedos contra teclas desparejas. Los dedos de Dángelo. Es lo que suponemos. A esta altura hay cosas que el propio Dángelo se busca. Tiene reacciones incomprensibles. De mentiroso de mierda, dice Toguita. Tal vez sean una forma vieja de ofender algo, de estar en contra de algo. Una hilacha distorsionada de esa militancia que vino a resguardar por estas tierras cuando buscaba refugio, justamente, y Mamocho se lo dio. Pero, es cierto también, que ha devenido en una forma caprichosa, que perdió toda su potencia y solo reproduce el gesto de chocarse la cabeza contra una pared. Eso hace Dángelo cuando hace estas cosas. Buscábamos un perro y apareció un piano, la reputísima madre que me parió, dice Toguita, furioso, perdiéndose por esos senderos que lo llevan al río mientras el piano suena, sigue sonando, son dedos que se apoyan sobre teclas desparejas.

El piano es un Bösendorfer Strauss del año 58. Lo toqué durante todo un verano en la casita de Ostende, frente a la playa. Una y otra vez sonaba la *Kreisleriana* para dar el examen que pedía Anita Labaronie. Mi padre quería que ingresara a estudiar con Anita Labaronie. Después de dos intentos fallidos, después de mucha insistencia de mi padre, Anita aceptó la propuesta de darme clases, de formarme. Viajaba en el 44 desde mi casa en Belgrano hasta la casa de Anita Labaronie en la Paternal. Cuando me abría la puerta mostraba una mueca indescifrable, el pelo negro cayendo como un torrente, las piernas firmes y largas, los pechos enormes. Siempre me hizo sentir que tenía algo de pena por mí. Que ella sabía que yo no iba a llegar muy lejos con el piano porque yo no quería estar haciendo eso. Me lo había dicho en la cara en el primer examen que rendí para estudiar con ella, pero después lo sostenía con desidia a la hora de exigirme o de mejorar alguna versión. Y, en cierto punto, creo que esa postura fortaleció mi orgullo. Cada vez que lograba algo importante con el piano no pensaba en mi padre, pensaba en Anita Labaronie. Una manera de refutarle ese gesto caritativo que tenía conmigo. Yo, entonces, en la costa, antes de todo eso, preparaba la *Kreisleriana* en este piano, metódicamente, como pisando sobre piedras sueltas. No sabía lo que estaba construyendo en esa rigurosidad. Pero lo hacía. Cada noche antes de irme a dormir, a veces con el viento del este

trayendo el rumor del mar, me ponía a limpiar el piano y así dejar todo listo para el otro día, como un obrero hace con sus herramientas. Mi padre fumaba en el corredor de la casa, leía partituras de Chopin o balances financieros. Se bamboleaba de un mundo a otro en un instante. Una de esas noches, agobiado por el calor y por la monotonía de la playa, me puse a limpiar con un poco más de profundidad el piano, avanzando sobre zonas poco exploradas. Mi padre me dejaba hacer. Cuando levanté la tapa percibí un olor agrio que venía de las cuerdas. Luego pasé la mano por dentro y toqué la rugosidad, quise saber de qué se trataba. Me costó pero después de un par de intentos, raspaba, raspaba con la punta de los dedos, la insignia del Bösendorfer cedió. Tenía ese escudo negro en el centro, desplegado, magnífico. La guardé como mi mejor secreto. Fue una forma de aferrarme a algo, pero también una forma de desarmar lo que más me agobiaba.

La casa y las cosas en la casa se empiezan a desordenar con la ausencia de Julia. Eva levantándose a cualquier hora, faltando a la escuela; el pasto creciendo desordenado; la ausencia de Lobo; y el agua que se amontona sin mucha explicación; el agua arma lagunas en distintas zonas del campito; las napas crecen, se pegan en los cimientos de la casa, humedecen el piso. Para evitar eso hay que llamar a un camión que aspire, que seque. Toguita solo se encarga de sus cosas. Se prepara la comida, lava su ropa, arma y desarma la moto. Vive como si estuviera en una pieza de pensión. Sin Mamocho y sin Julia las tardecitas se alargan silenciosas. Y el alarido de las torcazas, espaciado, por primera vez desde que estoy acá me empieza a golpear. Por eso, cuando salgo de la carpintería, empiezo a ocuparme del lugar sin que nadie me lo indique. Sabiendo, en el fondo, que Julia cuando regrese me lo va a agradecer. Pero no es mucho lo que se pueda hacer, teniendo en cuenta que el camión de Torreta se va a demorar unos días en venir porque lo están reparando. Y no hay otro que pueda hacer ese laburo en la zona. Eso me lo dice Dángelo cuando le pido el contacto del camión. Y también me dice que lo estuvo pensando mucho y que me quiere decir algo importante. Lo miro con seriedad. Mejor juntémonos en el galponcito a las seis, propone. Después de lo que hizo al encerrarse y tocar el piano, la puerta del galponcito quedó desvencijada y ya no cierra como antes. Por eso es fácil abrirla. Es fácil meterse. Llego primero. Ese olor feo que sentía Toguita crece desde la tierra. El agua de las napas está cerca. Adentro no hay luz pero la tarde que se filtra entre las junturas de las chapas permite adivinar el relieve de las cosas. El piano, por ejemplo. Cruzado en el centro, ocupa casi todo el espacio. Parece un animal dormido. Lo rodean pilas de cajas de cartón montadas sobre un escritorio de madera, robusto, antiguo. Antes de que intente

hacer algo lo escucho llegar. Tres o cuatro días puede tardar, insiste Dángelo cuando entra. No saluda, nada. Solo dice lo del camión de Torreta. Que seguro le están buscando un repuesto que ya no se fabrica porque el camión de Torreta es un modelo viejo, un Ford que ya no se fabrica, en fin. Se pierde en detalles que me atraen y me expulsan a la vez. Así es Dángelo. Rodea y rodea el asunto con hojarasca. Hasta que después de un rato le apunta directo, va al grano. Quiero tocar, me dice, quiero que me enseñes, el Cuesta dice que vos sabés, con esas manos debés saber, además te llamás Ruiz como el del cartel.

El trabajo en la carpintería se empieza a enmarañar cuando los del sindicato se ponen duros con la fecha de entrega de los bancos y a la vez no largan la plata prometida. Ipólito empieza a murmurar bajito y a andar con el ánimo crispado. Sabía que en algún momento le iban a enredar la víbora, pero esta vez aflojó por Mamocho y aflojó, también, por necesidad. Una mañana, Dángelo le empieza a dar vueltas y vueltas al asunto de la historia de este lugar. Se pone a contar cómo son las cosas para que no me la vendan cambiada. Me dice que el Francés nunca mandó a los milicos a desalojarnos, los que nos cagaron a palos era gente que trabajaba para el propio Francés. Me podrás decir y cuál es la diferencia si en los dos casos nos hubieran cagado a palos igual. Eso a simple vista puede ser así: pero imaginate que entrara un batallón de Campo de Mayo en 1982. Ninguno de nosotros hubiera estado ahora acá lijando estos banquitos de morondanga. La historia muchas veces se cuenta con olvidos y por esos huecos entra el barro del río, me comprendés, Ruiz, decía Dángelo buscando cierta complicidad. Pero esa insistencia no hizo otra cosa más que levantar, de manera retardada, la furia de Ipólito. Después de un largo rato de escuchar sin parar a Dángelo, Ipólito empieza a los gritos. Dice que ni bien los del sindicato le paguen él va a pagarnos a todos, que sabe que está atrasado porque los del sindicato no le pagan. Que no venga a torcer las cosas y a mezclar todo porque si no lo va mandar bien a la mierda. Que ya está perdiendo la paciencia y eso que tuvo mucha paciencia. Pero si vas a mezclar las cosas y a ensuciar la memoria de Hilda, eso no te lo voy a permitir. Con la memoria de Hilda, carajo, no te vas a meter y todo para cobrar unos pesos roñosos. Evito que se vayan a las manos. Una fuerza vieja, lejana, los dispone para un enfren-
tamiento que se ha ido postergando evidentemente desde el día en que se conocieron. Los dos están rompiendo algo y saben que después las cosas no serán de la misma manera. Me llevo a Dángelo a los empujones mientras no dejan de decirse palabras cargadas de rencor.

Le digo que ponga las manos sobre las teclas pero que no toque, aún, nada. Le digo que cierre los ojos y aguante la postura, los dedos estirados, dispuestos a desplegar las notas. Pero que se quede así, como si estuviera congelado, atrapado en una imagen. Le digo que, mientras permanezca así en esa suspensión, me cuente la historia de ese Francés y de cómo fue que desalojaron el campito. Le pido que me explique quién era esa tal Hilda que recordó Ipólito. Si me cuenta eso, le voy a enseñar a tocar algunas notas. Le digo una última cosa: que no se atreva a mentirme porque si no lo voy a dejar encerrado en este galponcito y se va a ir muriendo de a poco sin agua, sin luz, sin comida, como un perro desnutrido. A Dángelo le da risa la ocurrencia y dice que hará todo lo posible para que no se le escape ninguna mentirita. Saca un cuaderno enrollado del bolsillo con una tierna torpeza. Dice que se compró uno nuevo para anotar las cosas que le vaya enseñando. Que su problema es que se dispersa rápido y las cosas pierden sentido, por eso le atrae la mentira, es la forma más fácil de llenar el vacío. Cuando llegamos a este lugar estaba comprometido de verdad con la lucha armada, dice. Estaba convencido de que matar al enemigo era la única forma de liberar este país. Creo que es lo único que me sigue apasionando. Sigo pensando lo mismo. Que nos quebraron para humillarnos más profundamente. La noche que escapamos de una redada policial para venirnos a este lugar, escribí un poema. Estábamos escondidos en una estación de servicio en la avenida Beiró, hacía un frío polar, la Tere estaba asustadísima y con ganas de correr: ese futuro de dentista se desvanecía para siempre. La contuve y le dije que esperáramos. Escribí un poema que hablaba de pájaros libres y de balas. Mamocho nos cobijó con una humildad que desconocíamos. Empezamos a trabajar la tierra, una pequeña huerta, ahí, cerca del montecito de eucaliptos. Cuando el Francés descubrió que Mamocho guardaba compañeros (esto era una especie de exilio interno), empezó a presionar para echarnos. Pero se ve que tenía miedo. No podía hacerlo como si nosotros fuéramos bebés de pecho. Tenía miedo de que estuviéramos armados y se armara, justamente, la podrida. Lo empezó a presionar a Mamocho. Pero la que levantó la cabeza para defendernos fue Hilda, su mujer. Mamocho había entrado en una zona de indecisión. Cuando el Francés rodeó el predio con un grupo de matones, Hilda fue clara: Con esta gente no se negocia nada porque nos van a cagar, dijo. Me lo acuerdo patente a ese momento: a orillas del río, todos sentados en el pasto en un semicírculo, una tarde de sol intenso, y esa mujer nos arengó con tanta claridad que no dejó ninguna duda de lo que teníamos que hacer. Hay todo un mito con Mamocho. Yo no ensucio ninguna memoria, cuento lo que viví. Por eso digo que a Hilda se la tiene en un lugar de víctima. Hilda sabía lo que estaba haciendo. Había decidido poner el cuerpo para defender este lugar. Queríamos hacer acá una

comunidad. Eso era. Pero el Francés nos largó a los matones una madrugada que llovía torrencialmente. Ipólito no sabe nada porque esa noche salió rajando. Yo estuve al lado de Hilda. Armamos dos zonas de defensa: la idea era arrinconarlos contra el río y las vías, que no pudieran maniobrar. Hilda lo pensó y Mamocho lo ejecutó, es decir, consiguió los fierros. Pero a media mañana, cuando la cosa estaba más o menos controlada, se filtró un ataque que hirió a Hilda. Nadie se dio cuenta igual. Ella no quería que perdiéramos la atención y siguiéramos controlando que los matones del Francés atacaran. Cuando Hilda se desplomó cerca de la matera, éramos dos o tres los que estábamos ahí cerca. La llevamos, como pudimos, al hospital. Tenía una bala en un pulmón. No había forma de sacársela. Se murió al otro día, temprano, entendiendo que al campito lo habíamos aguantado entre todos.

Un alargue. Eso pusimos para que el galpón tuviera un poco de luz. Y así aprovechamos el comienzo de la noche tocando en el Bösendorfer. Porque durante varios días, bajo el olor de los jazmines que llegaban de algún lado y nos hacía olvidar, por un rato, de la intensidad de las napas, Dángelo tocaba mecánicamente las notas que le enseñé. Se trata de «La aurorita», una composición anónima, rural, que se oía a fines del siglo XIX, después de la guerra con el Paraguay, seguramente compuesta en algún frente de batalla y que se fue dispersando, poco a poco, de boca en boca, deformándose, hasta llegar a la versión que me enseñó Anita Labaronie. Cuando algo no fluía, cuando me veía nervioso, me pedía que tocara «La aurorita», es la mejor forma de destrabar la cabeza y las manos, decía. A esas nochecitas se fue sumando Eva, que entró primero con timidez y no tardó en empezar a explorar el galpón, la cantidad de cajas con papeles, las carpetas numeradas. Por eso, ahora, de tanto rebuscar, descubre algo. Mire, dice. Dángelo toca, Eva me lo estira sin interesarle y sigue revolviendo papeles. Hacía años que no lo veía: la tapa con los faros del auto apuntando en medio de la ruta, la indescifrable cara del conductor, ese rostro misterioso que siempre tuvo Bill Turner. Se escondía porque era feo y no quería que su fealdad distorsionara la escucha de su música. Eso decía mi padre. Eso lo decía porque lo había leído en *La vida silenciosa,* la biografía escrita por John Banthe, la que perdió en un vuelo. Yo repetía eso que decía mi padre, lo repetía como una letra aprendida de memoria. A veces la repetición provoca, con el tiempo, un efecto de quiebre, semejante a como el sol resquebraja el barro endurecido. Con *Hudson* en mis manos reconozco, por primera vez, esas grietas: que estoy diciendo algo que no me pertenece. Dángelo toca y toca siempre lo mismo, el inicio de «La aurorita». Y mientras toca, Eva sigue rebuscando papeles y quiere saber cómo es que «La aurorita» se inventó en una guerra. Yo le digo que las

guerras no solo muestran la peor cara de la humanidad, también permiten crear cosas que antes no existían o no eran posibles. Eva dice que no puede verle nada positivo a una guerra, que vio un documental con Toguita y solo tuvo ganas de llorar durante varios días. No hay nada positivo en una guerra, insiste. Tenés razón, piba, larga Dángelo, pero a veces hay que usar la fuerza contra el enemigo. Dángelo deja de tocar y los pájaros de la noche se oyen clarito y, más al fondo, la bocina del tren que va o viene de Once. Eva se aleja del contrapunto, aburrida del tema o de Dángelo, para hundirse más entre los papeles del galpón. Dángelo mira la hora y anticipa que en un rato va a pegar la vuelta para su casa, que la Tere debe estar preocupada. Le digo que no hay problema, el vino se terminó y no queda nada para picar. Cuando empezamos a acomodar las cosas para irnos, Eva dice que hay algo raro. No sé si es una computadora vieja o una radio, advierte. Nos acercamos con la linterna de Dángelo. Así, en la noche, se lo ve más achacado por los años. ¿Qué es?, dice Eva. Dángelo me pide el vinilo. Lo saco con mucho cuidado, el temor a rallarlo siempre ronda. Está envuelto con una gamuza bordó, muy fina. Es un Wincofon, dice Dángelo mientras trata de enchufarlo en el alargue. Tiene más años que la injusticia. Escuchá, querida, escuchá. Primero se oye ese ruido a fritura que funciona de antesala. Ese ruido no puede perdurar mucho. Sabemos que anticipa algo. Tal vez Eva sienta otra cosa, que ese ruido se parece al sonido de la lluvia. Entonces entran los primeros movimientos de «Ticonderoga» y se me estremece el cuerpo: los dedos de Bill Turner se deslizan lentos en la madrugada del 3 de febrero de 1962 en Chicago. Afuera cae la nieve con intensidad. En el sótano del Blumm se oye este movimiento que va encadenándose de a poco, como dos corrientes de agua que se unen, eso es «Ticonderoga», la primera composición del disco. Dos corrientes de agua que se unen. Una ejecución suave y tradicional que intenta replicar un plan. No hay riesgo, hay, más bien, un tanteo, una insistencia en no cometer ningún error. Dángelo aplaude cuando termina. Eva está sentada en la tierra, porque el galpón tiene piso de tierra, y escucha fascinada. Después viene «Queensbury». El comienzo rompe con la serenidad del tema anterior, se lanza a una complejidad mayor, tiene un ritmo pegajoso que le entra fácil a Dángelo, lo pone en estado de baile. Pero yo no tardo en detectar fallas importantes que, es verdad, pueden adjudicarse a la decisión de Bill Turner de grabar en vivo y no corregir nada, pero la importancia del concepto de belleza que tanto perseguía, según la insistencia de mi padre, comienza a interrogarme. «Troy» es el siguiente y funciona como un organismo cerrado y perfecto. Un aire ferroviario que no deja huella alguna: es más fuerte el nombre, «Troy», que el efecto del sonido. Después se recorta, como detrás de la niebla, «Tránsito». Mi padre decía

que es la zona más compleja y experimental del disco. El comienzo se dilata en un rodeo que pareciera no empalmar con lo anterior o, mejor, pareciera que el pianista está un poco perdido en la niebla porque la demora deja de tener sentido. Dángelo, luego de un bostezo, dice que se va a la casa. Eva, en cambio, está muy impresionada con la máquina que descubrió, con ese disco que gira y gira largando sonidos. Quiere escucharlo entero. Nunca escuché un disco entero, dice. «Tránsito» crece poco a poco. En la obertura se oye, de pronto, una calandria. Eva lo señala sorprendida: como el Cuesta, dice. «Tránsito» se vuelve un remolino confuso, cargado de notas, hay un intento de rodear algo, un grito que no madura hasta que, finalmente, se expresa en la voz de Turner: *bird,* dice. Y luego: *little tránsito.* Es una voz rasposa que altera la melodía. Quedan tres composiciones más: «Hudson/Catskill» es un cruce de géneros breve y eficaz; «Poughkeepsie», la pieza que mi padre oyó en el taxi cuando llegó a Nueva York y que lo hizo buscar el vinilo por todas las tiendas; y, finalmente, «Eishkill», una reversión con ciertos desvíos del *Nocturno* de Chopin. Es en ese final donde encuentro la marca de Chopin. No la encuentro en ningún otro momento del disco. Por eso no termino de entender la sombra que lo perseguía, la marca que lo señalaba despectivamente como el pequeño Chopin. Trato de recordar la última vez que escuché el disco y las imágenes se me confunden. Pueden haber pasado más de veinte años. Lo que mantuvo el recuerdo intacto fue la insistencia de mi padre; la manera en que resaltaba los detalles, los momentos precisos dentro de una composición. Pero a pesar de eso, escuchar *Hudson* ahora es como escucharlo por primera vez. Lo escucho como un pianista que se ha retirado. Por eso no deja de llamarme la atención la cantidad de problemas y de contradicciones que habitan en la trama. Demasiados problemas como para que alguien piense en convertir este disco en un disco mítico.

Llueve. Y una bruma se desprende del río. Se expande de a poco a ras del suelo y seguro llegará más allá del puente Falbo, recién, cuando caiga la tarde. Si pasa eso, dice Ipólito, la lluvia va a durar varios días. Pero no será un temporal, sino más bien una de esas lloviznas que molestan y humedecen las cosas. La peor para la madera. Estamos en el tramo final del trabajo encargado para la Lancaster y por eso Ipólito se preocupa, porque la humedad es traicionera. Tuerce, moja, estira los tiempos. Si algo bueno tiene este clima es que se oye la lluvia contra las chapas y la carpintería se vuelve un refugio. Da gusto trabajar sabiendo que afuera la intemperie es ruda. Pero eso es algo que tal vez solo me interese a mí: porque en el fondo sé, aunque me engañe, que en cualquier momento puedo irme de acá. Nunca antes había trabajado con otros. Lo único que supe hacer fue tocar como solista. Me llené de vicios, de caprichos, de obsesiones. De hotel en hotel, de avión en avión. Solo frente al piano ante una boca de lobo siempre abierta, siempre acechando, siempre pendiente del siguiente destino. Acá las cosas son diferentes. Cada uno hace su parte como si trabajara solo, pero sabemos que somos un engranaje que se montará a la hora señalada y bajo las órdenes de Ipólito. La radio de fondo, el mate pasando de mano en mano, los pájaros removiendo las ramas que caen suavemente contra el río. Sin Dángelo, que no volvió a entrar a la carpintería desde aquel episodio sobre Hilda, Ipólito me pide que vaya a buscar a Toguita. Ya hace rato que tendría que estar acá, no sé por qué mierda se demora. Me hundo en esa neblina. Camino entre los árboles del monte. Voy por el sendero pisando restos de aserrín y de barro. Siento que avanzo por un bosque medieval (no sé, la bruma, la llovizna, el paisaje impreciso). Esa extrañeza me trae el recuerdo de Hilda. Piso el sendero de finales de noviembre y no puedo dejar de pensar en los matones que mi padre desplegó en la zona para desalojar a Mamocho. ¿Qué hacía mi padre cuando esos hombres disparaban contra El Refugio? ¿Me obligaba a tocar el piano con la férrea disciplina que no supo tener él para atreverse a tocar o para enfrentar a esos ocupantes? Siempre me hice el distraído con las cosas secretas de mi padre. Siempre fue así. Mejor no indagar tanto. Mejor no preguntar. Mi madre me enseñó eso: menos averigua Dios y perdona. ¿Mi madre sabrá esto? Una banda de matones reprimiendo a un grupo de trabajadores. ¿Qué habrá hecho mi padre esa noche cuando regresó a casa con la noticia de que habían matado a una mujer? Al salir del monte, el sendero se presenta más barroso y la llovizna me pega en la cara. Es intensa. Ya se ve parte de la casa. El verde de los pinos se muestra brilloso por el agua. Entonces lo descubro, quieto, mojado literalmente como un perro, mirando en la puerta del galponcito. No sé por qué pienso que le han cortado el pelo. Lobo, grito. Pero el perro no se mueve, no corre a buscarme, más bien prepara la

trompa para empezar a gruñir. Me desconoce así como estoy con la capucha verde que me pasó Ipólito. La puerta del galponcito está abierta. Me acerco despacio. Mis zapatos ajados en los bordes se llenan de agua: el agua me empieza a mojar los pies. Estoy en medio de esa pequeña invasión, cuando alguien sale velozmente del galponcito. El perro me ladra y corre detrás de Cuesta. Los empiezo a seguir porque reconozco que lo que se está llevando Cuesta es el tocadiscos y, seguro, si se lleva el tocadiscos se está llevando el vinilo de Turner. Le grito que se detenga. Me empieza a crecer una rabia desconocida; mientras corro me crece, así con la capucha, disfrazado, un deseo furioso de golpear al Cuesta. Ese deseo se alimenta al verle otra vez la camperita deportiva, con las tiras azules en las mangas, que me regalaron después de un recital en Zúrich. Esos detalles menores, esa rabia anclada en los detalles menores me hace sentir un pelotudo que corre detrás de un privilegio arrebatado. Fui yo el que se desprendió de ese privilegio, el que lo trató de abandonar en el auto de Polo, el que quiso camuflarse en esta vegetación. Corro al Cuesta conviviendo con una rabia que, aunque sea distinta en sus matices, en el fondo se parece a la rabia que movió a mi padre para desalojar a Mamocho. Pienso eso y me detengo en seco. Más adelante Cuesta llega a tomar los senderos del monte, veo cómo se resbala y cae pero logra incorporarse rápidamente y sigue corriendo abrazando el tocadiscos como puede, para no perderlo, para no volver a perder nada.

La lluvia dura dos o tres días seguidos. Una mancha de humedad se dibuja en una de las medianeras de la casa. Es enorme, brota de un día para el otro. Tiene forma de serpiente. Hasta que no entre el camión de Torreta las napas van a ir avanzando. Por eso suspendo los encuentros con Dángelo y con Eva en el galponcito. El agua forma un colchón que humedece las patas del piano. Se dice en la carpintería que las cosas con Mamocho no están bien: lo operaron dos veces de la cadera pero no reacciona. No puede caminar y en el hospital tampoco pueden tenerlo mucho tiempo. Lo han aguantado todo lo que se pudo teniendo a Julia, prácticamente, como enfermera las veinticuatro horas. Nadie sabe qué pasa con el trabajo de Julia. Si lo perdió o la están esperando. Sería realmente una picardía que no le cuidaran el puesto, dice Ipólito. Desde hace unos días corre el rumor de que a Mamocho lo trasladan al Santa María. Y si pasa eso, Julia no va a poder cuidarlo más. Porque el Santa María es un internado muy estricto, un geriátrico que está a las afueras de Moreno. Es una cárcel, dice Ipólito. Antes de caer ahí me pego un cuetazo. Toguita anda esquivo desde hace unos días, llega tarde y habla lo indispensable. No le creo cuando dice que está raro por lo de Mamocho. Hay algo que no cuenta. La mañana que empieza a despejar,

la moto de Toguita entra temprano con Julia bien agarrada atrás. El sol pega de lleno en el cromado y en los espejitos. Parecen actores de una película italiana. Yo estoy tratando de reparar la galería: hay tablas que cuelgan desde la última tormenta. Eva sale de algún rincón cuando escucha la moto, siempre aparece desde algún escondite, corre junto a Lobo, se mojan los pies pero no les importa porque ha vuelto Julia: se abrazan apretándose un buen rato. Si Julia volvió quiere decir que Mamocho fue trasladado al Santa María. Entonces la alegría no es completa. Se le nota en la cara a Julia. Se le nota a Toguita. Me saludan apenas de lejos cuando entran a la casa.

Desde entonces Julia sale bien temprano. No es para ir al trabajo, le han dado una licencia médica. Hace una serie de rodeos por la zona. Camina junto a las vías hasta perderse entre los pastizales. A la tardecita lo hace bordeando el río, hasta el puente peatonal. Busca el retiro, la soledad. Cuida las palabras. Y ha dejado de estar tan atenta a la disciplina que les exigía a los demás. Está demacrada, como si la enferma fuera ella y no Mamocho. En las noches se sienta en la galería y contempla las luces del puente Falbo. A veces la acompaño en silencio hasta que el movimiento de algún pájaro en el follaje nos sobresalta. Debe ser una torcacita, dice con una voz infantil. Le gustan los pájaros y el olor del vino. Dice que algún día se va a atrever y me muestra un dibujo que Eva le hizo en el brazo. Es un pájaro borroneado que intenta volar. Me lo hizo con un marcador antes de la caída de Mamocho y traté de aguantarlo todo este tiempo: es un cucuí. Nunca escuché hablar de ese pájaro, le digo. Julia me mira, despojada, los ojos verdes más grandes que nunca en esa cara flaca. El cucuí es del norte, en mi pueblo oíamos al cucuí siempre antes de una tormenta. Tiene las plumas tornasoladas y un canto muy gracioso que ni siquiera el Cuesta puede sacar. Un día me voy a animar a hacerme uno de verdad. Es lindo llevar encima al cucuí, dice. Una noche ventosa que Julia me habla entusiasmada de las golondrinas, después de haberla sorprendido con un buen vino y unas masas finas de Las Delicias que compré con un pobre adelanto que largó Ipólito, vemos aparecer a Toguita en la oscuridad, arrastrando la Gilera. Julia lo llama, dice una palabra que no termino de entender. Es un modo íntimo de nombrarlo. Toguita deja caer la moto entre los charcos y busca a su hermana. Julia lo abraza con una suavidad protectora. Percibe que su hermano está en el fondo de algo, no termina de entender pero lo intuye, es una tristeza peligrosa. Y Toguita se entrega, sin pudor, a esa forma de amor. Atrás de todo, el cartel junto al puente Falbo con la cara del otro Ruiz es una mancha luminosa expandida. Un punto estallado en la oscuridad.

Esa noche vuelve a llover. Llevamos la moto hasta la matera. Julia dice que mejor nos deja solos, que es tarde y se va a dormir, se lleva las pocas masas finas que quedaron. En la matera, Toguita se camufla con la moto, hace que repara alguna pieza, saca y pone, se impacienta hasta llegar al enojo porque no puede con algún cable. De un impulso, empuja la moto. La Gilera cae sobre unas herramientas, se le rompe el espejito izquierdo. Toguita se para y tira una pinza contra la pared. Retumba en la noche. El golpe retumba seco. Ey, le digo, aflojá, bajá un cambio, loco. Entonces me mira y desembucha: dice que no vale nada, que no tiene ningún valor, es plata vieja, de otra época. Puro papel pintado, entendés, no sé si fuiste vos o esos negros de mierda. Pero esa guita es puro papel pintado. Nos dejaron una fantasía ahí. Nos trajiste una fantasía, eso fue, hijo de mil puta, quién carajo sos vos, vos seguro sos cana. Y se me viene encima, me quiere pegar. Yo trato de calmarlo pero me tira una trompada que me afloja la mandíbula: nunca había sentido un golpe así, eléctrico, definitivo. Después de la piña se calma pero yo empiezo a sentir la boca rota, la sangre, el labio hinchado. Veinte mil dólares, eran veinte mil, entendés, la puta madre. Esa plata es papel pintado. Escupo sangre, sangre espesa. Paso la noche en la piecita. Doy vueltas y vueltas pero no logro dormir. Me digo que puedo irme cuando quiera. Siento cómo se me hincha la cara. El labio y la encía. El sabor metálico de la sangre. Escupo sangre. Salgo y empiezo a caminar por el sendero que lleva al río. El cielo sigue cerrado por eso apenas restallan algunas luces de las antenas de la Lancaster o del puente Falbo con la cara del otro Ruiz desfigurado, en este caso, por el sol. El sendero está embarrado. Hundo mis zapatos en el barro. Siento, otra vez, el agua filtrándose por el cuero roto. Se me mojan los pies. Escupo sangre. Y se me mojan los pies. El viento sacude las ramas y un chicotazo de lluvia se me desparrama en el lomo. Cruzo el Camino de la Ribera. Las luces amarillas rebotan en el asfalto mojado. Bordeo el puestito de Dángelo. Hay un cartel que dice: Lombriz, carnada, alpiste. Desciendo la pequeña barranca que me acerca a la orilla. Desciendo con esa secuencia en la cabeza: Lombriz, carnada, alpiste. Como si hubiera un mensaje cifrado. Como si algo ahí me estuviera hablando. Resbalo al bajar. Caigo contra el barro. El botecito de Dángelo tiene media trompa sobre la orilla y el resto en el río. Está amarrado a un fierro de la calesita, tiene escrito con pincel un nombre estirado: *Destino.* Me llevo a la boca la petaca de ginebra que me compré con el adelanto de Ipólito y, poco a poco, una calma placentera me empieza a crecer al ver, de frente, el lomo luminoso de Buenos Aires restallando sobre la negrura del cielo; oculto entre la maleza, bajo una llovizna leve, permanente, recuerdo el encuentro con Anne en Ostende, *Öostende,* así se dice. Pero escupo sangre. Y toco el barro y siento el agua del río mojándome los pies.

Apuro la petaca y esa imagen retorna con insistencia: Anne sacándose el pulóver de lana grueso en la cervecería de Öostende; los cachetes colorados, los dientes pequeños. No sé por qué me dejo llevar por ese impulso y desprendo la amarra de la estanca y empujo, suavemente, el *Destino* con el pie. Lo dejo ir. El botecito de Dángelo se mueve, cruzado, en la noche.

Julia no es la misma desde que volvió. Está más tranquila, más conectada con su espiritualidad. Pero es una calma que nos produce cierta extrañeza: por momentos parece andar distraída en sus caminatas hablando sola, o cuando recoge yuyos que después deja secar para hervir y preparar alguna infusión natural. Lleva un brillo en la mirada que la pone en otro lugar. Eso es. Dángelo dice que parece empastillada. Igual, desde su regreso no ha perdido tiempo para ordenar el campito. O lo que se puede ordenar, en estas condiciones, del campito. El agua brotando por zonas, el pasto que no deja de crecer, los chanchos hundidos en una especie de pantano, y la casa con sus grietas y sus pequeños derrumbes. Julia sabe, por la Tere, que andamos cerca con Dángelo, que le anduve enseñando a tocar el piano hasta que el agua brotó adentro del galpón. La matera tiene piso de cemento, por eso está a salvo. Pero el galpón se hunde, poco a poco. Y mientras esperamos el camión de Torreta, Julia nos convoca a los dos. Con Dángelo comenzamos a sacar las cosas del galpón antes de que termine de hundirse. Es decir, comenzamos a sacar los restos de mi padre. Las cajas, casi desfondadas por el agua, las apilamos en la matera. Ninguno tiene claro cómo va a tomar esta invasión Toguita, que desde hace dos o tres días no se lo ve ni siquiera en el trabajo. Dángelo huele a tabaco negro y siempre me pasa cuando lo siento cerca: me trae el recuerdo de fotos viejas. Todos los chanchullos del Francés deben estar acá, en estos papeles, dice. Eva como siempre después de la escuela les da de comer a los chanchos. Y nos ronda con las botas de goma negras que usaba Mamocho. Camina como una astronauta. Le digo eso un día y le causa risa. Se pone a jugar en el barro con Lobo a que es una astronauta. Y el perro entiende el chiste y salta hasta que la voltea y se revuelcan en una lucha. Antes Julia se hubiera molestado, pero cuando la ve sonríe y camina hasta la casa con una canasta llena de manzanilla. Es otra persona, dice Dángelo, otra persona. Lo más difícil no es sacar el piano, aunque el movimiento sea complejo y vamos a necesitar de ayuda, sino saber qué va a ocurrir después con ese Bösendorfer desafinado y carcomido como un animal viejo. Una vez que pasamos en carretilla las veintiséis cajas a la matera, Dángelo propone montar una tarima de madera debajo del paraíso y poner ahí el piano mientras se repara el galpón. Preparamos la tarima en la carpintería: un bloque de restos de tirantes que, empatillados, nos van a permitir darle una base sólida al piano. Ipólito mira con desconfianza cómo merodeamos la pila de restos de madera; mira con recelo la aparición de Dángelo que vuelve como si nada hubiera pasado. El vínculo entre ellos siempre ha sido así, semejante al ritmo de una marea. Con algún tornillo en la mano, desde un rincón, Ipólito pregunta por Toguita, si alguien sabe cómo llegó. Cómo llegó adónde, respondemos casi a coro con Dángelo. Ipólito nos

mira de costado, los anteojos que usa para los detalles apoyados en la punta de la nariz. Cómo a dónde, dice, a Concordia a ver a esa muchacha. ¿Vos sabés algo?, me pregunta Dángelo que se adueña rápidamente del lugar, otra vez, nuevamente. Nada, digo. La fue a buscar a la piba, se conocieron por el teléfono y la fue a buscar, eso me dijo, dice Ipólito, justo ahora que más lo necesito. La pila de tablones que hay que ensamblar para que se conviertan en bancos trepa en la pared del fondo. Nada, hermano, no sabemos nada, dice Dángelo afianzado en la tarea que tiene por delante. La armamos rápido, antes de que caiga la tarde. Cruzamos el montecito llevando la tarima con las manos, Dángelo de atrás, yo avanzando y dándole la espalda. El caminito está lleno de barro, veo huellas desparejas, charcos, hay un olor a humedad profundo. Dejamos la tarima bajo el paraíso y, después de amarrar el piano en el galpón, de rodearlo con unas sogas que se consiguió Dángelo, intentamos moverlo pero es imposible, pesa demasiado. Dejalo, cuando venga Torreta lo hacemos, dice Dángelo tocando, de parado, los primeros acordes de «La aurorita». Nos empieza a merodear Eva, con las botas de goma, grandes, embarradas. Tiene la cara seria en la oscuridad del galpón. ¿Y si Toguita se fue para siempre? ¿Y si se fue y no vuelve más? Pero qué decís, pichona, por qué va a hacer esa tontería, le contesta Dángelo. Después de escuchar la angustia de Eva, empiezo a darle lugar a una fantasía. Y me siento estafado, ridículamente estafado por la idea que se me ocurre: ¿y si Popeye pagó, me digo, y si esa plata africana no era papel pintado?

La única forma de mover el piano es quitándole peso. Aliviarlo. Sacarle de encima lo que no necesita. Me despierto en la madrugada pensando en eso. Pero no es esa idea la que me despierta. Voy reconociendo el malestar de a poco. La muela me aprieta la encía: me la hace latir como una bomba que ruge hundida en el suelo. Esa vibración. Entonces la idea viene a enmascarar el dolor. Salgo de la piecita y camino bajo una noche estrellada. En la casa hay una luz prendida. Y la zona de los chanchos está en silencio. Entro al galpón apuntando con la linterna. El piano, un poco torcido, espera. Sacar lo que no se necesita. Quitar lo superfluo. Buscar lo simple. ¿Pero cuál es el borde que separa la simpleza de la precariedad? El piano sigue amordazado por la cuerda que consiguió Dángelo para moverlo. Lo rodeo con la linterna, alumbro debajo de la tapa y es ahí cuando veo la caja del vinilo. Me da lástima imaginar el destino de ese disco. Lo habrán quebrado contra las vías o debe estar colgado en algún ranchería como un objeto de culto. Lo agarro para alumbrar el faro del auto con mi linterna, hacer algo así como un juego de luces en la noche, y, al tocarlo, descubro la consistencia, el peso del disco adentro de la caja. Cuesta se llevó

solamente el tocadiscos. La gamuza envuelve la negrura perfecta, los surcos sin ninguna rayadura, sin ningún desvío. Inclino la petaca con la ilusión de calmar el dolor. Y también para recuperar voluntad frente a ese piano. Colgada de un gancho reconozco la barreta que usé para abrir las chapas, en ese gancho dejo la linterna para que largue un poco de luz, así me orienta. Desgrasar. Pulir. Empuño la barreta y apunto contra la pata delantera. El primer golpe es débil, respetuoso. Ni siquiera encuentra resistencia. Me voy calentando con la imposibilidad. A veces sucede eso. Recién en el cuarto golpe estoy enceguecido pegando contra la pata izquierda. Se quiebra pero no cae. Me gusta la idea de dejarlo herido. Voy despuntando un método: la otra pata, la derecha, se rasga en el segundo golpe: sé dónde pegar y además la madera está más afectada por el encierro y el agua. Tambalea. Le empiezo a hablar. En la madrugada, con la barreta en la mano, le empiezo a decir cosas: como si fuera un cuerpo al que hay que humillar. Le digo cosas. Y pienso en Anita Labaronie sentada una tarde en este mismo piano. Una tarde que apareció, casualmente, en la casa de la playa en Ostende. Andaba por ahí, dijo, con su marido y recordó que estábamos acá entrenando. La mujer que me iba a evaluar se sentó en el piano, en este piano, mirando el mar, con un vestido suelto y las piernas bronceadas. Mi padre la miró sin decirle nada. ¿Viste un chancho?, le dijo ella, ¿te asustaste? Y después se fue riendo a carcajadas, se fue misteriosamente como vino. Cómo sabía, me decía yo. Cómo sabía que estábamos ahí tocando una y otra vez para que ella misma me aceptara en sus clases. Mi padre se hacía el sorprendido, levantaba los hombros y arrugaba los labios. En este piano, pienso, fue en este piano. Empuño otra vez y golpeo ahora la pata trasera, la única en donde reposa todo el piano. Sé que si cae una caerán todas. Pero el golpe rebota. La pata sigue entera. Pruebo dos veces y nada. Busco decidido el soporte delantero de los pedales. Con el primer golpe se astilla. Pienso en una nuez podrida. Cuando el soporte se disgrega en el aire, pienso en esa misma sensación que produce romper una nuez podrida. Me quedo en suspenso esperando el derrumbe. Pero no cae. Más bien está herido, las dos patas de adelante quebradas y todo el peso resistiendo en la pata trasera donde descansa la cola del Bösendorfer. La única forma de mover el piano es quitándole peso. Salgo del galpón. La noche se abisma contra el puente Falbo. Miro mis manos: son un mapa desconocido. Siento que llevo un territorio extraño en la piel: ampollas, pequeñas heridas, mugre en las uñas largas. Apuro la petaca y veo, más allá, cómo la cara del otro Ruiz sonríe en el cartel. La luz de la casa, adentro, sigue encendida. En medio de esas sombras descubro la figura de Julia que fuma apoyada apenas contra el marco de la puerta de la galería; por un instante, sincronizadamente, nos miramos y entonces imagino que somos un

fantasma reflejado; un fantasma duplicado en la noche.

El camión de Torreta entra una mañana, bien temprano, de culata, sin tener en cuenta el estado del suelo. Entra con prepotencia, de bruto nomás. Pero nadie le dice nada porque se lo respeta. Además, ver entrar al camioncito rojo, así, patinando entre los charcos, despierta algo de alivio. Torreta es gordo, petisón, el pantalón sucio siempre cayéndose; no hace falta que se agache para que se le vea parte de la raya. No le importan los detalles. Le importa intervenir en lo urgente. Y la urgencia es desagotar el desborde de las napas que está convirtiendo al lugar en un gigante criadero de mosquitos y que impide que podamos cortar el pasto. Torreta no espera instrucciones. Ni bien baja del camión despliega, con un muchacho que lo asiste y le copia el ímpetu, mangueras que desparraman en distintos rincones. Se ve que conocen muy bien el predio, que han hecho esto muchas veces. Lobo los va a buscar y Torreta deja, por un momento, la urgencia y se concentra en acariciar al perro; Lobo se tira al suelo, recibe lo que esperaba; Torreta larga un cariño desmesurado, le habla en una lengua finita, infantil, hasta le da un beso en la trompa; después levanta por primera vez la vista, apunta hacia la casa y, haciéndose visera en la frente, sacude la otra mano; sabe que Julia lo custodia desde la galería. Torreta viene siempre que lo llame Julia. A Dángelo nunca se lo tomó en serio y mucho menos a Toguita. Ahora estiran las mangueras en cuatro puntos distantes y las hunden en unas cámaras que, por el pasto, no se ven. Una vez que sucede eso, el motor del camioncito rojo empieza a resonar de manera continua, va a estar así durante varias horas. El muchacho que le copia el ímpetu a Torreta se queda custodiando que todo funcione bien. Y Torreta se aproxima, desordenado, a la galería para dar inicio al banquete. Julia compró un salame picante y unas galletas de campo que a Torreta lo vuelven loco. Torreta, a su vez, saca de algún bolsillo un queso de cabra sudado que dice le han regalado por ahí cerca. Antes de que suba a la galería se le siente el olor que trae impregnado en la ropa: un sudor viejo y seco, profundo. También confirmo que ese tono finito con el que le hablaba al perro es su tono verdadero. Cuando se sienta, la silla de madera rechina, pregunta cómo sigue el capitán, así lo nombra a Mamocho, sabe que está en el Santa María porque una cuñada de él trabaja ahí. Ahí está, le contesta Julia. Mastica sin dejar de hablar o de rumiar. Porque cuando no habla produce sonidos que se instalan en una zona cercana al rugido leve. Mastica, además, sin dejar de tener una sonrisa obligada. Creo que es su manera de mantener cierto respeto ante Julia. O ante mi presencia. Porque eso sí, no me mira, ni me dirige la palabra: es como si no estuviera aunque todos sus movimientos estén modelados por esa cercanía. Una paradoja que podría funcionar del mismo modo con mi padre. Todo lo que hacía era para mí, pero a la vez nada de lo mío verdaderamente le importaba. Todo lo hacía para mí,

pero a la vez nada de lo que a él verdaderamente le importaba lo conocíamos. Menos averigua Dios y perdona, decía mi madre. El motor del camión va a resonar durante gran parte de la mañana. Torreta dice que de todas las veces que desagotó el campito esta es la peor. Es verdad, dice Julia mirando el puente Falbo con cierta resignación. El muchacho que le copia el ímpetu a Torreta sube a la galería con una damajuana de tinto. Torreta larga un alarido. Julia sonríe con timidez. Mientras sirven el vino caliente, yo pienso en los cimientos de la casa, carcomidos silenciosamente por el agua; mientras Torreta se empina el vaso y se mancha los dientes, yo la miro a Julia que parece atravesada por una pena que la corroe despacito como el agua a la casa; y mientras el muchacho y Torreta repiten una ceremonia cada vez más deslucida, yo concluyo que vender el disco de Bill Turner será lo mejor para hacer de esta casa un lugar posible.

Una tarde Eva dice que me ayuda a vender el disco si ahora le enseño a ella. Dice que Julia siempre le dijo que tiene manos de pianista. Y que cuando vio que, en lugar de enseñarle a ella, yo le estaba enseñando a Dángelo, sintió pena. ¿Te gustaría ser pianista entonces? No, me dice, me gustaría saber tocarlo. La zona de los chanchos y el galpón todavía siguen con humedad. Pero, según dijo Julia, Torreta y el muchacho se metieron por primera vez al galpón y estuvieron un largo rato haciendo algunas maniobras. Lo que no nos dijo Julia, porque tal vez Torreta no se lo contó, fue que intentaron mover el piano y, como estaba con las patas quebradas, creyeron que lo habían roto. El piano se les fue de boca y estuvieron tratando de empatillar las patas pero no pudieron. Cuando entramos con Eva, vimos el desastre que yo mismo había empezado. Tuve que llamar a Dángelo, que se estremeció cuando vio a ese animal caído de boca. Dángelo dice que, para él, se veía venir porque las patas se hundían cada vez más, la tierra cede acá. Y dice que desde que no pudieron moverlo se quedó pensando en un sistema de poleas y cadenas que permitan el desplazamiento. Hay que salvarlo, propone Dángelo con seriedad. Eva se suma a la propuesta. Salvar el piano que yo empecé a romper. El trabajo lo hace Dángelo de manera silenciosa. Se mete en el galpón por las noches y trabaja con la radio encendida y una luz amarillenta. A veces lo ayuda Eva o a veces me sumo yo también. Pero Dángelo no espera nada de nosotros. Más bien disfruta de estar solo, arreglando el piano. Un piano es como un bote, me dice una noche entre vasos de vino. Y al mío algún hijo de puta me lo chafó. Eva, cuando se entera de que el bote de Dángelo desapareció, dice que desde hace unos días hay uno cerca de la Lancaster. Que el cuidador de la fábrica lo amarró por ahí esperando que aparezca el dueño. Tiene un nombre, dice Eva, pero no me acuerdo. Dángelo sonríe,

muestra la boca sin dientes, y dice: Ese seguro es mi *Destino,* viejo y peludo nomás.

Al otro día Eva me pide que la acompañe a la escuela. Enfrente podemos hacer la cuestión, me dice. Julia está cerca lavando ropa, por eso me habla en clave. Traeteló encima, insiste. Caminamos junto al río. Lobo nos sigue como una sombra inquieta. El olor del agua se parece al olor que hubo en el campito cuando las napas habían crecido. De pronto, la Lancaster se dibuja entre unos matorrales, es una mole blanca multiplicada que refulge bajo el sol. Avanzamos por el puente peatonal. Por ahí mismo, según Dángelo, la avioneta cayó de trompa contra el agua y Mamocho cruzó a nado. Un mito funciona cuando modifica la mirada. Eso es así. Aunque sea de manera leve, altera la mirada. Por eso, mientras atravesamos el puente peatonal, pienso en Mamocho nadando entre las aguas alborotadas del río. Esa avioneta hundida, a punto de explotar; el cuerpo de Mamocho rescatando al piloto, llevándolo hasta la orilla donde el pueblo lo espera. Sobre ese escenario mítico, desbordado de vegetación y ramas, Eva me señala la correntada y la cantidad de piedras que se arrastran y se acumulan con el tiempo. Dice que siempre le da un poco de julepe cruzar sola, Toguita le ha contado que por el río bajan del litoral unas anguilas muy raras y ella cree que pueden pegar un salto y morderla. Se sonríe cuando lo cuenta, los dientes picados, la cara alargada como un cuadro de Velázquez. Una vez, dice, el Lobo apareció con un sapo en la boca que tenía seis patas. Se las contamos porque no lo podíamos creer. Tenía la cabeza oscura, como manchada de brea. El Lobo lo había cazado en la orilla del río. Cuando salimos del puente, Eva empieza a caminar sobre un senderito marcado por la insistencia de los pasos, pero mientras ella avanza yo me detengo a ver lo que está enfrente: se ve apenas la pajarería; la calesita ladeada en parte contra el agua (la próxima crecida, seguro, se la lleva); el tinglado de la carpintería que asoma por arriba de unos sauces. En invierno todo ese paisaje quedará desnudo. Ahora lo que se esparce con nitidez, una nitidez que perdemos de vista desde el campito, es la presencia de la droguería justo enfrente de la Lancaster. Son dos plantas industriales que largan humo a cada rato y que, cuando la noche profunda se instala, dejan oír un rumor permanente. Como una vibración superficial que debe sacudir las aguas del río. Una vez le dije a Toguita que había escuchado desde la piecita el rumor del río. Me dijo que era imposible. Tal vez fuera esa vibración, ese latido imperceptible de las fábricas lo que estremece a los pájaros en las noches. Los pájaros, los pájaros, dice Eva señalando el cielo. Una bandada plateada por el sol se curva encima del campito, largan algún chillido leve. Los pájaros, los pájaros, vuelve a decir. Pegan dos, tres vueltas anchas, combadas y

regresan al monte.

A partir de ahora la sigo a cierta distancia. Eva camina con la seguridad de ser la anfitriona. Y con la certeza de tener que señalar los mojones del camino. Me doy cuenta de que estamos caminando dentro del predio de la Lancaster. Me doy cuenta de que el predio comenzó sin dar señales, de pronto se terminó el pasto y empezó un asfalto desgranado que se estira hasta la fábrica. El perro se mueve con soltura, adelante, marcando el rumbo. Bordeamos la fábrica por dentro y antes de llegar a la parada del 720 lo vemos doblar, bamboleándose como un animal pesado; por eso Eva sale corriendo con el brazo levantado. Larga un silbido estruendoso y me pide que corra. Yo apuro el paso creyendo que voy a llegar pero la distancia me obliga a correr. El colectivo pasa furioso y aunque parezca que no se va a detener igual responde al brazo de Eva. Repiquetean los vidrios cuando se queda detenido esperando que yo llegue a colgarme del estribo. Arriba Eva y el Lobo, sentados, me devuelven una sonrisa. Me marea un poco avanzar hasta el asiento porque el colectivo arranca sin cuidar las formas. Casi me tira encima de una señora perfumada. Eva se ríe, se tapa la boca, como dándole un poco de vergüenza ajena. Che, cuánto hace que no te tomás un bondi, vos, me dice. Me siento a su lado y le digo que esa es mi forma de subirme a los colectivos. Se ríe a carcajadas, el Lobo se echa encima de mis piernas. Vemos pasar, así, un paisaje degradado que se aleja del río y se hunde en la superposición de edificios abandonados, grises. Hasta que Eva me apura: Vamos, en la próxima. Bajamos en la esquina de su escuela. La humareda que deja el colectivo me desorienta. Eva camina con soltura, me dice que crucemos hasta el kiosco. Me doy cuenta de que hay una dimensión de Eva que estoy empezando a conocer. En la puerta del kiosco hay un grupo de pibes tomando Coca Cola. Los pibes saludan a Eva con respeto y me miran de arriba abajo cuando entramos al kiosco. Son chicos pero tienen una voluntad que intimida. Eva pide una máquina y me señala que la siga. Bajamos por una escalera caracol que se estremece. Abajo, un salón sin ventanas lleno de computadoras y de pibes que juegan a matar a los otros, a los gritos los matan. Hay un olor agrio, pesadísimo. ¿Trajiste el coso?, pregunta Eva sentada en la computadora. ¿Vos sabés hacer esto?, digo desconcertado. Dale, dameló, larga perdonando mi ingenuidad. Al disco de Bill Turner lo llevé durante todo el camino metido entre el pantalón y la remera en la parte de atrás. Sos raro, me dice Eva cuando se lo paso. Le saca una foto con el celular y lo carga en una página de vinilos. ¿De dónde sacaste ese celular? Era de Toguita, ¿vos querés uno?, te puedo conseguir. Niego con la cabeza. Ver esas máquinas prendidas me hace pensar en la cantidad de mails que debe haber acumulados en mi casilla. Cuando me

hice el correo me había sacado una clave que me permitiera recordarla siempre: riohudson. Puedo pedir una máquina con las teclas grasosas por el sudor de los pibes y revisar mi cuenta. Pero la tentación se corta cuando me habla Eva: A cuánto lo vendemos. A dos mil, contesto. Y Eva pone dos mil pesos. Dólares, le corrijo en medio del griterío adolescente. Y veo cómo, de todos modos, el gordito de la máquina de enfrente se estremece y me mira. Dólares, vuelvo a decirle al oído. Cuando salimos, encontramos al Lobo echado entre los pibes, se deja acariciar, mueve la cola. Che, en qué andás, vos, por qué no viniste hoy, le pregunta un pibe a Eva. Nada, haciendo cosas con mi viejo, sentencia. Yo levanto la mano y los saludo, me meto con firmeza en esa habitación que me acaba de habilitar Eva y digo: ¿Cómo están, muchachos? Bajan la guardia de inmediato. Me llaman don, me ofrecen un trago de Coca. Les agradezco y seguimos camino, nos vamos a comer unos choripanes a la parrilla de la esquina.

Volvemos cerca de las tres de la tarde. Y cuando estamos por subir al puente peatonal lo veo: amarrado a un poste vencido, bien lejos del agua, el botecito de Dángelo espera. Lo arrastro hasta la orilla. A Eva no le convence tanto la idea, sospecho que les teme a esos bichos de los que le hablaba Toguita. Pero el Lobo es el primero en subir y por eso Eva lo hace también. Hay un solo remo, con ese empujo la orilla. Y salimos. Lo que más cuesta es enfilar la orientación, gambetear las ramas que bajan y las piedras. Eva está seria y agarrada fuerte a la madera. El agua es marrón, no deja ver nada hacia el fondo. El fondo es un misterio que se revela cuando hay sequía o cuando el río crece y deja sus cosas, sus huellas. Siempre quise decir eso. Eva mira, en la otra orilla, el borde abandonado de la calesita de Dángelo y dice que siempre quiso decir eso. Lo dice con una voz muy baja, muy de niña. No entiendo a qué se refiere. El Lobo se empieza a mover abruptamente y hace sacudir el bote. Ladra. Apunta hacia el puente peatonal y amaga a saltar al agua. Lobo, quieto, le digo. El bote se zamarrea, Eva tiene miedo de caerse. Nos mojamos los pies. La primera piedra cae cerca del bote. Y después oímos un chillido agudo, extraño. Por eso Lobo vuelve a moverse, vuelve a ladrar. Carajo, digo, quieto. Dos piedras golpean en el bote. Y nos tiramos contra las maderas para tratar de protegernos. No entendemos qué pasa. Lobo ladra y apunta contra el puente peatonal. Otra vez un chillido agudo, una especie de pájaro resuena. Eva dice con una voz chiquita que es el Cuesta. Allá, dice. Y entonces, recortado por el humo de las fábricas, el cuerpo borroso de Cuesta es una sombra que apunta con su honda. Intento avanzar con más velocidad porque Cuesta tira para pegarnos. Es evidente que esa es la intención. Pero como se trata de Cuesta, Eva se relaja, cree que está jodiendo con nosotros. Hasta

el Lobo baja la posición de ataque. Las piedras caen de manera constante. A medida que nos acercamos a la orilla, la punta del bote busca la calesita de Dángelo. La Tere y Julia aparecen detrás de los juncos y nos dicen cosas. Dicen cosas que apenas escuchamos, dicen cosas y mueven las manos, como si fueran indicaciones. Se las ve preocupadas. Siempre quise decir eso, insiste Eva. Siempre quise decir que estaba haciendo cosas con mi viejo. La miro parado en el bote que se llama *Destino* y ella me mira con esa cara alargada y flaca. Nos miramos un buen rato para entender sin ninguna duda lo que acaba de decir. Ella sonríe de los nervios y también porque le da risa el griterío de la Tere y de Julia. No estamos tan lejos de la orilla cuando una de las piedras de Cuesta pega en la cabeza de Eva y la sangre empieza a salir tan misteriosa, tan roja, tan real.

Nunca había hecho algo así, nunca había llegado tan lejos. Algún robo, algún destrozo, pero semejante ataque contra Eva nadie lo podía imaginar. Hablan de eso en la carpintería. Acusan a la junta, que la junta lo lleva por mal camino y que no tiene remedio. La única salida que queda es llamar a los milicos, denunciarlo y que se lo lleven, dice Ipólito. Después de todo el esfuerzo que se ha hecho, gracias a Mamocho, no sirvió para una mierda porque las cosas están a la vista. A un palo torcido no hay modo de enderezarlo. Y el que entra torcido, entra torcido. No hay manera, dice. La carpintería está inundada de olor a cola: estamos pegando los bancos que encargó la Lancaster. Lo que se dice por lo bajo es que Toguita sabe lo que le pasó a Eva y prometió volver para cagarlo bien a trompadas al Cuesta. Pero estoy seguro de que no va a volver. Lo que ha hecho Toguita es dejar en banda al mismísimo Ipólito pero nadie lo plantea así. Lo leen de otra manera, no se atreven a enfrentar semejante canallada. Porque estoy convencido de lo que hizo Toguita. Las cosas se tuercen, es evidente. Una noche de primavera en Vancouver toqué en un hotel, en una fiesta importante, una fiesta de empresarios; me confié y no preparé el concierto, me dejé llevar por la intuición, por el desprecio que, en el fondo, sentía por todas esas personas que me estaban escuchando, aunque entre ellas estuviera el gerente de una discográfica importante que me había ido a escuchar. Las posibilidades son enormes, me decía Navia. Tal vez por eso mismo entré a destiempo. Tocar torcido es andar a destiempo. Sospecho que nadie lo advirtió. Eso decía siempre Anita Labaronie. Si te equivocás en vivo, no demuestres que te equivocaste porque el oyente está hundido en otro mundo, no está evaluando lo que estás haciendo como un burócrata. Seguí, tapá el pozo con más música, como si la música fuera una emboscada de ramas donde uno puede refugiarse del error. Lo más importante es mostrar seguridad; la belleza es un truco. Esa vez en Vancouver no pude. Dejé de tocar y miré la sala en silencio. Las siluetas de esos tipos, eran ricos, esperaban algo inminente, algo que no sucedía. Por eso los más impacientes empezaron a irse. Me quedé solo en el escenario pensando que no había ninguna diferencia entre esas sombras y otras, un hombre cualquiera de Villa Soldati, por ejemplo. Pensé eso. En momentos importantes me pierdo en los detalles banales, en las tramas menores. Mamocho lo hubiera colgado de una pata cabeza abajo como el Chacho Peñaloza colgó a un general unitario. Sin dudar. Y vos, Ruiz, qué harías con el muñeco este. ¿A Cuesta?, yo lo haría trabajar en una mina, desnudo y encadenado como un preso. Lo dejaría así bajo la lluvia y el sol durante una semana. Le daría agua nomás. Eso haría. Dángelo se ríe mientras encola los bancos, pero Ipólito no está para pastorear esas tierras. La hernia lo apura y lo parte al medio. Me quedo sorprendido por la verborragia y el atrevimiento

que tuve. Nos falta una semana intensa de trabajo antes de hacer la primera entrega. Los bancos se tienen que presentar en la reunión sindical de fin de año. Se va a inaugurar la nueva nave y van a hacer un lanzamiento público. A Ipólito le pidieron que esté presente para hacerle un agradecimiento personal, pero Ipólito está empacado y no quiere ir. Yo necesito la plata no un agradecimiento, dice. Prepara un mate y estira la mirada hacia afuera, escucha un ruido, se ilusiona con el regreso de Toguita. Parece que va a volver, me dijo eso por teléfono. Pero Toguita se fue a la mierda. Eso creo. Se torció también. Siempre hay un momento donde las cosas se embarullan y uno no quiere evitarlo. Tal vez yo esté haciendo lo mismo. Y todavía no me doy cuenta. Una vez, dice Dángelo, Mamocho se enfureció tanto con un traidor. El Chuequito Mejías, aclara Ipólito después de chupar el mate. El Chuequito, sí, se había robado la recaudación mensual que teníamos, era una especie de vaquita que armábamos; Mamocho cuando se enteró le dijo al Chuequito, como si nada, que preparara un asado para todos, que lo tuviera listo para las nueve, que se hiciera cargo de los gastos y después arreglaban. El Chuequito cumplió, porque se lo pidió Mamocho. Compró la carne, la leña y hasta puso unas luces entre las ramas. Cuando el asado estuvo listo y todos estaban sentados, Mamocho lo levantó al Chuequito con la fuerza que tenía y lo colgó de un gancho en la rama de un paraíso. Las patitas se movían desesperadas en el aire. Mamocho después se sentó a la mesa con tranquilidad y pidió un aplauso para el asador.

Eso sí, de Cuesta no se sabe nada. Julia lo espera con un palo atrás de la puerta. Y la Tere sabe lo que tiene que hacer ni bien sepa dónde está. Dice que no le va a temblar el pulso porque se metió con la criatura. Eva volvió a replegarse. Camina junto al Lobo con la cabeza vendada. Le dieron once puntos y a la escuela no quiere volver. No se entiende si es por miedo de cruzarse con Cuesta o si le da vergüenza que la vean así. Se emperró y no quiere volver. La única cosa que la ablanda un poco es cuando suena el teléfono y busca algún rincón, enfila para la zona de los chanchos y se pone a hablar ahí, se sienta en un tronco cortado y se enrula el pelo negro y largo, habla mucho y a veces sonríe. Con Julia la oímos desde la galería, cada vez más afianzamos ese ritual de tomar un vino mientras la noche avanza. Al principio somos cautos pero en la medida que el vino entra ella me cuenta de pájaros extraños y me pide que le describa esos ríos que cruzan ciudades y los puentes en donde se ponen candados y los amantes se hacen promesas de amor. ¿Con quién habla?, digo. Julia, pidiendo más vino con el vaso, dice que con el padre. Hugo Siracusa. Lo conocí cuando cumplí dieciséis años. Trabajábamos con Toguita en una estancia cerca de Concordia. Un día

apareció con un auto destartalado. Me llevaba veinte años. Andaba vendiendo nichos del cementerio de Victoria. Me quiso vender uno. Toguita lo sacó carpiendo por agorero y porque le veía esa veta de estafador rondando en cada gesto. A mí eso me seducía, esa cosa explícita. Yo veía en eso un gesto de honestidad. Tal vez porque yo lo veía así es que se obsesionó conmigo. Me empezó a seguir. Una vez por semana yo iba al pueblo a hacer compras y siempre se me aparecía. Me regalaba cosas, me llevaba en el auto, me decía piropos lindos. Una tarde me invitó al cine pero al final en lugar de entrar al cine me llevó a una iglesia evangelista. Acá alguna vez funcionó un cine, me dijo. La sensación que tuve fue la de un largo abrazo. Hacía años que no sentía eso. Con mi abuela me pasaba, en los inviernos, cuando el frío nos hacía tiritar en la cama y ella aparecía sin que la llamara, era una sombra, y me apretaba con fuerza y cariño, ese olor a comida pegada en la lana. Yo me empecé a sentir protegida por toda esa gente. Siracusa era primo del pastor. Empezamos a ir seguido. Toguita no quería saber nada. Hasta se molestó conmigo porque pasaba más tiempo en esa iglesia que en el campo. Se puso celoso. Era adolescente y no tenía amigos. Siracusa se la pasaba viajando y un día me dijo que estaba en problemas y si no convencía a mi hermano para poder quedarse en la casita en la que vivíamos en el campo. Yo ahora me doy cuenta de que no me preguntó a mí, si yo quería que se quedara. Me enroscó. Y piqué. Toguita no lo soportó y se fue una mañana. No lo vi cuando se fue. Pero sé que se agarró a las trompadas con Siracusa en un camino polvoriento. Me empecé a sentir protegida en la iglesia pero no en el campo con Siracusa. Entonces pasaron cosas. Siracusa se iba y no me avisaba, no me llamaba. Yo pasaba semanas enteras sola en el campo. De pronto aparecía en la noche, borracho. Malhablado. Así durante un año. Hasta que quedé embarazada y Siracusa un día se fue de viaje, como se iba siempre, pero no volvió más. Fue Toguita el que me trajo hasta acá. Él se había instalado en la zona por un conocido. Y por ese conocido yo pude empezar a trabajar en el hospital de Moreno. Limpiaba los pasillos, las habitaciones cuando se iba o cuando se moría un paciente. Antes de entrar sabía, por el olor, si había muerto o no. En el hospital, un día, entré a limpiar una habitación y estaba internado Mamocho. Le había dado un derrame, estaba medio postrado. Apenas podía hablar. Cuando me vio, pidió que yo lo cuidara. Fue difícil convencer al encargado de que la nueva dejara de limpiar para cuidar a alguien. Pero era Mamocho. Lo cuidé en el hospital durante seis meses. Cuando le dieron el alta me dijo que él no se iba a ir solo. Llovía cuando entramos por esa calle. Había barro y hacía frío. Eva tenía dos años. Mamocho nunca volvió a ser lo que dicen que era. Yo nunca lo vi en plenitud, siempre estuvo torcido como un tronco y sin poder hablar con claridad. Pero

cuando logró cierta autonomía, me hizo entrar en la fábrica como enfermera, dice y sonríe con los ojos en medio de la noche. No pasa mucho rato hasta que nos quedamos dormidos en los sillones de mimbre de la galería. El último bocinazo de un tren que cruza el puente Falbo me sacude y siento frío y un tirón incómodo que me aprieta la encía. Julia duerme con la boca abierta, los pies descalzos y las piernas levemente inclinadas sobre el mimbre. Debe tener los dientes manchados de vino. Si pudiera verle los dientes. Seguro los vería manchados de vino. Esa boca de vampira, en la penumbra, me calienta. Me dan ganas de despertarla y cogerla sin mediar palabras. Qué otra cosa se puede hacer después de haber compartido estas horas, tomando más de la mitad de una damajuana de vino. Pero contengo el arrebato y la cubro con una manta que está tirada en el suelo. La noche se abre llena de estrellas. Un olor suave a pastizal húmedo se desparrama. Y el rocío que cae.

Late, la encía late, otra vez, como una máquina hundida en la tierra. La claridad empieza a despuntar atrás del río. Serán las seis de la mañana. La hora en que los pájaros cantan de manera vibrante. Dormí sentado, incómodo. Julia sigue durmiendo en la galería arriba de mis piernas. La damajuana volteada, seguro por el Lobo o algún perro callejero. El rumor de la Lancaster estremece el aire, levemente, retardado. La punta de la muela escarba, me sacude el nervio de la encía. El dolor desnudo se empieza a instalar, no como una oleada intermitente, sino como dolor. Y cuando aparece esa daga no hay umbral. Acomodo con cuidado, sin que se despierte, a Julia sobre un almohadón y me pongo a caminar. Camino entre los eucaliptos que rodean el río. Busco el sendero estrecho que desemboca en la pajarería de Dángelo. La tierra siempre está húmeda ahí. Las hojas que caen se pudren de inmediato. Entre los árboles aparece el Lobo y me sigue, manso, husmeando. No me importa que sea temprano. Golpeo la puerta de chapa. Una, dos veces. Oigo un carguero de fondo. Retrasado, seguro. Julia me enseñó a distinguir el sonido de los cargueros que vienen de la pampa, cargados de trigo, interminables, de los otros. El sonido se parece a un bombo legüero, me dijo, en cambio los eléctricos que vienen de Moreno suenan como si fueran agujas afiladas. Esa vez yo la miré y ella me miró con total seriedad. Aguantamos la mirada unos segundos hasta que algo, tal vez lo que había dicho sin ningún sustento, la hizo reír a carcajadas. ¿Va o viene?, pienso ahora mientras espero que salga Dángelo, despeinado y puteándome. Pero no hay nadie. ¿Va o viene ese carguero? El viento lo desparrama, lo difumina como si fuera, más que un bombo legüero, un contrabajo sin personalidad. No hay nadie, grita alguien atrás mío. Es la Tere. Cruza con un bolsón cargado de cosas. No hay nadie, insiste

mientras se acerca buscando la llave para abrir. Qué hacés acá, me dice. Te necesito, Tere, no aguanto más. Entiende lo que busco por eso, sin protocolos, me dice que la siga. Bordeamos la pajarería y buscamos el sauce que cae sobre el río. Un olor pesado, metálico trepa de la tierra o del agua. No se termina de entender. Me ayuda para distraerme del dolor. Pero es difícil. El combate es difícil. La Tere me dice que la espere sentado en la silla de paja y apoye los pies en un peldaño de la calesita y se mete adentro para buscar cosas. Desde esa orilla se ve la droguería y un muelle de la Lancaster cubierto por una neblina rastrera. La chapa de la calesita está húmeda por el rocío. Una chapa oxidada donde sobreviven solo dos caballitos enteros. El resto de los animales están mutilados. Atravesados por fierros. Sin cabeza. En el techo, desgastados, como si fueran tres fantasmas: Pluto, Larguirucho y el Pato Donald. La calesita era de un circo. Recorrió toda la provincia de Buenos Aires en los setenta y en los ochenta. Dángelo la compró en un remate con un colectivo, un Mercedes Benz que también era del circo. Con el colectivo anduvo vendiendo carnada y pajaritos durante un tiempo por algunos lugares. Salían con la Tere y andaban por las lagunas y por la zona de los ríos. Fueron años soñados, dice siempre Dángelo. Tenían un lugar donde volver y eso les servía para irse, un poquito, cada vez, más lejos. Hasta que tuvieron que vender el colectivo. Ese tramo es confuso. Por una deuda tuve que vender el colectivo, dice Dángelo. Y volvieron a este lugar que les permitía alejarse. Volvieron porque todo se fue a la mierda. Y la calesita quedó ahí, oxidándose, recordándoles que alguna vez pudieron acercarse a esa sensación de libertad que siempre buscaron. Cuando sale el sol, dice la Tere ahora preparando todo, se ilumina ese rincón de la calesita lleno de estrellas. Cuando sale el sol ese rincón, que ahora está todo comido por el óxido y donde resisten algunos trazos de estrellas pintadas de celeste, se ilumina por completo y se arma un trazado intenso que no puedo dejar de ver. A veces pienso que es más bello que el cuadro de algún pintor impresionista. La miro sorprendido cuando dice impresionista. Ya lo vas a ver, antes de las siete se arma en ese rincón. ¿Cuál es?, pregunta. La de atrás. Mirá que esto es sin anestesia. Abro la boca pero la Tere se queda mirándome durante un instante, me mira como añorando algo, algo que no pudo tener, y después empieza a trabajar. Mientras trabaja dice que es verdad que la historia se repite. Cuando era piba y militábamos escuchaba todo el tiempo esa idea. La historia se repite primero como tragedia y después como farsa. Y yo de tanto escucharla también la repetía, pero nunca estuve convencida de la idea porque no sé si la entendía verdaderamente. ¿Qué quería decir todo eso? Perdón, pero abrí más la boca, ahí va, aguantá un poco. Para mí el tiempo era una línea infinita, interminable, como una vía perdiéndose en el horizonte. Será por eso

que nunca terminé de entender lo que se decía cuando escuchaba que las cosas se repiten, no de manera circular, sino como si fueran calcadas. Por eso mismo la copia no tiene el mismo brillo que el original. Escupí si querés y ponete este algodón que te sangra mucho. No sé cómo explicarte la sensación, pero la empecé a percibir con los africanos. Mierda que está complicada la cosa: quedate quieto y abrí grande. Ya sé que te duele pero aguantá un poco. Abrí más. Ahí la veo. Escupí y volvé a inclinarte con la boca abierta. Eso. Ahora aguantá. Porque en este país siempre la misma historia. Te das cuenta. Es cierto que en las frases hechas resiste una verdad, maltratada, pisoteada como una raíz. Los africanos aparecieron acá guardando un secreto. Primero quisieron ponerse a vender esos relojes de mentira en la puerta de la pajarería, abajo del sauce. Yo le dije a Cacho: Estos se traen algo. Y Cacho me trató de racista y la mar en coche. Y les dijo que se podían quedar vendiendo, que cuantos más éramos mejor y les consiguió la piecita después de hablar con Julia. Yo me enojé tanto. A mí me dolió que me dijera racista. Hasta estuve a punto de irme a la mierda. Los africanos guardaban un secreto. Pier y Gut. El más chiquito, Gut, estaba obsesionado con Julia. La seguía por todos lados porque Julia, una noche que lo encontró llorando, se le puso a hablar, le habló de Cristo y del amor que hay en el prójimo. Lo contuvo. Gut comenzó a sentir cosas que empezaron a incomodar a Julia. Gut vio en Julia una posibilidad de cambiar de vida. Pero Julia –ella no te lo va a decir nunca– se asustó con todo lo que Gut sentía. Un día preparó una cena, invitó a varios y cuando los africanos llegaron de la estación donde vendían anillos y carteras se encontraron con una fiesta. Julia se equivocó con eso. No fue la mejor manera. Pero también entiendo que no sabía manejar la situación. Esa noche, después de comer, cuando todos se fueron, les pidió que dejaran la piecita, que esa había sido una cena de despedida. Gut lloró desconsoladamente. Pier se fue sin esperar el amanecer. Gut se quedó toda la noche implorándole que necesitaba estar cerca de ella. Pero Julia se enojó y rompió cosas y se encerró en la casa. Seguramente fue ahí cuando Gut enterró esa bolsa. ¿Una ofrenda para Julia? ¿Por qué hizo eso? No se entiende. Andá a saber de dónde viene esa guita. En qué mierda nos estaban involucrando con toda esa energía. Yo le dije a Cacho, si esa plata sirve de algo va a ser para quilombo. Porque así es la plata. Esto, alguna vez, tuvo un valor importante y nos tiraron una banda de matones encima. Ahí está la repetición, te das cuenta, pareciera que no hay salida. Cuando vos apareciste por acá y te quedaste en la piecita de los africanos terminé de entender. No era la plata. Era otra cosa. Abrí grande. Abrí la boca, ahora sí te va a doler, aguantá. Cuando apareciste acá con Cacho y te contó esa historia de Mamocho y el avión caído, yo no hablé prácticamente nada. Me quedé

en ese rincón mirándote. Y te miraba porque estaba impresionada. Soy una persona que se detiene en los detalles y que cree en las energías. Y tu presencia me asustó. Por eso después le pedí a Cacho que se acercara a vos y así empezó con ese verso de querer tocar el piano. Fue ese día que me di cuenta de la maldición. A pesar de que Cacho me dijera después de haberte conocido que no sabía lo que buscabas acá pero que eras un buen tipo. Yo volví a hablar mucho con Hilda (había dejado de hacerlo pero volví a prender las velas: uno nunca se pierde del todo, sabés) porque la historia se repite y los africanos la anticipaban, eso anticipaban: cómo no nos vamos a dar cuenta de todo viéndote si sos una copia exacta de tu viejo, Francés.

Tengo la misma edad que mi padre cuando desplegó en la zona una banda de matones para desalojar a Mamocho y su gente. Tengo la misma cara que mi padre cuando esa banda mató a Hilda y desde entonces Mamocho se volvió un edificio vacío. Un edificio que esperaba, poco a poco, su demolición. Una demolición lenta, interna, y que Julia ayudó para que los daños fueran cuidados. Julia fue amortiguando la caída. Pero ese esfuerzo que ejerció para que el golpe no duela tanto, para estirar el tiempo, si se quiere, del duelo, le fue picando los dientes, le arrugó las manos, el dibujo del cucuí que lleva en el brazo. De pronto comprendo que hay un fantasma que recorre el campito. La cara del hijo cruzado por el tiempo, barbudo y sucio, sin la muela que la Tere arrancó con una frialdad cercana a la venganza; esa cara que creyó haber engañado a todos bajo el nombre de Ruiz es, curiosamente, desconocida solo por quien la porta. Comprendo que soy el aparecido, el reflujo del pasado que ronda sobre las tierras abandonadas. ¿Qué busca usted? ¿Qué quiere después de tanto tiempo? Ipólito me habla con esa distancia y Dángelo ni siquiera me mira mientras terminamos de cargar los bancos en un camioncito improvisado. Porque el sindicato tampoco mandó los camiones que había prometido. Mejor se queda acá barriendo el galpón, dice Ipólito pisando el estribo inclinado. Soy un aparecido. El aparecido. Y veo cómo el camioncito sale ronroneando, mordiendo parte del Camino de la Ribera, cargado de bancos de madera que pasarán días y meses y años en las naves de la Lancaster. El camioncito se pierde en la tarde con Ipólito y Dángelo. Y yo vuelvo a la carpintería a barrer el piso de tierra apisonada. Un galpón vacío, impregnado de aserrín y polvo. Cuando la Tere me arrancó la muela, la sangre comenzó a brotar descontrolada. La sangre del aparecido. Julia tuvo que correr ante el llamado de la Tere. Cruzó el bosquecito, descalza. Estaba descalza cuando comenzó a curarme. Los pies pequeños, sucios. El esmalte desgastado resistiendo en una uña. Eran cerca de las siete, por eso ninguno de los tres pudimos ver cómo el sol pegaba en ese rincón de la calesita y producía ese efecto, mucho más impactante, incluso, según la Tere, que una pintura impresionista. Así, descalza también, aparece Julia ahora en el portón de la carpintería. Está mirándome, quieta, como una sombra estampada. Dice, de lejos, cucuí. Y sonríe. Camino hacia esa mujer enigmática que me abre los brazos cuando todos se alejan. Cucuí, vuelve a decirme en medio de un abrazo. Su voz es seca y ruda como el aroma del pasto abandonado.

Los chanchos andan sueltos. Alguien cortó el alambre y se empezaron a pasar de a poco. Deambulan gordos por el terreno. Por el pasto verde. La chancha no pudo pasar, por eso está echada en el chiquero. Trato de arriarlos, de meterlos de a uno. Después arreglo el alambre para que no

vuelvan a salir. Pienso si no habrá sido Cuesta el que cortó el alambre, ese otro fantasma que recorre el campito. Entonces aparece Julia enérgica. Un poco como la Julia de antes. Así me habla, expeditiva. Dice que Toguita la llamó desde Concordia. Dice que le pidió una copia de su partida de nacimiento. Cree que está guardada en algún rincón de la matera. Porque es ahí, dice Julia que le dijo Toguita, donde estaban sus cosas hasta que lo invadieron con papeles viejos. Necesita la partida de nacimiento para un trámite urgente. Y que por favor se la haga llegar con Distacio, un comisionista que va a pasar en unos días por el campito. ¿Y cómo está?, le digo. Julia me mira sorprendida por la pregunta. Que cómo está tu hermano, ¿va a volver? Bien bien, dice y se mete en la matera. No entiendo por qué me cuenta todo eso del hermano. Si me lo dice como dándome una orden, es decir, como si yo tuviera que ponerme a buscar ese certificado de nacimiento y después llevárselo al comisionista Distacio o solo me lo cuenta por contar algo de su hermano. Su hermano se fue de un día para el otro hace ya casi un mes. Se fue en la Gilera. Creo haber escuchado el ruido del motor antes del amanecer. Nunca imaginé que ese ruido era parte de una huida (¿Polo habrá escuchado cuando salí de su casa, habrá oído el ronroneo del Fiat Uno saliendo antes del sol?). Una de dos, me digo: o esa plata era plata de verdad, veinte mil dólares que Popeye le cambió en alguna rotonda oscura de la provincia, después de haberse quedado, el propio Popeye, con un buen porcentaje, y ahora mismo Toguita está intentando blanquear esa guita (blanquear la guita de los negros, diría Dángelo) en sus pagos, en Concordia, por eso necesita papeles, cosas así; o Toguita se fue a la mierda repitiendo el gesto que tuvo con Siracusa cuando este se instaló en ese campo a vivir con Julia. De hecho a mí también me golpeó antes de irse como se trenzó con Siracusa en un camino de tierra. Una de dos, me digo. Y cualquiera puede ser. O es una o es la otra. Lo cierto es que un día va a volver con la cola entre las patas como vuelven los traidores. Porque eso es Toguita para mí. Y su hermana estará siempre dispuesta a recibirlo. De eso no hay duda. Lo encontré, grita Julia saliendo de la matera y agita un papel. Y corre hacia la casa porque quiere llamarlo, compartir esa alegría con su hermano. Adentro de la matera ahora no solo está la ausencia de Toguita, las cosas que no pudo llevarse, el olor a grasa, las manchas de aceite de la moto contra el piso de cemento. También están esas cajas que apilamos con Dángelo y salvamos de la humedad. Los chanchullos del Francés, decía. Ahí están los chanchullos del Francés. Son veintiséis cajas numeradas. Algunas tienen una inscripción y una fecha. Algunas solo llevan el nombre de un lugar. Olivos, 1982. Madrid. Asunción, 1975. Balances y proyecciones. Cuentas y saldos, 1981. MOP. 1974, por ejemplo. Hay dos cajas que dicen Chicago. Una caja que dice Hudson. Dudo. Hasta que decido abrir

solo la que dice Hudson. Hay papeles, anotaciones. Un mapa del estado de Nueva York. El libro *La tierra purpúrea,* una edición inglesa de 1958. Partituras corregidas. Es el registro de una grabación: 3 de febrero. Hudson, 1962. Estudio de grabación Blue City, Chicago. Ingeniero de sonido: R.C. Dirección: O.W. Ejecución: B.T. Mezcla: Blue City. Y un agregado: por grabación de «Tránsito», 11 de febrero. Dirección: A.L. Ejecución: M.L. El fanatismo de mi padre, como todo fanatismo, muestra su rasgo más obsesivo. Conseguir los papeles de la grabación de Bill Turner. Pero justamente hay algo en esos papeles que se contradice con el relato de mi padre: la grabación no fue en vivo ni en una sesión. Se grabaron en partes algunos temas en un estudio y se insertó la versión de «Tránsito» otro día, varios días después. Bill Turner no está solo. ¿Quiénes son todos los que lo acompañan? Ni siquiera se grabó en el sótano de Blumm donde toqué una noche en un piano desafinado. En la tapa de *La tierra purpúrea,* por ejemplo, hay un pájaro remontando vuelo, multiplicado en miles de pájaros que trazan la curva hacia un cielo infinito.

Cuando me ve con el libro, ese libro de los pájaros, así dice, quiere que le cuente de qué se trata. Pero no le cuento de qué se trata, sino más bien, en los atardeceres de la galería, tomando vino, le empiezo a leer. Le empiezo a leer la historia traduciendo del inglés, con dificultad. Hay además anotaciones en todas las páginas y eso no solo me distrae, me despierta una enorme curiosidad. ¿Por qué mi padre resalta una frase, esa idea? ¿En qué estaba pensando cuando la resaltó con un signo de admiración? Le leo diez páginas por día y Julia dice que se relaja y ve todo. Dice que ve toda la historia de Lamb cruzando la Banda Oriental. ¿Qué busca?, se pregunta en voz alta una tarde nublada que dejé de leer porque también había algo de tristeza en ese vagar. ¿Qué busca entre tanta guerra?, insiste, el crujido de un tren cruzando el puente Falbo. Cuando aparece la historia de la mujer más bella del mundo no solo quedamos, definitivamente, atrapados por el libro, ella y yo, también empezamos a sentir en el cuerpo una ocupación. Julia se sobresalta. Se enoja ante una decisión del personaje. O putea, putea de rabia ante el destino. A mí esa escritura me nubla el ánimo. Hasta ahora, empiezo a darme cuenta, estos meses en el campito no hice otra cosa que seguir apretando los dientes. Y la lectura comienza a desmoronarme. A socavarme los cimientos poco a poco, una embestida sutil pero efectiva. La historia triste de la mujer más bella nos conmueve. No solo porque es triste y conmovedora, sino porque esa mujer se llama Tránsito. No reacciono de inmediato, entre el esfuerzo que supone la traducción demoro en darme cuenta. Recién a la tercera o cuarta vez escucho el nombre. Y dejo de leer por un momento. Se llama Tránsito, le digo.

Julia me mira con obviedad. Sí, dice. No podemos esperar a que pase el día para leer cómo sigue la historia de esa mujer que por ser tan bella se vuelve trágica. Un día adelantamos la lectura. Julia quiere saber qué va a ocurrir, finalmente, con Margarita, la hija de Tránsito. La tragedia no se puede heredar así, dice. Lo hacemos después del almuerzo. Julia está muy concentrada y piensa en esa historia como si fuera su propia historia. Por primera vez en su vida es una lectora. Siente los efectos de la lectura. Y eso le afecta el ánimo. Retoma las caminatas por el río, busca yuyos entre las vías para disecarlos y prepararse infusiones. Tiene ganas de hacer un mueble y barnizarlo. Cuando la trama del libro deja atrás la historia de Tránsito y de su hija Margarita, cuando sigue por otros rumbos, yo siento que Julia cae en un desánimo particular; oye la lectura con una nostalgia pesada. Como si esperara alguna referencia, algún dato sobre Tránsito o Margarita. Pero la historia de Tránsito es una historia lateral, de las tantas que Lamb va rescatando en su viaje. Una noche empiezo a leer las últimas páginas de la novela con cierta resignación porque la ceremonia de lectura, la lectura de este libro, se acaba. Pero Julia me interrumpe, dice que prefiere dejarlo así. Falta poco, le digo, faltan cinco páginas. No, dice. Que sigan faltando. Quiero que este libro no se termine.

Ipólito y Dángelo no quieren saber nada conmigo. La Tere habló con Julia. Hablaron fuerte. Escuché sus gritos. Pero Julia mantiene una posición firme. Sabe que es importante pero sola no se atreve. Si voy es por Mamocho, dice. Justamente, por Mamocho, pero cómo se te ocurre ir con ese tipo, le insiste la Tere. Las cosas quedan tensas hasta que Ipólito cede, ofrece una alternativa. Nos llevan solo si vamos en la caja del camión de Dángelo. Julia prefiere eso a irse en un remís. La sede queda lejos. Todos pensábamos que íbamos a conocer la nueva nave de la Lancaster donde van a estar los bancos. Pero el hijo de Rubalcar terminó armando el encuentro en la sede de un club de General Rodríguez. El encuentro más bien es un acto político. Una demostración de fuerzas porque se están poniendo en juego los cargos del sindicato y apareció un grupo bancado por una barra brava de la zona que quiere empezar a controlar el sindicato. Y si el sindicato se le va de las manos a Rubalcar las cosas van a cambiar mucho. Entre otras, cambiaría una época. La época dorada, dicen algunos, de Mamocho. Hay pendejos que no le tienen respeto. Y es lógico. Porque la fuerza nueva pide pista. Hay otros que ni siquiera saben quién fue Mamocho, qué fue lo que hizo para los obreros de la zona oeste. Tal vez también sea difícil ver esa grandeza de Mamocho porque no hay nada que muestre en el paisaje, en la vida de la gente, algún indicio de que vivan una vida más o menos cómoda. Los que quieren tomar el sindicato quieren cambiar las cosas. O hacer los negocios que Mamocho no permitió nunca hacer. Quieren hacer su propio camino. Pero eso sería duro. Un golpe duro. La banda del Ternero va a copar la parada. Son tipos pesados, dice Julia. Vamos sentados sobre unos baldes de pintura en la caja del camión. La tardecita huele a flores, por momentos se mezclan perfumes baratos o la mierda de algún chiquero. A Julia no le gusta ir mirando al revés. Dice que se descompone. Por eso intento entretenerla hablándole de algún arreglo que se podría hacer en la casa, en la galería, por ejemplo. Pero Julia me interrumpe: Mirá, dice, mirá. Señala un edificio blanco que resplandece, por la luz del sol, como un hueso pelado. Está del otro lado de las vías. Unos álamos altísimos, en fila, lo rodean. Hay tres nubes rosadas atrás. Julia mueve la mano, saluda como una niña, dice cosas en un susurro, emocionada. Hay un puñado de pájaros que se curvan detrás. El predio del Santa María es enorme. Mamocho debe estar ahora en un pasillo mirando los mosaicos blancos mientras el sol se escurre hacia un costado; cuando pasa eso se instala una sensación profunda, es como quedarse encerrado en una habitación oscura. Cada atardecer la misma impotencia. Julia se desespera por Mamocho. Está muy solo, dice. La abrazo y le hablo despacio al oído; huele a menta; le hablo mientras el camión se sacude; adentro, las cabezas de los tres parecen dibujos estampados en el vidrio; Julia se deja llevar por lo que digo (un

puente, un río manso, alguna promesa), todo eso se parece a un arrullo que la calma.

La sede es chica. Es muy chica. Eso desnuda que el hijo de Rubalcar está en problemas: quiere mostrar una fuerza que no tiene. Eligió la sede chica para que se vea llena. Ahora hay gente en la calle que no puede entrar. La idea es que el golpe de efecto predomine. Que se diga que el Lolito reventó la sede, que no cabía un alfiler. Eso quiere mostrar en las fotos y en lo que irá diciendo por ahí la gente. Hay dos colectivos afuera y un pasacalle que dice Rubalcar conducción. ¡Textiles por siempre! Lo que no se puede perder es la mística. Y la mística te puede hacer remontar algo que se te había escapado de las manos. Dángelo dice eso y a la vez me evita. Pero no puede impedir que entremos apretados, hombro con hombro, al gimnasio, y que escuche lo que dice. Le habla a Ipólito de la mística, de los traidores y de las cosas perdidas. Están serios. Esperaban otra cosa. La Tere y Julia se pierden un poco por la marea. Ipólito dice que no sabe si va a aguantar esta presión de tantos cuerpos apretados. Esto es un despelote, dice. Los bombos empiezan a sonar y retumban en el gimnasio. Una especie de ansiedad, como si fuera un caballo encerrado, lo va tomando. Ipólito sabe que no se puede ir y eso lo ahoga más. Le pidieron por favor su presencia. Dio su palabra. Lo que más lo aprieta para seguir estando ahí es que todavía no le pagaron ni un peso por todos los muebles. Y tiene miedo de que si se borra no pueda cobrar. O se haga más difícil cobrar. Ahora, así como está, apretado y pálido, debe pensar para qué mierda aceptó hacer ese trabajo de mierda. Debe extrañar a Toguita. Porque si estaba Toguita, él no venía. Se hubiera excusado: la historia de su mujer es una historia conocida. La madre de Cuesta tiene problemas psiquiátricos y entra y sale del Moyano periódicamente. Lo que sucede desde hace unos años es que no hay modo de sacarla de la casa. Eso en algún punto es una bendición porque no se pierde por ahí como pasaba cada tanto. Salir a buscar a Beatriz en las comisarías, en los hospitales. Convivir con esa fantasía de que pueda aparecer el cuerpo en cualquier zanjón, en cualquier morgue perdida. Ya ni se acuerda Ipólito cómo la conoció. Lo que sí siente profundamente es que la historia de Mamocho con Julia funcionó como referencia. Si Mamocho podía rehacer su vida con una pendeja que además tenía un bebé; por qué él no se iba a atrever con Beatriz y con ese chico, un poco caprichoso al principio y con dificultades para hablar, pero que una figura paterna podría corregir fácilmente. Eso pensaba Ipólito. A eso se aferraba. Como se aferra ahora con desesperación al brazo de Dángelo. La Tere se abre paso con un muchacho del sindicato y se los llevan a los dos para adelante. Al palco, dicen, al palco. Yo sigo entre la gente. Me dejan acá, es una pequeña

venganza por ser el hijo del Francés hijo de puta. Sigo acá rodeado de desconocidos. Y me digo: Cuando yo quiera. Puedo irme de acá, cuando yo quiera, puedo volver a mi vida: planear conciertos, viajar, conocer ciudades, componer. Cuando yo quiera. Pero ahora estoy acá para estar acá. Los bombos retumban. Alguien empieza a hablar en el escenario. El micrófono produce un acople que nos atraviesa. Los bombos se detienen. Hay una breve inquietud. El presentador retoma el discurso. Pero habla con tanta energía que satura el sonido. Le han dicho que arengue, que levante al gimnasio. Después de una ola intensa, con música de fondo, con manos levantadas y vamos carajo, vamos que se puede, se anuncia que hoy es un día especial para toda la comunidad textilera, nuestro secretario general nos convocó para seguir creciendo, para seguir juntos por más trabajo, por más crecimiento, por más progreso. El Lolito Rubalcar sube al escenario y la muchedumbre grita y lo alienta. O eso se sospecha porque al tiempo que sube estallan papelitos en el aire y una cumbia a todo volumen. No se puede saber bien hasta dónde llega la ovación genuina. El Lolito está sudado. Levanta los brazos y baila. Arenga. Vamos, dice, vamos que se puede. Después de esa intensidad artificial, el Lolito empieza a hablar, agitado, la voz ronca. Dice que como nos enseñaron Perón y Evita, el trabajo, la dignidad y la justicia social, compañeros. En esa secuencia comienza a perfilar un reconocimiento a Mamocho. Si hay un hombre que hizo que cada uno de nosotros seamos un poquito más dignos ese fue Mamocho Silva. Siguiendo el camino de Mamocho y de tantos otros compañeros como Eduardo Ipólito, para quien pido un fuerte aplauso, estamos generando nuevos puestos de trabajo gracias a la apertura de la nueva nave de la Lancaster. El sindicato peleó por esos puestos, peleó para evitar que esa ropa se importe de China, compañeros. El tono es estridente. La gente no puede moverse y el calor nos quiebra. Antes de terminar su discurso, dice que vamos a escuchar una versión muy especial de la marcha. Es un homenaje para el compañero Mamocho y para usted, Ipólito, y en ustedes homenajeamos a todos los trabajadores textiles. Sigamos juntos porque este es el camino de la dignidad, que no nos confundan los que venden humo y espejitos de colores. Sigamos juntos, felices fiestas, ¡compañeros! De inmediato empiezan los primeros acordes, tímidos, desparejos de la marcha peronista en un órgano. No veo bien lo que pasa en el escenario porque cuando suena la marcha se levantan pancartas y banderas. El órgano retumba desafinado y, sobre ese sonido, comienza a filtrarse el chiflido de un pájaro. El chiflido se monta sobre el ritmo de la marcha. Eso provoca una descarga de entusiasmo y de risa, el pájaro se atreve cada vez más a cantar perón perón y con el pájaro vibrando la gente también se va atreviendo. Si están haciendo semejante sacrilegio con la marcha por qué no atreverse

a gritarles a ese par de pendejos que dejen de faltarle el respeto al general, dice uno. Hasta que otro, efectivamente, grita: Tirenlé un churrasco a la flaca, muerta de hambre. Me estremezco. Estiro el cuerpo y trato de ver pero la muchedumbre se desordena. Tartamudo, cantate una de corrido. Fuira, perros. Con la cabeza vendada y un sombrero que intenta tapar la venda pero no lo logra, un vestido cortito que le muestra las piernas largas y flacas como dos varillas de mimbre, Eva toca a su modo en un órgano la marcha peronista y Cuesta la acompaña chiflando como un cabecita negra. A pesar de los gritos, siguen tocando. Es Dángelo el que asoma la cabeza adelante y pide por favor un poco más de respeto que son criaturas. Pero una botella de vino que vuela, incluso, desde atrás mío le pega en un hombro y lo voltea. Me doy cuenta de que estoy en la zona del bando enemigo. Son gente del Ternero que se infiltraron para bardear el acto. Flaca, ni para puta servís, dice uno con la boca torcida y un brillo lustroso en los ojos. Lo tengo cerca. Tan cerca que me alcanza el puño para tirarle una piña en la boca. Mi mano indecisa llega tan débil que el tipo apenas se sorprende. Es un segundo incierto hasta que empiezo a sentir la contundencia de los golpes. Me tiran al piso y voy notando cómo me arrastran y me pisan. Cierro los ojos y pienso en un bosque invertido. Trato de oír lo que propuso Dángelo cuando me hizo escuchar los troncos, el sonido de ese bosque, la música errática, muda que los mueve. Pero me viene la muerte de mi padre: solo entre desconocidos, yendo y viniendo bajo tierra de un punto a otro de la ciudad. Es la Tere la que me encuentra, ya cuando la noche está avanzada, tirado en la vereda del club. Te buscamos, Francés, por todas partes, me dice. Me cargan en el camión. Esta vez voy en la cabina con Ipólito y Dángelo, que apenas tuvo un raspón en el hombro. Julia, Eva, Cuesta y la Tere viajan atrás. Dángelo baja la ventanilla y un olor suave del campo nos refresca. Saca la cabeza para afuera y dice que no se sentía así desde que militaba en la JP. Hay que romper todo, la concha de la lora, grita. Ipólito, acobardado, maneja en silencio hasta que dice, con esa media voz que no se termina de entender si está quebrada o es el principio de un llanto, que hicimos el trabajo, lo entregamos en tiempo y forma, nos cagaron bien a palos y no vimos ni un peso. La vida es una pinturita, hermano, dice y me mira, esboza una media sonrisa y se pone a tocar la bocina del camión tratando de imitar la marcha peronista pero no le sale.

Si bien pasaron varios días, los dolores en el cuerpo me siguen haciendo dormir mal. Julia me asiste y como me vio tan lastimado me obligó a dormir en el sillón donde a veces duerme el Lobo. Hasta que me reponga, dice. Los dolores me hacen despertar temprano. Y salgo a caminar por el campito, con esa luz indecisa que flota antes del amanecer. Camino por la ribera, me quedo contemplando el paisaje fabril, el chillido de los pájaros. Falta una semana para Navidad. En la chimenea de la Lancaster han puesto un collar de pequeñas luces que se encienden y apagan por las noches. Ahora se ven como cables pálidos y artificiales. Regreso cerca de las ocho cuando los ruidos concretos del día despabilan el aire. Vuelvo con la ilusión de un mate en la galería. Esta vez antes de llegar a la casa me cruzo de nuevo con los chanchos. Están gordos. Hicieron fuerza y abrieron el hueco improvisado del alambre. Tienen los días contados. Uno para Navidad, el otro para Año Nuevo. La chancha sigue en el corral, blanca, con las tetas arrastradas en el barro. Voy arreando los lechones; uno se pone arisco y enfila para la zona del monte. Me concentro en el otro que se deja llevar con una resistencia menor. Dicen que Ipólito es un profesional para abrirlos. Que se prepara con muchos meses, que no los hace sufrir. Que es un espectáculo verlo manejar los cuchillos. Me cuesta encontrar en Ipólito ese costado frío y quirúrgico. Después de encerrar al primer lechón, escucho el bocinazo en la entrada. Veo un auto negro, pequeño, que me hace un parpadeo de luces. Pienso en Toguita, que ha vuelto Toguita. Me arrimo, desconfiado, el pasto está tomado por el rocío. Del auto se baja una mujer. Rubia, alta, el pelo cortado con delicadeza. Levanta el brazo y sonríe. Adentro del auto, del lado del acompañante, descubro una silueta, es un hombre. La mina me saluda y dice que busca a Ruiz. Tiene un tono extranjero, dudo si es belga o francesa. Me desbarata la pregunta. Busca a Ruiz. Pero me busca a mí. Los dos caminos confluyen, inevitables. Por eso no me queda otra opción que decir eso: Ruiz soy yo. Ah, por fin, dice la mina. Y se agacha para hablar con el hombre que está adentro, hablan en belga o francés. Ella insiste con una posición, a él me cuesta oírlo pero da la impresión de que se resiste. La mina después me dice que vino a buscar el vinilo de parte de Federico Souza. Habla como si estuviera sola. ¿Qué debe ver esa mujer cuando ve mi cara machucada por los golpes, con una barba tupida, negra, que crece desordenada? Camino hacia el galponcito pensando en Eva, por qué no me dijo que había un comprador. Hace muchos días que no entro. El piano se hunde, de a poco, caído de boca, mutilado. La humedad saca hongos en las chapas y deforma las cosas. El vinilo está adentro del piano, protegido por un plástico y encima del tocadiscos que Cuesta se robó. Si nadie corriera el disco, el Wincofon no se vería. ¿Cuesta lo devolvió? ¿Por culpa? Cruzo el campito con *Hudson* en la mano. La

rubia está inquieta en la entrada. Antes de que se lo estire, dice que también quiere escucharlo. Le digo que puede pasar a la galería mientras preparo las cosas. La rubia camina como en puntas de pie, igual se moja los zapatos. Mantiene una sonrisa que parece amable y cordial pero en el fondo está haciendo una fuerza desmesurada. Este es el vinilo. La rubia lo agarra, mira la tapa con esa foto del auto en la noche: los faros encendidos, Bill Turner adentro como una sombra. La mina se emociona. Se va a volver loco, dice, se había obsesionado con este disco, lo buscó por todo el mundo. Entonces lo saca; el disco sigue envuelto en la gamuza; lo observa en detalle contra la luz del sol. Lo observa un largo rato, tan largo que me incomoda. Por eso veo a Julia en la ventana y detrás de Julia a Eva que me mira con una sonrisa pícara. Lo quiero escuchar, dice la mina ya sin ningún gesto protocolar, más bien seria. *Hudson* comienza a sonar y no puedo evitar emocionarme otra vez con «Ticonderoga». La mujer se recuesta en el sillón que usa Julia y mira hacia el auto donde el tipo sigue adentro, quieto, es otra sombra. La mina no puede ver por el sol ni el puente Falbo, ni el cartel desteñido con la cara del otro Ruiz. A esta hora el puente es una bola de luz. Antes de que termine «Ticonderoga», la mina me dice que es suficiente. Y me estira un sobre. Cuéntalo, ordena. Son dos mil dólares en billetes nuevos, con ese olor a billete nuevo. Después, la acompaño hasta la entrada. Caminamos en silencio sobre el pasto que crece lentamente. Llevo los dólares en la mano. Pero a mitad de camino la mina se incomoda y me dice que no hace falta. La sombra adentro del auto sigue quieta. Vuelvo a la galería y desde ahí los veo hablar. Ella saca el vinilo y se lo muestra al tipo. Miran la caja, leen la lista de temas. Él parece sospechar, la mina se molesta y amaga con encender el motor pero el tipo le dice algo. Y le muestra algo. Ella escucha y después de unos minutos baja del auto. Pienso que se arrepintieron. La mujer me llama desde la entrada. Camino ensayando una posición tajante: por ejemplo, la venta ya está hecha, discúlpeme. Pero la mina se anticipa y me dice que había algo en la caja del vinilo, algo que se cayó y seguramente sea suyo, Ruiz. Me da una foto en blanco y negro. Somos lo desconocido, decía siempre mi padre antes de ponerse a escuchar su disco favorito. Después la rubia se sube al auto y sale con *Hudson* en las manos de ese hombre para perderse enseguida entre los pastizales.

Julia dice que nunca vio tanta plata en su vida. Es nuestra, digo. Se le agrandan las pupilas cuando escucha la palabra *nuestra.* Eva quería darme una sorpresa, por eso no me dijo nada del tal Souza. ¿Cómo habrá llegado el tipo a obsesionarse con *Hudson?* Están contentas y no terminan de entender el golpe de suerte. Cómo la vida, de pronto, les da esta sorpresa a ellas. De todos modos, pasamos el día en estado de alerta

esperando que la mina y el tipo vuelvan arrepentidos. ¿Cuántas cosas se pueden hacer con toda esta plata? Tantas. Arreglar la casa, por ejemplo. Poner en condiciones la calesita de Dángelo para hacerla trabajar cerca de la estación. ¿Pero es una ruina? Yo podría reconstruir en madera los caballitos. Pueden quedar lindos. Sí, muy lindos. Llevar a Ipólito a conocer el mar. Un viaje a Ostende. A ver las ballenas. Sí, a ver las ballenas. Hasta un gran viaje se puede hacer en avión. Un viaje a alguna ciudad que tenga un río con puentes y promesas de amor. Porque estos billetes son de verdad. No como los otros. O sea que estos billetes también viajaron por el mundo. Claro. Estuvieron en muchas manos. En Estados Unidos. Por qué no. En algún pueblo de Estados Unidos. En Poughkeepsie, por decir algo. La foto es pequeña. Cabe en la palma de una mano. Tiene un bordado de rombos que la rodea. Un hombre y una mujer se ríen. Ella lo abraza a él. Es un gesto de contención divertido. Él se entrega a ese abrazo, un poco desbaratado, inclinado hacia un costado, muerto de risa. Ella tiene puesto un vestido, puede ser blanco, y curiosamente lleva unas botas de lluvia que no combinan para nada con el vestido. Tal vez se rían de eso. Él, formal, tiene un pantalón y una camisa que también puede ser blanca. Ella es un poco más alta que él. Él tiene mi cara. En el dorso de la foto se lee: «Chicago, 3 de febrero de 1962. M.L. y A.L. *a orillas».* Julia dice que soy yo. Pero tarda en entender que no puedo ser yo. Si es tu cara. Sos vos, dice. Faltan ocho años para mi nacimiento. Entonces mi padre estaba en Chicago el mismo día de la grabación de *Hudson.* Cruzo hasta la matera. Ya es de noche. Busco los papeles que encontré en una caja: «Estudio de grabación Blue City, Chicago. Ingeniero de sonido: R.C. Dirección: O.W. Ejecución: B.T. Mezcla: Blue City». En una copia adjunta, abrochada hay otra lista similar: «Por grabación de “Tránsito”, 11 de febrero. Dirección: A.L. Ejecución: M.L.». Bill Turner no estaba solo. Había gente, por lo menos tres o cuatro, rodeándolo y no fue una grabación en vivo en una sola sesión, tampoco fue en Blumm. Hay entonces dos grabaciones. La de mi padre comienza a orbitar en el sistema de Turner como un planeta extraño unos días después. Con la dirección de A.L., Miguel Lebonté graba el 11 de febrero ese injerto que es «Tránsito»: se oye una calandria, se oyen los dedos nerviosos de un aprendiz. ¿Esa es la voz extranjera que pretendía incrustar Bill Turner en su disco? ¿Cómo fue posible todo eso? El pelo de Anita Labaronie en la foto es tan largo como sus piernas. Tienen cerca de treinta años los dos, imaginan un futuro bien distinto al que les tocó. Le pido ayuda a Julia para cargar las cajas en la carretilla. Hago seis viajes. Julia dice si estoy seguro de lo que voy a hacer. No me mueve ni el rencor ni el odio. Le digo que es lo que, en el fondo, vine a hacer. Apilo los chanchullos del Francés sobre el piano. Por el peso, se termina de desplomar. Rodeamos la zona,

encerramos los lechones que otra vez se escaparon. Atamos a Lobo y le pedimos a Eva que no se mueva de la casa. Es de noche, un cielo estrellado se abre nítido. Cuando el carguero de las once cruza el puente Falbo sonando como un contrabajo, el fuego toma cuerpo sobre las chapas del galponcito. Un cuerpo que se irá fortaleciendo para envolver con una lengua naranja las cajas, el piano Bösendorfer, los restos de mi padre. El fuego, finalmente, derrumba cosas y proyecta un humo agrio que, de lejos, por ejemplo, desde un avión a punto de aterrizar, debe verse como una niebla espesa y traicionera.

A orillas, un silencio largo. Hasta que irrumpe la máquina con ferocidad. La mañana promete un día de calor intenso. Corto el pasto. Primero rodeo la casa. Después avanzo sobre la zona de los chanchos. Los tres se juntan en el medio del chiquero y se protegen ante la cercanía de la máquina. No saben que por la tarde pasará Ipólito con sus cuchillos. Sigo sobre la matera para después bordear las cenizas. Lo que queda es un aro negro comiéndose el piso, unos filamentos chamuscados, unas teclas derretidas. De fondo, contra el ruido de la máquina, comienza a filtrarse el canto de un pájaro. Hay algo, una vibración especial, que me hace detener. Ese pájaro suena llamando la atención. Como todo pájaro, diría, pero en este canto hay una fibra artificial, un salto, una cadencia interrumpida. Detengo la marcha y busco entre las ramas. Sin el ruido tampoco canta. Espero. Pero no suena. Cuando vuelvo a encender el motor, vuelve a resonar ahora sí entre unas ramas cercanas al monte. Avanzo cortando hacia esa zona y descubro entre las ramas las piernas de Cuesta. Mientras el imitador de pájaros canta, el olor del pasto cortado flota en todo el campito como una promesa, como una tierra nueva que siempre hay que terminar de conquistar.